

La Gente del Abismo

Por

Jack London

***Free*editorial** 

EL DESCENSO

—Pero no puedes hacerlo, sabes, —me decían los amigos a quienes había pedido ayuda para sumergirme en el East End de Londres.

—Sería mejor que pidieras consejo a la policía, —añadían, después de pensarlo y de esforzarse en adaptarse al proceso psicológico de un loco que había llegado hasta ellos con mejores credenciales que cerebro.

—Pero yo no quiero ir a la policía —protesté—. Lo que deseo es descender al East End y ver las cosas por mí mismo. Pretendo averiguar cómo viven esas gentes, por qué viven allí, y para qué viven. En resumen, voy a vivir allí.

— ¡Tú no quieres vivir allí! —decían todos con gestos desaprobatorios—. ¡Dicen que hay lugares donde la vida de un hombre no vale ni dos peniques!

—Ésos son exactamente los lugares que quiero ver —insistí.

Dorset Street, Spitalfields. La peor calle de Londres.

—Pero no puedes —era la consabida respuesta.

—No he venido a veros para eso —dije secamente, un poco irritado por su incompreensión—. Soy forastero y quiero que me contéis lo que sepáis del East End para saber por dónde empezar.

—No sabemos nada del East End. Simplemente está por ahí, en alguna parte —y hacían un gesto vago con la mano en dirección hacia donde en raras ocasiones se veía ascender el sol.

—Entonces, iré a Cook's —anuncié.

—Oh, sí —contestaron aliviados—. Seguro que Cook's lo sabe.

Pero Cook, Thomas Cook & Son, conocedores de todos los caminos y sendas, establecidos en todas las encrucijadas del mundo y capaces de proporcionar ayuda a los viajeros extraviados, podían, sin vacilar y rápidamente, enviarme al África más negra o al remoto Tíbet, ¡pero no tenían ni idea de cómo ir al East End londinense, que estaba a poco más de un tiro de piedra de Ludgate Circus!

—No puede hacerlo —dijo el emperador de rutas y tarifas de Cook's en su oficina de Cheapside—. Es... ejem... tan inusual. Hable con la policía —concluyó autoritariamente ante mi insistencia—. No tenemos por costumbre llevar viajeros al East End; nadie nos pide ir allí, y no sabemos nada en absoluto de ese lugar.

—No se preocupe por eso —le interrumpí para evitar que su río de negativas me echase de la oficina—. Hay algo que pueden hacer por mí. Quiero que comprenda de antemano lo que intento hacer para que si hay algún problema pueda usted identificarme.

—Ah, ya veo. Si lo asesinaran estaríamos en situación de poder identificar su cadáver.

Lo dijo con tanto cariño y sangre fría que al instante contemplé mi cadáver, tieso y mutilado, yaciendo en una losa sobre la que goteaba sin cesar el agua fría, y a él, entristecido y paciente, identificando el cuerpo de aquel americano loco que quiso ver el East End.

—No, no —contesté—. Simplemente para identificarme por si tengo algún roce con los bobbies —dije esto último lleno de satisfacción; me estaba habituando al habla local.

—Éste es un tema que le corresponde a la Oficina Principal —dijo—. ¿Sabe?, no hay precedentes —agregó a modo de disculpa.

El hombre de la Oficina principal carraspeó y masculló.

—Tenemos por norma —explicó— no dar información sobre nuestros clientes.

—Pero en este caso —insistí— es el cliente el que les pide que den esa información. Carraspeó de nuevo y masculló.

—Claro —me apresuré a decir—, sé que no hay precedentes, sin embargo...

—Como estaba a punto de indicarle —continuó imperturbable—, no existen precedentes, de modo que no podemos hacer nada por ayudarle.

De todas formas conseguí la dirección de un detective que vivía en el East End, y me dirigí al despacho del cónsul norteamericano. Allí encontré a un hombre con el que podía «hacer negocios». No hubo carraspeos ni masculló nada, ni alzó las cejas, ni mostró desconcierto o asombro. En un minuto le expliqué mi propósito y mi proyecto, que él aceptó con naturalidad. En el minuto siguiente me preguntó mi edad, estatura y peso. Y a los tres minutos, mientras nos despedíamos, dijo:

—Está bien, Jack. Me acordaré de ti y te seguiré la pista. Respiré con alivio. Después de quemar mi nave ya era libre para sumergirme en aquella selva humana de la que nadie parecía saber nada en absoluto. Pero en seguida topé con una nueva dificultad en la persona de mi cochero, un individuo imperturbable de patillas grises que me había conducido a través de la City durante horas.

—Lléveme al East End —le ordené mientras me sentaba.

— ¿Dónde, señor? —preguntó sorprendido.

—Al East End, a cualquier sitio. Vamos.

El vehículo circuló sin rumbo durante varios minutos, luego se detuvo bruscamente. La abertura que estaba sobre mi cabeza no había sido cerrada, y el cochero, perplejo, me miró por ella.

—Eh —me dijo—, ¿a qué lugar quiere ir?

—Al East End —repetí—. A ningún sitio en particular. Sólo lléveme allí, a cualquier parte.

— ¿Pero a cuál dirección, señor?

— ¡Escúcheme de una vez! —troné—. ¡Lléveme al East End ahora mismo!

Era evidente que no entendía nada, pero escondió la cabeza y refunfuñando hizo trotar al caballo.

En ningún lugar de Londres se puede evitar ver la pobreza más abyecta, y a tan sólo cinco minutos de cualquier punto es fácil encontrar un suburbio marginal; pero la zona donde ahora penetraba mi coche era un barrio en el que la miseria parecía inacabable. Las calles estaban pobladas por una raza diferente, nueva para mí, de baja estatura y aspecto vil y alcoholizado. Durante varias millas no vimos otra cosa que ladrillos y mugre, y en cada cruce no había otro panorama que ladrillos y miseria. Aquí y allá se tambaleaba un hombre o una mujer en plena borrachera, y el aire resultaba obsceno por el sonido de peleas y disputas. En el mercado, viejos y viejas temblorosos revolvían los desperdicios arrojados al fango buscando patatas, alubias y verduras podridas, mientras los chiquillos se apiñaban como moscas alrededor de una masa de fruta corrompida, hundiendo sus brazos en una pasta pútrida para extraer pedazos que devoraban al instante.

“Viejos y viejas temblorosos revolvían los desperdicios arrojados al fango”.

En todo el trayecto no vi un solo vehículo, y el mío parecía una aparición llegada de un mundo distinto y mejor, a juzgar por la manera en que los chiquillos corrían detrás y a ambos lados. Por todas partes veía paredes de ladrillo, pavimentos viscosos y calles repletas de gritos; por primera vez en mi vida tuve miedo a la multitud. Era como el miedo al mar; las gentes miserables, una calle tras otra, eran como las olas de un océano, inmenso y maloliente, que me envolvía y amenazaba hundirme en él.

—Stepney, señor; la estación de Stepney —dijo el cochero.

Miré alrededor. Desde luego era una estación de ferrocarril; el cochero me había llevado hasta allí porque era el único lugar de aquella selva del que había oído hablar.

Farfulló unas palabras ininteligibles, meneó la cabeza y adoptó una expresión triste.

—Aquí soy un extraño —pudo articular—. Y si no es la estación de Stepney lo que busca, que me ahorquen si sé lo que quiere.

—Le diré lo que quiero. Siga adelante y busque una tienda donde vendan ropa vieja. Cuando la encuentre no se detenga hasta que haya doblado la siguiente esquina, entonces pare y déjeme bajar.

Me di cuenta de que no estaba muy seguro de poder cobrar el viaje, pero poco después se arrimó a la acera y me aseguró que había visto la tienda de un ropavejero un poco más atrás.

—¿Me paga? —suplicó—. Me debe siete con seis.

—Sí —reí—, pero ésta es la última vez que le veo.

—Seguro que sí, señor, pero yo seré lo último que verá si no me paga —replicó.

Un grupo de mirones harapientos se había arremolinado alrededor del coche; riendo de nuevo caminé hasta la tienda del ropavejero.

Lo más difícil fue hacerle comprender al tendero que de verdad quería comprar ropas viejas. Pero después de ofrecerme inútilmente chaquetas y pantalones nuevos una y otra vez, empezó a sacar montones de ropa vieja, adoptando un aire misterioso y haciendo insinuaciones ambiguas. Se comportaba así con la intención obvia de hacerme saber que me había calado y forzarme así, por temor a ser descubierto, a pagar un alto precio por lo que comprara. Me había tomado por alguien con problemas, o por un criminal de buena familia procedente del otro lado del río; en cualquier caso, una persona ansiosa por evitar a la policía.

Discutí con él sobre la desmedida diferencia entre precio y calidad hasta que conseguí que desistiera de su propósito, tras enzarzarse en un duro regateo con un duro comprador. Al final elegí unos pantalones resistentes y muy usados, una chaqueta desgastada a la que sólo le quedaba un botón, un par de botas que sin duda procedían de una carbonera, un estrecho cinturón de cuero y una gorra muy sucia.

Conservé mi ropa interior y los calcetines, que eran nuevos y de abrigo, pero de una clase que cualquier granuja norteamericano que pasara por un mal momento podía adquirir le fueran como le fueran las cosas en ese momento.

—Admito que la sabe muy larga —me dijo con falsa admiración, mientras le entregaba los diez chelines en que finalmente quedamos—. Que me ahorquen si no se ha paseado usted por Petticoat Lane antes de ahora. Cualquier tío listo pagaría cinco pavos por los calzones y un descargador me daría dos con seis por las botas, sin contar todo lo demás que se ha llevao.

Petticoat Lane

— ¿Qué me daría usted por todo? —pregunté de repente—. Le he pagado diez pavos, y se lo vuelvo a vender por ocho. ¿Qué le parece?

Sonrió y negó con la cabeza, y aunque yo había conseguido una ganga, tuve la convicción de que él lo había hecho mejor.

Encontré al cochero y a un policía hablando con las cabezas pegadas, pero éste, después de dirigirme una mirada escrutadora, sobre todo al paquete que llevaba bajo el brazo, dio media vuelta y lo abandonó con sus quejas. El cochero no se movió hasta que le hube pagado los siete chelines y seis peniques que le debía, pero después se mostró dispuesto a llevarme hasta el fin del mundo, pidiendo disculpas por su insistencia y explicando que en Londres uno se tropezaba con clientes muy raros.

Pero sólo me llevó hasta Highbury Vale, en el norte de Londres, donde me aguardaba mi equipaje. Al día siguiente me quité los zapatos (no sin pena, pues eran extremadamente ligeros y cómodos), mi suave traje gris que usaba para viajar, aunque, de hecho, era toda la ropa que tenía, y me vestí con la de otros hombres inimaginables, seres que debieron ser muy desgraciados si tuvieron que desprenderse de aquellos harapos a cambio de las ínfimas sumas que les habría dado el ropavejero.

Cosí en el sobaco de la camiseta un soberano de oro (una suma modesta, por si se producía una emergencia) y me la puse. Entonces me senté y reflexioné moralizando sobre los años de diversión y despilfarro que dejaron mi piel reseca y mis nervios a flor de piel; la camiseta era áspera, y ni siquiera el más asceta de los ascetas debió haber sufrido tanto como yo lo hice en las veinticuatro horas que siguieron.

Me puse sin dificultad el resto de mi vestimenta, salvo las botas, que resultaron un problema. Tiasas y duras como si fueran de madera, sólo pude meter mis pies en ellas después de haber estado un buen rato ablandándolas con mis puños. Entonces, con unos cuantos chelines, un cuchillo, un pañuelo y unos cuantos papeles y picadura de tabaco en los bolsillos, bajé las escaleras y me despedí de mis amigos. Al cruzar la puerta, la portera, una mujer de mediana edad, no pudo contener una mueca que, lejos de corresponder a un espontáneo signo de simpatía, torció y separó sus labios hasta que su garganta emitió esos groseros sonidos animales que llamamos risa.

Nada más pisar la calle me impresionó el cambio de actitud que provocaba mi nuevo vestuario. Entre la gente corriente con la que entré en contacto había desaparecido cualquier signo de mostrarse servicial. En un abrir y cerrar de ojos, por así decirlo, me había convertido en uno de ellos. Mi vieja chaqueta de codos gastados proclamaba mi clase social, que era la de ellos. Me había convertido en uno de ellos, y si hasta entonces había recibido adulación y respeto, ahora era un camarada. El hombre vestido de pana y con un sucio pañuelo al cuello ya no me trataba de “señor” o “jefe”. Ahora era un “compañero”, una palabra hermosa y cálida, dotada de un atractivo especial y que denotaba un afecto y simpatía que no ofrecían los otros términos. ¡Jefe! Suena a dominio, a poder, a autoridad —el tributo del hombre que está debajo del hombre que está en la cima, dicha con la esperanza de que éste se ablandará y aligerará su peso, lo que en el fondo constituye una manera distinta de apelar a su caridad.

Esto me lleva a las satisfacciones que experimenté gracias a mis harapos y que le son negadas al americano medio en el extranjero. Quien viaja por Europa procedente de Estados Unidos y no es un Creso, enseguida ve su conciencia reducida a un estado sórdido gracias a las hordas de ladrones adúladores que le siguen los pasos del alba al anochecer y que vacían su cartera de tal modo que el son rojo crece como el interés compuesto.

Con mis harapos y andrajos escapé de la pestilencia de las propinas, y me encontré con los otros hombres sobre una base de igualdad. Aún no había acabado el día, que la situación ya se había invertido, y humildemente le dije “Gracias, señor” a un caballero al que sujeté el caballo y que dejó caer un penique en mi mano ansiosa.

Descubrí que, gracias a mi nuevo atuendo, se habían producido otros cambios en mi condición. Advertí que si cruzaba calles muy transitadas tenía que estar más atento de lo normal para esquivar los vehículos, y se me quedó grabado que el valor de mi vida había disminuido en relación directa con el de mis ropas. Antes, si preguntaba una dirección a un policía, éste decía: “¿En autobús o en coche, señor?” Pero ahora contestaba: “¿A pie o a caballo?” Sin que yo hubiera dicho nada, en las estaciones de ferrocarril me daban un billete de tercera clase como lo más natural.

Pero también había sus compensaciones. Por primera vez vi cara a cara a la clase baja inglesa y supe lo que valía. Cuando trabajadores y parados hablaban conmigo, en esquinas y tabernas, lo hacían de hombre a hombre, como deben hacerlo las personas, sin intención de obtener algo de mí por lo que decían o por la forma en que lo decían.

Y cuando me instalé en el East End descubrí con satisfacción que ya no me perseguía el temor a la multitud. Me había convertido en parte de ella. El vasto

y maloliente mar me había tragado, o yo me había voluntariamente sumergido en él, y me di cuenta de que no tenía nada de temible —con la única excepción de la camiseta.

JOHNNY UPRIGHT

No les daré la dirección de Johnny Upright. Baste con decir que vive en la calle más respetable del East End —una calle que sería considerada sórdida en América, pero que es un verdadero oasis en el desierto del East End. Está rodeada por todas partes de inmundicia y de calles atestadas de una juventud envilecida y sucia; pero sus aceras están relativamente libres de chiquillos, que no tienen otro lugar donde jugar, e incluso da cierta sensación de abandono, tan escasas son las personas que van y vienen.

En esta calle, como en todas las demás, cada casa está pared contra pared de las casas vecinas. Tienen una sola entrada, la puerta delantera, y cada una mide dieciocho pies de anchura, con un pequeño patio trasero rodeado de un muro de ladrillos donde, cuando no llueve, se puede contemplar un cielo de color pizarra. Pero debe quedar bien entendido que estamos hablando de lo más opulento del East End. Algunas personas de esta calle disfrutaban de tan buena posición que hasta pueden tener una “esclava”. Johnny Upright tiene una, lo sé muy bien, pues ella fue la primera persona que conocí en esta parte del mundo.

Cuando llegué ante la puerta de Johnny Upright, fue la “esclava” quien la abrió. Y, tomen nota, aun cuando su posición en la vida era penosa y despreciable, era ella quien me miraba con lástima y desprecio. Era evidente que deseaba que nuestra conversación fuese breve. Como era domingo Johnny Upright no estaba en casa, y no había nada más que hablar. Pero me entretuve discutiendo con ella si estaba o no, hasta que Mrs. Upright se acercó hasta la puerta y regañó a la muchacha, antes de prestarme atención, por no haberla cerrado.

No, Mr. Johnny Upright no estaba en casa, y además, no recibía a nadie en domingo. Mal asunto, comenté. ¿Estaba buscando trabajo? No, todo lo contrario; en realidad, había venido a ver a Johnny Upright por un negocio que podía ser provechoso para él.

En seguida se produjo un cambio en su rostro. El caballero en cuestión estaba en la iglesia, pero regresaría más o menos al cabo de una hora, y entonces podría verle.

¿Me invitaría a entrar? No, la señora no me invitó, aunque intenté inducirla

a que lo hiciese explicando que iría hasta la esquina y esperaría en la taberna. Fui hasta la taberna, pero al ser hora de ir a la iglesia, estaba cerrada. Lloviznaba y, a falta de algo mejor, me acomodé en el escalón de la entrada de una casa vecina y aguardé.

La “esclava” se acercó al escalón, tan desaliñada como perpleja, y me anunció que la patrona me permitía regresar y esperar en la cocina.

—Viene tanto tío a por trabajo —se excusó Mrs. Upright—. Espero que no se haya molestao por cómo le hablé.

—En absoluto, en absoluto =repliqué del modo más solemne, invistiendo de dignidad mis harapos—. La comprendo muy bien. Supongo que la gente que viene buscando trabajo la aburre hasta la muerte.

—Desde luego —repuso con una mirada elocuente y expresiva; luego me llevó, no a la cocina, sino al comedor, favor que interpreté como recompensa a mi solemnidad. El comedor, que estaba en la misma planta que la cocina, se encontraba a unos cuatro pies por debajo del nivel del suelo y, aunque era mediodía, estaba tan oscuro que tuve que esperar a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Una luz mortecina se filtraba a través de una ventana, cuyo borde superior estaba al nivel de la acera, y advertí que esta luz era suficiente para leer el periódico.

Y ahora, mientras esperaba la llegada de Johnny Upright, déjenme explicar cuál era mi propósito. Aunque viviera, comiera y durmiera con la gente del East End, mi intención era disponer de un puerto en el que refugiarme, no muy alejado, donde pudiera acudir de vez en cuando para constatar que aún existían buenas ropas y limpieza. También quería recibir en ese puerto mi correspondencia, escribir mis notas y, convenientemente vestido, escapar alguna vez hasta la civilización.

Pero esto suponía un dilema. Un alojamiento donde mis pertenencias estuvieran seguras implicaba una patrona que sospecharía de un caballero que llevaba una doble vida; mientras que una patrona que no se preocupase por la doble vida de sus huéspedes implicaría un alojamiento en el que mis pertenencias no estarían seguras. Evitar este dilema es lo que me había traído hasta Johnny Upright. Un detective con treinta años de servicio en el East End, conocido por el nombre que le había dado un convicto de los muelles, era quien mejor podía encontrarme una patrona honrada y tranquilizarla con respecto a mis extrañas idas y venidas.

Sus dos hijas le precedieron en su regreso de la iglesia; eran dos hermosas muchachas endomingadas; tenían la frágil y delicada belleza que caracteriza a las jóvenes cockney, una belleza que no es más que una promesa sin futuro, condenada a desvanecerse rápidamente como el color de una puesta de sol.

Me miraron con franca curiosidad, igual que si fuese un animal extraño, pero luego me ignoraron por completo durante el resto de tiempo que duró mi espera. Entonces llegó el mismísimo Johnny Upright y fui invitado a subir a su despacho

—Hable más alto —me interrumpió nada más empecé a hablar—. Estoy muy resfriado y no oigo bien.

¡Por todos los espíritus de los viejos detectives y Sherlock Holmes! Me pregunté dónde estaría oculto el ayudante que debería anotar todo cuanto yo dijese a voz en grito. Y hasta hoy, pese a lo mucho que he frecuentado a Johnny Upright, no he sido capaz de decidir si realmente estaba resfriado o si tenía a un ayudante escondido en el cuarto vecino. Pero de algo sí estoy seguro: aunque le di a Johnny Upright todos los datos acerca de mi persona y de mi proyecto, no tomó su decisión hasta el día siguiente, cuando me presenté en su calle convenientemente vestido y en coche. Entonces su recibimiento fue muy cordial y me invitó a tomar el té con su familia.

—Aquí somos gente humilde —dijo—, no dada a vanidades, y debe tomarnos tal como somos, sencillos. Las muchachas se sonrojaron llenas de embarazo al saludarme, y su padre no hacía nada que aliviara la situación.

— ¡Ja, ja! —rio divertido, golpeando la mesa con la palma de la mano hasta que los platos entrechocaron—. ¡Las niñas ayer creyeron que usted había venido a pedir un pedazo de pan! ¡Ja, ja!

Lo negaron indignadas, con los ojos hoscos y las mejillas rojas de culpabilidad, como si fuese una prueba de auténtico refinamiento ser capaz de reconocer bajo sus harapos a un hombre que no tenía la necesidad de ir harapiento.

Y mientras comía pan y mermelada, comenzó un juego de despropósitos mutuos, las muchachas considerando que me habían insultado al haberme confundido con un mendigo y el padre estimando como el más alto elogio de mi habilidad el haber tenido éxito al provocar tal confusión. Disfruté esa situación, así como con el pan, la mermelada y el té, hasta que llegó el momento de que Johnny Upright se ocupara de encontrarme un alojamiento, lo cual hizo en su propia calle, apenas seis puertas más allá, en una casa tan idéntica a la suya como un guisante a otro guisante.

MI ALOJAMIENTO Y OTRAS COSAS

Para estar en el East End, el cuarto que alquilé por seis chelines, es decir, un dólar y medio, por semana, era muy confortable. Desde el punto de vista

americano, por el contrario, estaba mal amueblado y era pequeño e incómodo. Al agregar a su escaso mobiliario una mesita para la máquina de escribir, moverme resultó difícil; en el mejor de los casos tenía que deslizarme como un gusano, lo cual requería destreza y presencia de ánimo.

Una vez instalado, o mejor dicho, una vez depositadas mis pertenencias, me puse mis harapos y salí a dar una vuelta. Estando fresca en mi cabeza la idea de buscar alojamiento, empecé una concienzuda búsqueda utilizando la hipótesis de que yo era pobre, joven, con esposa y una familia numerosa.

Mi primer descubrimiento fue que las casas vacías debían ser escasas y estaban muy alejadas unas de otras, tan alejadas que pese a que anduve durante millas en círculos irregulares, siempre debía encontrarme entre dos de ellas. En realidad no topé con una sola casa vacía, prueba concluyente de que la zona estaba “saturada”.

Al ser evidente que siendo pobre, joven y con familia no podía alquilar una casa en esta indeseable área, empecé a buscar cuartos, habitaciones sin amueblar, donde pudiera meter a mi mujer, mis hijos y mis trastos. No había muchos libres, pero encontré, generalmente en singular, pues parece que una sola habitación se considera suficiente para que la familia de un pobre cocine, coma y duerma. Cuando pedía dos habitaciones los propietarios me miraban, imagino, igual que cierto personaje miraba a Oliver Twist cuando pedía más comida.

No sólo se consideraba un solo cuarto suficiente para un pobre y su familia, sino que a muchas familias que ocupaban un solo cuarto les sobraba tanto espacio que incluso admitían uno o dos inquilinos más. Como los cuartos pueden ser alquilados por tres a seis chelines a la semana, la conclusión lógica sería que un inquilino con buenas referencias que aceptara compartir el cuarto pudiera obtener alojamiento por, digamos, de ocho peniques a un chelín. Incluso podría estar a pensión completa por unos pocos chelines más. Sin embargo no se me ocurrió averiguarlo, un fallo imperdonable por mi parte dado que estaba buscando en base a que tenía una hipotética familia.

No sólo las casas que investigué carecían de bañera, sino que no la tenía ninguna de las miles de casas que llegué a ver. Bajo estas circunstancias, con mi mujer y los niños y un par de inquilinos soportando el enorme espacio de un solo cuarto, tomar un baño en una tinaja sería algo imposible. Quizás la compensación estriba en el ahorro de jabón, de modo que todo va bien y Dios sigue en los cielos.

Además, es tan perfecta la forma en que están compensadas todas las cosas de este mundo, que aquí, en East Londres, llueve casi cada día, y, quíerose o no, habíamos de darnos un baño en la calle.

Ciertamente, la situación sanitaria de los lugares que visité era lamentable. Teniendo en cuenta el rudimentario sistema de alcantarillado, los desagües, los sumideros defectuosos, una pobre ventilación, humedad y fetidez por doquier, iba a exponer velozmente a mi esposa y mis hijos a la difteria, garrotillo, tífus, erisipela, envenenamiento de la sangre, bronquitis, pulmonía y tuberculosis, amén de otras enfermedades semejantes. Desde luego, la tasa de mortalidad era exageradamente elevada. Pero obsérvese de nuevo cómo se compensan las cosas. Lo más racional que puede hacer un hombre pobre con familia numerosa en el East London es sacársela de encima; las condiciones de la zona son tales que hacen el trabajo por él. Por supuesto, existe la posibilidad de que entre tanto esto sucede él muera. En este caso la compensación es menos evidente, pero debe estar ahí, por alguna parte, estoy seguro. Y cuando la descubra demostraré que se trata de una compensación bondadosa y sutil, salvo que todo mi esquema sea falso y esté equivocado.

Sin embargo, no alquilé ningún cuarto sino que regresé a mi calle, la de Johnny Upright. Después de esforzarme en meter a mi mujer y a mis hijos en todos aquellos cubículos, el ojo de mi mente se había estrechado tanto que me resultó imposible abarcar mi propio cuarto de un vistazo. Su inmensidad era abrumadora. ¿Era posible que fuese éste el cuarto que había alquilado por seis chelines semanales? ¡Imposible! Pero mi patrona, cuando llamó con los nudillos para averiguar si estaba cómodo, despejó mis dudas.

—Oh, sí señor —dijo contestando una pregunta—. Esta calle es la última. Hace ocho o nueve años todas las calles eran así, y la gente era respetable. Pero los otros han echado a los de nuestra clase. Sólo quedamos los de esta calle. ¡Es horrible, señor!

Y entonces me explicó el proceso de saturación, a través del cual el valor de los alquileres de un barrio se incrementaba a medida que descendía la categoría del mismo.

—Verá, señor, los de nuestra clase no estamos acostumbrados a amontonarnos como hacen los otros. Necesitamos más espacio. Los otros, los forasteros y los de condición más baja pueden meter cinco o seis familias en donde nosotros sólo metemos una. De modo que pueden pagar más renta que nosotros. Es horrible, señor, ¡y pensar que hace pocos años este barrio era de lo mejor que había!

Me quedé mirándola. He aquí una mujer de lo más selecto de la clase trabajadora inglesa, con numerosos signos de refinamiento, que está siendo poco a poco engullida por esa ruidosa y putrefacta marea humana que los poderes empujan desde el centro hacia el este de Londres. Deben construirse bancos, fábricas, hoteles y oficinas, y las pobres gentes de la ciudad son de estirpe nómada, de manera que emigran hacia el este, ola tras ola, y saturan y

degradan barrio tras barrio, empujando a los trabajadores que estaban allá hasta los límites de la ciudad, como pioneros, o arrastrándolos al abismo, si aún no a la primera generación, con seguridad a la segunda o a la tercera. Sólo es cuestión de meses que la calle de Johnny Upright siga la misma suerte. Y él lo sabe.

—En un par de años —dice— me vence el contrato. El propietario es de nuestra clase. No ha subido el alquiler de ninguna de las casas que tiene, y esto nos ha permitido quedarnos. Pero cualquier día puede venderlas, o morirse, que para nosotros es lo mismo. La casa se la quedará un criador de dinero, que pondrá una tienda en la parte posterior, donde tengo mi parra, ampliará la casa y alquilará un cuarto por familia. ¡Y entonces Johnny Upright se irá!

Me imaginé a Johnny Upright, a su buena mujer y a sus hijas, y también a su desgredada esclava, huyendo hacia el este en la oscuridad, como fantasmas, con la monstruosa ciudad rugiendo en sus talones.

Pero Johnny Upright no está solo en su huida. Lejos, muy lejos, en los límites de la ciudad viven comerciantes, pequeños empresarios y empleados de cierto nivel. Viven en casitas o en casas pareadas, con pequeños jardines, las habitaciones necesarias y espacio para respirar. Están hinchados de orgullo y ensanchan el pecho cuando contemplan el Abismo del que han escapado, dando gracias a Dios por no ser como los demás. ¡Y es sobre ellos que cae Johnny Upright con la monstruosa ciudad pegada a los talones! Los alquileres se disparan como por arte de magia, los jardines se edifican, las casas aisladas se dividen y subdividen, y la negra noche de Londres cae sobre ellas como una mortaja.

UN HOMBRE Y EL ABISMO

—Oiga, ¿me puede alquilar una habitación?

Dejé caer estas palabras con desgana, por encima de mi hombro, a una fornida mujer mayor con la que compartía una mesa en una cafetería que estaba cerca de Pool y no lejos de Limehouse.

—Ajá —contestó secamente, quizás porque mi apariencia no se corresponde con la que exige su casa.

No dije nada más y consumí en silencio mi loncha de tocino y mi repugnante jarra de té. Tampoco demostró ella interés por mí hasta que llegó el momento de pagar mi cuenta (cuatro peniques), y saqué del bolsillo una moneda de diez chelines. Se produjo entonces el resultado esperado.

—Ajá, señor —dijo—, tengo un sitio fetén. ¿Vuelve de un viaje?

— ¿Cuánto por una habitación? —inquirí, haciendo caso omiso a su curiosidad. Me miró de arriba a abajo con franca sorpresa.

—No alquilo habitaciones, no se lo hago a mis clientes, así que menos aún a los que están de paso.

—Entonces tendré que seguir buscando —contesté con evidente disgusto.

Pero mis diez chelines habían despertado su entusiasmo.

—Puedo alquilarle una buena cama con otros dos —insistió—. Buena gente, respetable, y muy tranquila.

—Pero yo no quiero dormir con otros dos hombres —objeté.

—No tiene que hacerlo. Hay tres camas en el cuarto, y no es pequeño.

— ¿Cuánto? —pregunté.

—Media corona por semana, dos con seis si se queda todo el mes. Le gustarán esos tíos, seguro. Uno trabaja en el almacén, lleva conmigo dos años. Y el otro lleva seis, hace seis y dos meses el sábado que viene. Es tramoyista —continuó—. Un tío serio y honrao, que nunca ha faltao a su trabajo de noche en todo el tiempo que está conmigo. Y le gusta la casa; dice que es la mejor que ha estao. Lo tengo a pensión, igual que a los otros.

—Supongo que estará ahorrando —insinué inocentemente.

— ¡Por Dios santo, qué va! Y no hay nada mejor por ese precio.

Pensé en mi inmenso Oeste, con espacio bajo su cielo y aire suficiente para mil Londres; ¡y aquí estaba este hombrecillo, tranquilo y de confianza, que no había faltado a su trabajo ni una sola noche, metido en un cuarto con otros dos hombres, un cuarto por el que pagaba dos dólares y medio al mes, y que era lo mejor que podía encontrar! Y aquí estaba yo, con el poder de mis diez chelines, a punto de ocupar con mis andrajos una cama a su lado. El alma humana es solitaria, pero a veces ha de serlo mucho, como cuando hay tres camas en un cuarto y se admite a cualquiera que lleve diez chelines.

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunté.

—Trece años, señor. ¿No cree que está bien el cuarto? Mientras hablaba se movía pensativa por la pequeña cocina en la que guisaba para los huéspedes que estaban a pensión. Cuando entré por primera vez estaba trabajando, y no dejó de hacerlo en toda la conversación. Sin duda era una mujer atareada. “A las cinco y media arriba”, “la última en meterse en la cama”, “trabajando como una bruta hasta romperme”, trece años, y como recompensa cabellos grises, ropas mugrientas, hombros caídos, figura desaliñada, trabajo

inacabable en una cafetería loca y ruidosa que daba a una callejuela con apenas diez pies de distancia entre las paredes, y un ambiente portuario feo y asqueroso, por no decir otra cosa.

— ¿Volverá a echarle un vistazo? —me preguntó ansiosa mientras yo iba hacia la puerta.

Al girarme y contemplarla comprendí la profunda verdad que hay en la vieja y sabia máxima: “La virtud es un premio en sí misma”.

Volví hasta ella.

— ¿Ha hecho vacaciones alguna vez? —pregunté.

— ¡Vacaciones!

—Un par de días en el campo, aire fresco, un día libre, ya sabe, un descanso.

— ¡Dios bendito! —rio, dejando de trabajar por primera vez—. ¿Vacaciones, eh? ¿Para darme un gusto? ¡Pues estamos bien! ¡Cuidao con los pies! —esto último era una advertencia, porque tropecé con el carcomido umbral.

Cerca del muelle de las Indias Occidentales encontré a un joven mirando desconsolado las aguas fangosas. Una gorra de fogonero encasquetada hasta los ojos y sus ropas revelaban sin lugar a dudas que era hombre de mar.

—Hola, compañero —le saludé, tratando de iniciar una conversación—. ¿Puedes decirme cómo se va a Wapping?

— ¿Has llegado en un barco ganadero? —contestó, descubriendo mi nacionalidad al instante.

A partir de ahí entramos en una conversación que se prolongó hasta una taberna y un par de pintas de cerveza. Ello aumentó nuestra intimidad, de manera que cuando saqué a la superficie un montón de peniques que en total hacían un chelín (y que era todo mi capital) y aparté seis para la cama y otros seis para cerveza, el marinero propuso generosamente que nos bebiésemos la totalidad del chelín.

—Mi compañero la lio buena anoche —explicó—. Y la poli lo metió en chirona, así que si quieres puedes compartir mi camastro. ¿Qué dices?

Dije que sí, y después de que nos hubimos empapado de cerveza hasta gastar el chelín y pasado la noche en la miserable cama de una miserable guarida, le conocí lo suficiente para saber qué clase de persona era. Y, tal como mi experiencia confirmaría después, resultó ser un personaje representativo del amplio sector de la clase trabajadora de Londres que constituía su nivel más bajo.

Nacido en Londres, su padre había sido fogonero y borracho antes que él. De niño, su hogar fueron las calles y los muelles. Nunca aprendió a leer, y nunca sintió que fuese necesario; era algo, creía, vano e inútil, al menos para un hombre en sus circunstancias.

Había tenido madre y numerosos y alborotadores hermanos y hermanas, todos amontonados en un par de habitaciones, viviendo con más miseria y menos comida que la que él se procuraba normalmente. En efecto, nunca iba a su casa salvo cuando no tenía suerte consiguiendo alimentos. Pequeños hurtos, mendicidad por calles y muelles, uno o dos viajes por mar sirviendo el rancho, algunos más paleando carbón para llegar a ser fogonero; con eso había alcanzado lo más alto en su vida.

Mientras transcurría todo esto se había ido forjando una filosofía de la vida fea y repulsiva, pero lógica y sensata desde su punto de vista. Cuando le pregunté para qué vivía, me contestó: “Para empinar el codo”. Un viaje por mar (porque un hombre tiene que vivir y conseguir su sustento), luego la paga y al final la gran borrachera. Después, pequeñas borracheras gorreadas en las tabernas a compañeros que aún tuvieran algunas monedas, como yo mismo, y cuando el gorreo no daba más de sí, otro viaje por mar y se repetía el ciclo brutal.

— ¿Y mujeres? —sugerí cuando terminó de proclamar la borrachera como la única finalidad de su vida.

— ¡Las tías! —dejó ruidosamente la jarra en el mostrador y habló con elocuencia—. A mí me han enseñao a alejarme de las tías. No compensan, compa, no compensan. ¿Para qué quiere las tías uno como yo? Dímelo. Tuve mi mami, y ya es suficiente; siempre sacudiendo a los críos y haciendo desgraciao a mi viejo cuando llegaba a casa, que eran muy pocas veces, te lo aseguro. ¿Y por qué? ¡Por culpa de la vieja! Nunca dejó que nadie fuese feliz. Luego están las otras tías. ¿Cómo tratan a un pobre currante con unos pocos chelines en los calzones? Una buena borrachera es lo que tiene en los bolsillos, una buena y larga borrachera, y las tías lo despluman tan deprisa que no le queda ni para un vaso. Lo sé bien. He pasado por eso y sé de qué va. Y te diré, donde hay tías hay problemas... gritos y jaleo, peleas, pinchazos, polis, jueces y un mes de trabajos forzados, y no te dan la paga cuando te sueltan.

—Pero tener esposa e hijos —insistí—, una casa propia y todo eso. Piénsalo, cuando vuelvas de viaje tendrás a los chiquillos encaramándose en tus rodillas, y tu esposa feliz y sonriente te dará un beso mientras pone la mesa, los niños te besarán cuando se van a la cama, la tetera silbando en el fuego y luego la larga charla sobre lo que has visto, ella contándote todo lo que ha pasado en la casa durante tu ausencia y...

— ¡Soo! —exclamó, dándome un puñetazo afectuoso en el hombro—. ¿A

qué juegas? Una tía besándome, y críos en mis rodillas, y la tetera silbando... ¿Todo eso por cuatro libras con diez al mes cuando tienes barco y cuatro veces nada cuando no lo tienes? Yo te diré lo que se tiene con cuatro libras con diez: la parienta buscando camorra, los críos escuálidos, sin carbón que haga silbar la tetera, que al final acaba contra tu cabeza; eso es lo que se tiene. Suficiente para que estés contento de volver al mar. ¡Una parienta! ¿Para qué? ¿Para que te haga desgraciao? ¿Críos? Sigue mi consejo, compa, y no tengas. Haz como yo. Me tomo una cerveza cuando quiero, sin una tía y unos mocosos llorando pidiendo pan. Soy feliz, con mi cerveza y compas como tú, un barco cerca y otro viaje por mar. Así que venga, tomemos otra pinta. Cerveza es lo que me hace falta.

No es preciso continuar con el discurso de este joven de veintidós años, he indicado suficientemente su filosofía de la vida y las razones económicas que la explican. La palabra “hogar” sólo le hacía pensar en cosas desagradables. Siendo los salarios de su padre, y de otros hombres del mismo estilo, muy bajos, había encontrado razones suficientes para señalar a esposa e hijos como causas de la desgracia masculina. Hedonista inconsciente, absolutamente amoral y materialista, buscaba la mayor felicidad posible para sí mismo, y la había encontrado en la bebida.

Un joven embrutecido; una ruina prematura; incapacidad física para trabajar como maquinista; el arroyo o el penal; y el fin... Lo veía con tanta claridad como yo, pero no le aterrorizaba. Desde el momento de su nacimiento todas las fuerzas de su alrededor habían contribuido a endurecerle, y veía su miserable e inevitable futuro con una insensibilidad e indiferencia que yo no podía modificar.

Y sin embargo no era mal hombre. No era intrínsecamente vicioso y brutal. Tenía una mentalidad normal, y mejor físico. Sus ojos eran grandes y azules, sombreados por largas pestañas, y estaban muy separados. Sonreían, tenían el brillo del humor. La frente y las facciones eran correctas, la boca y los labios, dulces, aunque ya empezaban a tener un rictus retorcido. El mentón era débil, aunque no demasiado; he visto a hombres más débiles inmejorablemente situados.

Su cabeza estaba bien formada, y tan graciosamente situada sobre su cuello perfecto que no me sorprendí al ver su cuerpo cuando se desnudó aquella noche. He visto muchos hombres desnudos, en gimnasios y campos de entrenamiento, hombres bien formados, pero nunca he visto a nadie que tuviese un mejor desnudo que este embrutecido joven de veintidós años, este joven dios condenado a la aniquilación y la ruina en un plazo de tres o cuatro cortos años sin que la posteridad pueda recibir su espléndida herencia.

Parecía un sacrilegio malgastar aquella vida, y sin embargo tuve que

admitir que tenía razón al no querer casarse ganando sólo cuatro libras con diez en la ciudad de Londres. Como la tenía el tramoyista siendo más feliz viviendo solo en un cuarto compartido con otros dos hombres que amontonando una escuálida familia en un cuarto aún más barato que igualmente tendría que compartir con otros dos hombres.

Y día a día me convencí de que no sólo es desaconsejable, sino que es un crimen que la gente del Abismo se case. Ellos son los ladrillos que el constructor rechaza. No hay lugar para ellos en la sociedad, pues todas las fuerzas de ésta los rebajan hasta hacerles perecer. En el fondo del Abismo son débiles, estúpidos y necios. Si se reproducen, la vida es tan mísera que por fuerza han de perecer. Los asuntos del mundo transcurren por encima de ellos, y no les interesa participar ni están preparados para hacerlo. Más aún, el mundo no les necesita. Hay muchos, mejor preparados que ellos, aferrados a la empinada ladera y luchando desesperadamente para no volver a resbalar.

En resumen, el Abismo de Londres es un inmenso matadero. Año tras año, década tras década, la Inglaterra rural envía un torrente de vida fuerte y vigorosa que no sólo no sirve para renovar nada, sino que perece a la tercera generación. Las autoridades competentes afirman que el trabajador londinense de padres y abuelos nacidos en Londres es un ejemplar tan notable que resulta difícil de encontrar.

Mr. A. C. Pigou ha dicho que los ancianos pobres y la hez que compone ese inframundo constituye el 7,5 por ciento de la población de Londres. Que es lo mismo que decir que el año pasado, y ayer, y hoy, en este mismo instante, 450.000 de esas criaturas están muriendo en el fondo del foso social que llaman «Londres». En cuanto a cómo mueren, tomaré un ejemplo del periódico de esta mañana:

AUTONEGLIGENCIA

Ayer el Dr. Wynn Westcott llevó a cabo una investigación en Shoreditch en relación con la muerte de Elizabeth Crews, de 77 años, con domicilio en East Street, Holborn, quien murió el miércoles pasado. Alice Matieson afirmó ser la propietaria de la casa en la que vivía la fallecida. La testigo la vio con vida por última vez el lunes anterior. Vivía sola. Mr. Francis Birch, funcionario de la beneficencia pública del distrito de Holborn, declaró que la muerta había ocupado el cuarto en cuestión durante treinta y cinco años. Cuando el testigo fue avisado, encontró a la anciana en un estado terrible, y la ambulancia y el cochero tuvieron que ser desinfectados después del traslado. El Dr. Chase Fennell dijo que la muerte fue causada por el envenenamiento de la sangre debido a las llagas, a causa de su autonegligencia y de la inmundicia que la rodeaba, y el jurado dio su veredicto en esos términos.

Lo más chocante de este pequeño incidente acerca de la muerte de una

mujer es la petulante complacencia con que lo consideraron y enjuiciaron las autoridades. Que una anciana de setenta y siete años muriese por AUTONEGLIGENCIA es una forma sumamente optimista de contemplarlo. Haber muerto fue culpa de la mujer, y habiendo establecido su responsabilidad, la sociedad vuelve con satisfacción a sus propios asuntos.

De este inframundo Mr. Pigou ha dicho: «Bien por falta de fuerza física, o de inteligencia, o de nervio, o de las tres cosas, son trabajadores ineficientes y carentes de voluntad, y en consecuencia son incapaces de mantenerse a sí mismos... A menudo tienen un intelecto tan degradado que no pueden distinguir la mano derecha de la izquierda, o reconocer los números de sus casas; sus cuerpos son débiles y no poseen resistencia, sus inclinaciones están torcidas y casi no saben lo que es la vida familiar».

Cuatrocientas cincuenta mil personas es mucha gente. El joven fogonero era sólo una de ellas, y le llevó algún tiempo contarme lo poco que tenía que decir. No me gustaría oírles a todos al mismo tiempo. Me pregunto si Dios les oye.

LOS QUE ESTÁN AL BORDE

Mi primera impresión del East End de Londres fue, como es lógico, superficial. Más tarde empezaron a surgir los detalles, y aquí y allá, en aquel caos miserable, encontré pequeños focos en los que reinaba algo de felicidad: por ejemplo, en algunas casas en calles apartadas donde viven artesanos y en las que existe una elemental vida familiar. Al anochecer se puede ver a los hombres en las puertas de sus viviendas, con la pipa en la boca y chiquillos en las rodillas, las mujeres chismorreando y un ambiente relajado y divertido. Estas gentes están contentas, evidentemente, porque en relación a la miseria que les rodea viven relativamente bien.

Pero en el mejor de los casos se trata de una felicidad monótona, animal, la satisfacción de la tripa llena. Lo que domina sus vidas es el materialismo. Son estúpidos y torpes, sin imaginación. El Abismo parece destilar una atmósfera de torpor, que les envuelve y atonta. La religión les resbala. El Invisible no les causa ni terror ni arrobos. No tienen conciencia del Invisible; y la tripa llena y la pipa del atardecer, junto con cerveza, es todo lo que le piden, o sueñan pedirle, a la vida.

Esto no sería tan malo si fuese todo; pero hay más. El torpor satisfecho en el que están inmersos no es más que la mortal inercia que precede a la extinción. No hay progreso, y en ellos no progresar es caer en el Abismo. Es

posible que en el transcurso de sus vidas sólo den inicio a la caída, que completarán sus hijos y los hijos de sus hijos. El ser humano siempre obtiene menos de lo que le pide a la vida; y ésto es tan poco lo que le piden que lo que obtienen no puede salvarlos.

La vida urbana es antinatural para los humanos; pero la vida urbana londinense es tan absolutamente antinatural para el hombre o la mujer trabajadores que no pueden soportarla. Mente y cuerpo se ven minados por incesantes influencias corrosivas. El vigor moral y físico se rompe, y el buen trabajador, recién llegado del campo, se convierte en un mal trabajador en la primera generación urbana; y la segunda generación, vacía de empuje e iniciativa, y de hecho incapaz físicamente para realizar la labor que hicieran sus padres, está ya de lleno en la pendiente que conduce al matadero del Abismo.

Por lo pronto, el aire que respira, y del que nunca puede escapar, es suficiente para debilitarle mental y físicamente, hasta el punto de que es incapaz de competir con la vida nueva y viril procedente del campo que se apresura hacia Londres dispuesta a destruir y ser destruida.

Prescindamos de los gérmenes malignos que atiborran el aire de East End y fijémonos sólo en los humos. Sir William Thislton-Dyer, conservador de los Jardines Kew, ha estudiado los efectos del humo en la vegetación y, según sus cálculos, no menos de seis toneladas de materia sólida, consistente en hollín e hidrocarburos derivados de la brea, se depositan cada semana en cada cuarto de milla cuadrada en y alrededor de Londres. Esto equivale a veinticuatro toneladas semanales por milla cuadrada, es decir, a 1.248 toneladas anuales. De la cornisa situada debajo de la cúpula de la catedral de San Pablo se tomó recientemente un depósito sólido de sulfato de cal cristalizado. Este depósito se había formado por la acción del ácido sulfúrico de la atmósfera sobre la cal de la piedra. Y este ácido sulfúrico de la atmósfera es continuamente respirado por el trabajador londinense durante todos los días y noches de su vida

Es indiscutible que los chiquillos se convierten en adultos corrompidos, sin virilidad o vigor, una estirpe descuidada, de piernas débiles y estrecha de pecho, que se encoge y cae en la brutal lucha por la vida contra las invasoras hordas del campo. Ferroviarios, carreteros, conductores de autobús, transportistas de maíz y madera, y todos cuantos han de menester vigor físico, son en su mayor parte traídos del campo; en cuanto a la policía metropolitana, la forman unos 12.000 campesinos junto a unos 3.000 londinenses.

De modo que uno tiene que llegar a la conclusión de que el Abismo es, literalmente, una enorme máquina dedicada a matar hombres, y cuando paso por las callejas apartadas con los artesanos de barrigas llenas sentados en las puertas, siento mayor pena por ellos que por los 450.000 infelices, perdidos y

sin esperanza, que agonizan en el fondo del hoyo. Éstos, por lo menos, están ya casi muertos, mientras que aquéllos todavía tienen que pasar por las lentas angustias que se extenderán a lo largo de dos e incluso tres generaciones.

Y sin embargo, la calidad de la vida es buena. Contiene en ella todas las potencialidades humanas. De darse las condiciones apropiadas, podría subsistir durante siglos y de ella surgirían grandes hombres, héroes y maestros que harían un mando mejor gracias a haberlo vivido.

Hablé con una mujer que era muy representativa de esas personas que han sido expulsadas de su calle, apartadas para iniciar la fatal caída hacia el fondo. Su marido era ajustador y miembro del Sindicato de Mecánicos. Resultaba evidente que era un mal mecánico, pues era incapaz de conservar un empleo estable. No tenía ni la energía ni el espíritu emprendedor necesarios para conseguir o mantener un puesto fijo.

La pareja tenía dos hijas, y los cuatro vivían en un par de agujeros, llamados generosamente “cuartos”, por los que pagaban siete chelines semanales. No disponían de cocina, por lo que guisaban en un hornillo de gas. Como carecían de dinero, les era imposible conseguir un suministro ilimitado de gas, pero se les había instalado una maquinita ingeniosa para facilitar que consumieran lo que pudieran pagar: introduciendo un penique en una ranura, el gas fluía, y cuando se había consumido el valor del penique, quedaba cortado el suministro.

—Un penique se gasta enseguida —explicaba la mujer—, ¡y la comida se queda a medio guisar!

El hambre había sido la norma durante años. Mes sí mes no, se levantaban de la mesa deseando comer más. Y una vez en la pendiente, la desnutrición crónica es un factor importante en la pérdida de vitalidad y en la aceleración de la caída.

No obstante, era una trabajadora tenaz. Desde las 4,30 de la mañana hasta la última luz de la tarde se afanaba cosiendo faldas de paño con dos volantes por siete chelines la docena. ¡Faldas de paño con dos volantes por siete chelines la docena! Esto equivale a un dólar setenta y cinco la docena, o a catorce centavos y tres cuartos la falda.

El marido, para obtener empleo, tenía que pertenecer al sindicato, que le cobraba un chelín y seis peniques a la semana. Cuando había huelgas y tenía la suerte de estar trabajando, debía pagar hasta dieciséis chelines a la caja de resistencia.

Una de las hijas, la mayor, había trabajado como aprendiz para una modista, cobrando un chelín y seis peniques a la semana (treinta y siete centavos semanales, esto es, cinco centavos diarios). Sin embargo, fue

despedida al llegar la temporada baja, pese a que había sido contratada con un salario tan exiguo con la excusa de que debía aún aprender el oficio. Después trabajó en una tienda de bicicletas durante tres años con un sueldo de cinco chelines a la semana y debiendo andar dos millas de ida y otras tantas de vuelta, siendo multada si llegaba tarde.

Por lo que se refiere al hombre y a la mujer, su suerte estaba ya echada. Habían perdido pie y caían hacia el foso. ¿Pero y las hijas? Viviendo en condiciones pésimas, debilitadas por la desnutrición crónica, corroídas mental, moral y físicamente, ¿qué oportunidad tenían de salir del Abismo en que habían caído?

Mientras escribo esto, y durante más de una hora, el ambiente se ha hecho irrespirable a causa de una pelea que tiene lugar en el patio situado a espaldas del mío. Cuando me llegaron los primeros sonidos los tomé por ladridos y gruñidos de perros, y tardé varios minutos en darme cuenta de que eran seres humanos, y además mujeres, quienes producían tal clamor.

¡Mujeres borrachas peleándose! Si no es agradable pensarlo, aún resulta peor oírlo. Es algo parecido a esto: parloteo incoherente producido por los pulmones de varias mujeres; una pausa en la que se oye el llanto de una criatura y la voz de una joven suplicando entre sollozos; se alza la voz de una mujer, firme y desafiante: “¡Pégame! ¡Atrévete apegarme!”, luego, un golpe, el desafío ha sido aceptado y la reyerta vuelve a empezar.

Las ventanas traseras de las casas que dan al lugar de la escena están llenas de espectadores entusiastas, y a mis oídos llega el sonido de golpes y juramentos que hielan la sangre. Por fortuna no alcanzo a ver a las combatientes.

Se produce una pausa; “¡Deja en paz a la criatura!”, y la criatura, evidentemente de poca edad, grita aterrada. “¡Está bien!”, repetido insistentemente, a voz en cuello, una veintena de veces: “¡Te voy a estampar esta piedra en la cabeza!”, y, por el chillido que se oye hay que deducir que la piedra ha sido estampada en la cabeza.

Pausa. Aparentemente una de las contendientes ha quedado fuera de combate y la están reanimando; se escucha otra vez la voz de la criatura, pero ahora en un hilo de voz, aunque no menos aterrada.

Las voces empiezan a subir de tono, en una conversación parecida a esto:

— ¿Sí?

— ¡Sí!

— ¿Sí?

— ¡Sí!

— ¿Sí?

— ¡Sí!

— ¿Sí?

— ¡Sí!

Suficientemente afirmadas ambas partes, el conflicto se reanuda. Una de las combatientes obtiene una ventaja abrumadora, y se aprovecha de ella, a juzgar por la manera en que la otra jura que la matará. La que jura la muerte de la otra balbucea y rueda sin voz, sin duda asfixiada por un buen apretón en la garganta.

Intervienen nuevas voces; un ataque por el flanco, roto el apretón en la garganta según se deduce de la forma en que grita la que jura que la va a matar; alboroto general, todas se pelean.

Pausa. Más voces, y la de la joven: “Me voy a poner de parte de mi madre”; diálogo, repetido al menos cinco veces, bla, bla, bla, conflicto renovado, madres, hijas, todas, durante el cual mi patrona retira a su hija de los escalones traseros y yo me pregunto cuál será el efecto en su moral de todo lo que ha oído.

EL CALLEJÓN DE LA SARTÉN

Éramos tres andando por Mile End Road, y uno era un héroe. Un muchacho de talle esbelto, de diecinueve años, tan ligero y frágil que, como Fray Lippo Lippi, podía ser derribado por un golpe de viento. Era un ardiente socialista, lleno de entusiasmo y maduro para el martirio. Peligrosamente, había tomado parte activa, como orador o presidente, en las numerosas reuniones en favor de los boer que han exasperado a la alegre Inglaterra durante estos últimos años. Mientras andábamos me había ido contando algunas cosas: cómo había sido arrojado de parques y tranvías; sus discursos de renovada esperanza mientras un orador tras otro eran golpeados por la iracunda multitud; el asedio en una iglesia en la que buscara refugio con otros tres y donde, bajo una lluvia de proyectiles y cristales rotos, se defendieron de la multitud hasta ser rescatados por una patrulla de la policía; batallas violentas y vertiginosas en escaleras, galerías y balcones; ventanas rotas, escaleras hundidas, salas de conferencias destruidas, y cabezas y huesos rotos... y al final, con un suspiro pesaroso, me miró y dijo:

— ¡Cómo os envidio a los hombres corpulentos y fuertes! Yo soy tan enclenque que poco puedo hacer a la hora de pelear.

Y yo, que les sacaba hombros y cabeza a mis dos compañeros, recordé mi rudo Oeste y los hombres corpulentos a los que, a mi vez, envidiaba. También pensé, mientras contemplaba a aquel joven esmirriado con corazón de león, que aquél era el tipo de individuo que levanta barricadas y demuestra al mundo que los hombres no han olvidado cómo se muere.

Pero habló mi otro compañero, un joven de veintiocho años que se ganaba su precaria existencia en un taller de zapatería.

—Yo estoy fuerte, sí señor —anunció—. No como los otros tíos del taller. Me consideran un macho bien hecho. ¡Peso ciento cuarenta libras!

Me dio vergüenza decirle que yo pesaba ciento setenta, de manera que me contenté con observarlo atentamente. ¡Pobre tipo contrahecho! Con la piel y el color mustios, el cuerpo retorcido, pecho hundido, hombros vencidos por el trabajo, la cabeza inclinada hacia delante. ¡Sí que era un macho bien hecho!

— ¿Cuánto mides?

—Más de cinco pies —contestó orgulloso—, y los otros tíos del taller...

—Enséñame ese taller —le pedí.

En ese momento nadie estaba trabajando, pero aun así deseaba verlo. Pasada la calle Lemman torcimos hacia la izquierda en Spitalfields y nos metimos en el Callejón de la Sartén. Una horda de chiquillos alborotaba en la acera fangosa, como renacuajos convertidos en ranas en el fondo de una charca seca. En un portal angosto, tanto que no pudimos sino chocar con ella, se sentaba una mujer con un pequeñuelo que mamaba de unos pechos groseramente desnudos, dando una imagen degradada de la santidad materna. En el oscuro y estrecho vestíbulo situado tras ella nos abrimos camino entre una masa de niños y empezamos a subir una escalera aún más estrecha y sucia. Ascendimos tres pisos, cada rellano de una superficie de dos pies por tres, sucio y lleno de desperdicios.

Había siete habitaciones en aquella abominación llamada casa. En seis de ellas, unas veinte personas, de ambos sexos y todas las edades, cocinaban, comían, dormían y trabajaban. La superficie media de los cuartos era de ocho pies por ocho, o tal vez nueve. Entramos en la séptima estancia. Era el taller en el que cinco hombres hacían sudar sus frentes. Tenía una anchura de siete pies y una longitud de ocho, y la mesa en la que trabajaban ocupaba la mayor parte del espacio. En la mesa había cinco hormas; casi no quedaba lugar para que los hombres realizaran su trabajo, pues el resto del cuarto estaba lleno de cartones, cueros, montones de zapatos y los materiales utilizados para adherir los zapatos a las suelas.

En el cuarto vecino vivía una mujer con seis críos. En otro sucio agujero

vivía una viuda con un hijo tísico de dieciséis años que se estaba muriendo. Me dijeron que la mujer vendía dulces por las calles y con frecuencia no conseguía los tres cuartos de leche que su hijo necesitaba cada día. Es más, el chico, débil y casi moribundo, sólo probaba la carne una vez por semana; y la clase y calidad de aquella carne no puede ser imaginada por personas que nunca han visto comer a una piara humana.

—Su forma de toser da escalofríos —comentó mi amigo, refiriéndose al muchacho—. Le oímos mientras trabajamos, y da escalofríos, lo juro, da escalofríos.

Y en las toses y los dulces descubrí otra amenaza para los chiquillos en aquel ambiente hostil del barrio.

Mi amigo, cuando había trabajo, compartía con otros cuatro hombres aquel cuarto de ocho pies por siete.

En invierno, una lámpara ardía durante todo el día añadiendo sus humos a la sobrecargada atmósfera, que era respirada una y otra vez.

En las épocas buenas, cuando había exceso de trabajo, el hombre podía ganar hasta treinta chelines a la semana. ¡Siete dólares y medio!

—Pero esto sólo lo conseguimos los mejores. Y tenemos que trabajar doce, trece y catorce horas diarias, y todo lo deprisa que podemos. ¡Debería ver cómo sudamos! ¡Nos cae a chorro! Si pudiera vernos se quedaría pasmado: las tachuelas salen de nuestras bocas como de una máquina. Míreme la boca.

Se la miré. Los dientes estaban gastados por el roce constante de las puntas metálicas. Se veían negros y podridos.

—Y eso que me los limpio —agregó—, si no, aún estarían peor.

Después de contarme que los trabajadores tenían que conseguirse sus propias herramientas, puntas, cartones, luz y todo lo demás, me quedó claro que sus treinta chelines eran una cantidad exigua.

— ¿Cuánto dura la temporada buena, cuando cobras ese espléndido salario de treinta chelines? — pregunté.

—Cuatro meses —fue la respuesta; durante el resto del año conseguía entre media y una libra a la semana, que equivale a entre dos dólares y medio y cinco dólares. La semana a la que me refiero ya estaba en su mitad y había ganado cuatro chelines, esto es, un dólar. Y me dio a entender que sus ingresos eran de los más altos en el oficio. Miré por la ventana, que debería haber dado a los patios traseros de las casas vecinas. Pero no había patios traseros, o mejor dicho, estaban ocupados por unos cobertizos habitados. Los tejados de esas chozas estaban cubiertos por una capa de suciedad, en algunos puntos de dos pies de espesor, arrojada desde las ventanas traseras de los pisos superiores.

Distinguí rasas de pescado y huesos, desperdicios, harapos pestilentes, botas viejas, vajilla rota, y toda la basura de una pocilga humana.

—Éste es nuestro último año; han comprado máquinas que harán nuestro trabajo dijo mi amigo entristecido, mientras tropezábamos con la mujer de los pechos desnudos y de nuevo nos abríamos paso entre la masa de niños.

Después visitamos las casas construidas por el Consejo del Condado de Londres allí donde vivió Arthur Morrison. Aun cuando los edificios albergaban a más gente que entonces, eran mucho más salubres. Los habitantes eran artesanos, miembros de las capas trabajadoras más altas. Las gentes del barrio se habían desplazado para vivir en otros suburbios o crear nuevos.

—Y ahora —dijo mi amigo, el “fornido”, el que trabajaba tan de prisa que se le saltaban los ojos—, te enseñaré uno de los pulmones de Londres. Éstos son los Jardines de Spitalfields —y pronunció con sorna la palabra “jardín”.

A la sombra de Christ’s Church, a las tres de la tarde, contemplé un panorama que no deseo volver a ver en mi vida. No hay flores en ese jardín, que es más pequeño que el rosal que tengo en mi casa. Sólo crece hierba, y está rodeado, como todos los parques de Londres, por una valla de hierros puntiagudos para evitar que los que no tienen techo puedan entrar a dormir por las noches.

Al penetrar en él nos cruzamos con una anciana, de cincuenta o sesenta años, cargada con dos voluminosos fardos. Era una vagabunda, un alma sin hogar, demasiado independiente para encerrar su cuerpo decadente en una institución caritativa. Como el caracol, llevaba su casa auestas. Los dos fardos contenían todos sus bienes: vestidos, ropa blanca y sus más entrañables posesiones.

Recorrimos el sendero de gravilla. En los bancos de ambos lados se acomodaba una masa humana miserable cuya visión hubiera inspirado a Doré manifestaciones de fantasía diabólica, superiores a las habituales suyas. Era un revoltijo de harapos y mugre, de toda clase de espantosas enfermedades de la piel, úlceras abiertas, contusiones, estupidez, indecencia, repelentes monstruosidades y rostros bestiales. Soplaba un viento frío y crudo, y aquellas criaturas se envolvían en sus harapos, en su mayoría durmiendo o intentando dormir. Había una docena de mujeres, cuyas edades iban de los veinte a los setenta años. Junto a ellas, un bebé de unos nueve meses yacía dormido en el banco, sin almohada ni envoltura y sin que nadie le vigilase. Y media docena de hombres dormían muy tiesos, o apoyados los unos en los otros. También una familia, el hijo dormido en los brazos de la madre dormida, y el marido o compañero arreglando torpemente un zapato roto. En otro banco una mujer cortaba con un cuchillo las tiras de sus harapos, y otra, con aguja e hilo, se

cosía los desgarrones. Al lado, un hombre sostenía en sus brazos a una mujer dormida. Más allá, otro hombre, con las ropas embarradas, dormía con la cabeza apoyada en el regazo de una mujer no mayor de veinticinco años, que también dormía.

Lo que más me sorprendía era que durmiesen. ¿Por qué nueve de cada diez estaban dormidos o intentaban dormir? No lo supe hasta más tarde. Hay una ley que establece que los sin techo no podrán dormir de noche. En la acera, junto al pórtico de Christ's Church, donde las columnas de piedra se alzan hacia el cielo de forma solemne, había hileras de hombres que yacían dormidos o amodorrados, demasiado hundidos en su sopor para sentir curiosidad por nosotros.

—Un pulmón de Londres —exclamé—. No, un absceso, una llaga pútrida.

— ¿Por qué nos has traído aquí? —preguntó el joven y ardiente socialista, con el alma y el estómago revueltos.

—Estas mujeres —aseguró nuestro guía— se venderían por tres peniques, o dos, o una hogaza de pan duro.

Lo dijo con expresión divertida.

No sé qué más hubiera sido capaz de decir antes de que el joven socialista exclamara:

—Por todos los Cielos, vámonos de aquí.

CONDECORADO CON LA CRUZ VICTORIA

He descubierto que no es fácil conseguir alojamiento circunstancial en un albergue público. He hecho ya dos intentos, y pronto haré el tercero. La primera vez fue a las siete de la tarde y llevaba cuatro chelines en el bolsillo. En esta ocasión, cometí dos errores. En primer lugar, el aspirante al alojamiento circunstancial debe ser pobre de solemnidad, y puesto que se le somete a un riguroso registro, es preciso que esté realmente sin blanca; cuatro peniques, y no digamos cuatro chelines, son suficientes para descalificarle. En segundo lugar, cometí el error de llegar con retraso. Las siete es demasiado tarde para que un indigente consiga una cama de menesteroso.

Para conocimiento de la gente inocente y bien alimentada, permítanme explicar en qué consiste el alojamiento circunstancial. Es un edificio donde el que no tiene casa, ni cama, ni dinero, puede, si tiene suerte, descansar circunstancialmente sus fatigados huesos, para, al día siguiente, pagar el favor trabajando como un condenado.

Mi segundo intento empezó bajo mejores auspicios. Fue a media tarde, iba acompañado por el ferviente socialista y otro amigo y todo lo que tenía en mis bolsillos eran tres peniques. Me condujeron hasta el albergue de Whitechapel, que observé desde una esquina. Apenas pasaban unos minutos de las cinco y ya se había formado una larga y melancólica cola, que doblaba la esquina del edificio y se perdía de vista.

Era un espectáculo de lo más triste; hombres y mujeres, en el frío y gris atardecer, esperaban un humilde cobijo que les protegiera de la noche, y confieso que casi me puso fuera de mí. Como el niño ante la puerta del dentista, descubrí de repente multitud de razones para estar en cualquier otra parte. Algo de esta lucha interior se debió reflejar en mi cara, pues uno de mis compañeros me dijo:

—No te arrugues; tú puedes hacerlo.

Claro que podía, pero me di cuenta de que incluso los tres peniques de mi bolsillo eran una fortuna para aquella caterva, y con objeto de hacer desaparecer cualquier posibilidad de envidia me desprendí de las monedas. Me despedí de mis amigos y, con el corazón saltándome en el pecho, avancé por la calle y me situé en la cola. Aquella pobre gente que se tambaleaba hacia la muerte tenía un aspecto calamitoso, más calamitoso de lo que pueda imaginarse.

Junto a mí había un hombre bajo y fornido. Fuerte y sano, aunque ya mayor, de facciones marcadas, con la dura y curtida piel proporcionada por años de exposición al sol y a los vientos, tenía los inconfundibles rostro y ojos del hombre de mar. Y al instante me vino a la memoria un fragmento del Galeote de Kipling:

Con el estigma de mis hombros, con las heridas de grilletes de acero;

Con las señales que me dejaron los látigos, con las heridas que nunca sanan;

Con los ojos envejecidos escrutando el soleado mar, Estoy pagado por mis servicios...

Cuán acertado estuve en mi suposición y cuán apropiado era el poema lo sabrán enseguida.

—No lo aguantaré mucho tiempo, no señor —se quejaba a su vecino—. Destrozaré un escaparate, uno muy grande, y me meterán entre rejas catorce días. Entonces tendré dónde dormir y mejor comida que aquí. Aunque echaré de menos mi tabaco —dijo esto último con resignación—. He pasado dos noches al raso —continuó—; la noche pasada me empapé, y no estoy dispuesto a aguantarlo más. Me estoy haciendo viejo y cualquier mañana me

encontrarán muerto.

Se volvió hacia mí con fiereza.

—No llegues a viejo, muchacho. Muérete siendo joven o acabarás como yo. Te lo aseguro. Tengo ochenta y siete años y he servido a mi país como un hombre. Tres galones por buena conducta y la Cruz Victoria, y esto es lo que recibo a cambio. Ojalá estuviera muerto, ojalá lo estuviera.

Se le humedecieron los ojos, pero antes de que el otro lo consolara se puso a tararear una canción de marineros como si en el mundo no existieran las penas.

Ante mi insistencia, me contó esta historia mientras esperaba en la cola del albergue, después de pasar dos noches a la intemperie:

De niño se había alistado en la marina británica, y durante más de dos enganches sirvió bien y fielmente. Nombres, fechas, comandantes, puertos, escaramuzas y batallas brotaban de sus labios como un río inagotable, pero me resulta imposible recordarlos y no podía tomar notas a la puerta de un albergue para pobres. Había estado en lo que él llamaba la Primera guerra de China; se alistó en la Compañía de las Indias Orientales y sirvió diez años en la India; regresó allí, con la armada inglesa, en la época de la insurrección; había tomado parte en las guerras de Birmania y de Crimea; y, además, había luchado y trabajado para la bandera inglesa en casi todo el planeta.

Y entonces sucedió. Algo casi sin importancia en un principio: tal vez al teniente no le había sentado bien el desayuno; o acaso se acostara tarde la noche anterior; o sus deudas le tenían preocupado; o el comandante le había hablado con brusquedad. Lo cierto es que aquel día el teniente estaba irritable. El marinero, junto con otros, estaba preparando el aparejo de proa.

No olvidemos que el marinero llevaba cuarenta años en la armada, tenía tres galones por buena conducta y poseía la Cruz Victoria por servicios distinguidos en combate; es decir, que no podía ser un mal marinero. Pero el teniente estaba irritable, le insultó; fue un insulto desagradable. Se refería a la madre del marinero. Cuando yo era pequeño teníamos por norma pelear como demonios si se dedicaba tal insulto a nuestras madres; y en mi país muchos hombres han muerto al insultar con esas palabras a las madres de otros hombres.

Sea como fuere, el teniente insultó a la madre del marinero. Éste, en aquel momento, tenía en las manos una barra de hierro. Sin dudarle, golpeó con ella la cabeza del teniente, haciéndolo caer por la borda. Entonces, según palabras del propio marinero:

—Me di cuenta de lo que había hecho. Conocía las ordenanzas y me dije:

“Estás acabado, Jack, muchacho; así es que allá voy”. Y salté tras él, decidido a ahogarme con él. Y lo hubiese conseguido de no haber sido porque se nos acercó la barcaza del buque insignia. Al emerger a la superficie yo lo tenía sujeto y le estaba dando de puñetazos. Esto es lo que me perdió. De no haber estado golpeándolo podía haber dicho que, al ver lo que había hecho, salté por la borda para salvarle.

Hubo consejo de guerra, o como quiera que se llame en la marina. Me recitó la sentencia, letra por letra, como si se la hubiese aprendido de memoria y repetido amargamente muchas veces. Y éste es, en aras de la disciplina y del respeto a oficiales que no siempre son caballeros, el castigo recibido por un hombre culpable de haberse portado con hombría. Ser degradado a marinero raso; perder las pagas que se le debían; privársele del derecho a pensión; renunciar a la Cruz Victoria; ser expulsado de la marina por su carácter (ésta era su mayor ofensa); recibir cincuenta latigazos; y pasar dos años en prisión.

—Ojalá me hubiese ahogado aquel día, ojalá Dios lo hubiese querido — terminó, al tiempo que la cola avanzaba y doblábamos la esquina.

Al fin pudimos ver la puerta, por la que los indigentes eran admitidos por grupos. Y entonces me enteré de algo sorprendente: siendo miércoles, ninguno de nosotros podría salir hasta el viernes por la mañana. Y lo que era peor — tomen nota los fumadores—: no se nos permitiría entrar con tabaco. Había que entregarlo en la puerta. A veces, me dijeron, lo devolvían al salir, y otras veces era destruido.

El viejo guerrero me dio una lección. Abriendo su bolsa, vació el tabaco (una cantidad exigua) en un pedazo de papel. Lo envolvió de cualquier manera y lo escondió en el calcetín. Yo hice lo mismo, ya que cuarenta horas sin tabaco es una prueba demasiado dura para cualquier fumador.

La cola avanzó una y otra vez y nos fuimos acercando a la puerta, lenta pero inexorablemente. En un momento en el que estuvimos sobre unas rejas, bajo nosotros apareció un individuo al que el viejo marino preguntó:

— ¿Cuántos más caben?

—Veinticuatro —respondió.

Miramos con ansiedad hacia delante y contamos. Había treinta y cuatro delante de nosotros. En los consternados rostros que me rodeaban se reflejaba el desencanto. No es nada agradable, cuando se está hambriento y sin blanca, enfrentarse con la perspectiva de pasar la noche en la calle. Pero no perdimos la esperanza, hasta que, cuando todavía nos precedían diez hasta la entrada, el portero nos echó.

—Completo —fue todo lo que dijo mientras cerraba la puerta.

Como un rayo, pese a sus ochenta y siete años, el viejo marinero salió disparado con la improbable esperanza de encontrar cobijo en otra parte. Yo me quedé a discutir con otros dos tipos, expertos en alojamientos circunstanciales, sobre dónde era más conveniente dirigirse. Decidieron probar en el albergue de Poplar, a unas tres millas, y hacia allí nos encaminamos.

Al doblar la esquina uno de ellos comentó:

—Hoy no había manera de entrar. Vine a la una y ya había cola... mimados como gatitos, eso es lo que son. Siempre dejan entrar a los mismos, noche tras noche.

EL CARRETERO Y EL CARPINTERO

Al Carretero, con su rostro noble, con perilla y sin bigote, en Estados Unidos lo hubiese tomado por cualquier cosa, desde capataz a granjero acomodado. En cuanto al Carpintero... bueno, le hubiese tomado por carpintero. Flaco y fibroso, con ojos sagaces y escudriñadores y manos retorcidas que habían sostenido herramientas durante cuarenta y siete años, tenía todo el aspecto de ser lo que era. El gran problema de estos hombres consistía en que eran viejos, y sus hijos, en vez de crecer para cuidarlos, habían muerto. Los años habían podido con ellos, y se habían visto desplazados del negocio por competidores nuevos y más jóvenes que les quitaron el trabajo.

Estos dos hombres, rechazados en el albergue de Whitechapel, se dirigían conmigo al de Poplar. No había muchas posibilidades, pensaban, pero aún podíamos confiar en la casualidad. O entrábamos en Poplar o nos quedábamos toda la noche en la calle. Ambos ansiaban una cama, pues confesaban estar “en las últimas”. El Carretero, a sus cincuenta y ocho años, había pasado tres noches al cielo raso y sin dormir, mientras que el Carpintero, de sesenta y cinco, llevaba cinco a la intemperie.

Pero ¡oh, queridas gentes de vida fácil!, hartos de comer bien, con camas blandas y habitaciones ventiladas, ¿cómo os podría hacer comprender lo que sufriríais si tuvieseis que pasar una fatigosa noche en las calles de Londres? Creedme, imaginaríais que han pasado mil siglos antes de que la aurora iluminase el oriente; temblaríais y gritaríais por el dolor de cada uno de vuestros músculos, y os maravillaríais de poder soportar tanto y seguir con vida. Si os sentaseis en un banco y se os cerraran los ojos, un policía os despertaría con la seca orden de “Circule”. Podríais descansar en un banco, aunque éstos son escasos y están muy separados entre sí; pero si descanso

significa dormir, entonces te encuentras con que hay que “circular”, arrastrando vuestro cuerpo agotado por calles interminables. Y si con desesperada astucia buscáis algún oculto callejón, un oscuro pasaje, y os acostáis en el suelo, también de allí el omnipresente policía os echaría. Cumple con su obligación. La ley de los poderosos dice que los pobres han de ser echados de un sitio tras otro.

Pero al llegar el alba, cuando se diese fin a la pesadilla, regresaríais a vuestros hogares donde os repondríais, y hasta el final de vuestros días podríais contar la historia de esa aventura a vuestros embobados amigos. Sería una estupenda historia. Una breve noche de ocho horas se habría convertido en una odisea, y vosotros en Homeros.

No sucede así con las gentes sin hogar que caminaban conmigo hacia Poplar. Y esa noche había treinta y cinco mil como ellos, hombres y mujeres, en la ciudad de Londres. Por favor, olvidadlo cuando os vayáis a la cama; si vuestra vida es tan amable como se supone, acaso no descansaríais tan bien como de costumbre. Pero para ancianos de sesenta, setenta u ochenta años, mal alimentados, sin un buen bocado que llevarse a la boca, tener que recibir el alba sin haber descansado, y tambalearse durante el día buscando desperdicios afanosamente, con la noche implacable cayendo de nuevo sobre ellos, y hacer lo mismo durante cinco noches y cinco días... Oh, queridas gentes de vida fácil, hartos de manjares, ¿cómo podríais llegar a comprenderlo?

Paseé por Mile End Road con el Carretero y el Carpintero a mi lado. Mile End Road es una calle ancha que cruza el corazón del este de Londres, y en ella había decenas de miles de personas extrañas. Explico esto para que puedan comprender lo que describiré en el párrafo siguiente. Íbamos andando, y yo maldije con ellos, y lo hice como lo haría un granuja americano embarrancado en una tierra extraña y terrible. Y, tal como intentaba hacerles creer, me tomaron por un “hombre de mar” que había gastado su dinero llevando una vida de francachelas, que había perdido sus ropas (algo bastante frecuente en los marineros) y estaba provisionalmente arruinado mientras trataba de encontrar un barco. Esto justificaba mi ignorancia de las costumbres inglesas en general y del alojamiento circunstancial en particular, y mi curiosidad sobre ese asunto.

Al Carretero le costaba seguir el ritmo de nuestros pasos (me confesó que no había comido nada en todo el día), pero el Carpintero, flaco y hambriento, con el gris y gastado abrigo flotando al viento, se movía con pasos largos y continuos que me recordaban al lobo de las praderas o al coyote. Ambos mantenían los ojos fijos en la acera y, de vez en cuando, uno u otro se inclinaba y recogía algo sin dejar de andar. Creí que recogían colillas, y al principio no presté atención. Pero luego me di cuenta de lo que se trataba.

Recogían, de la acera fangosa y llena de escupitajos, trozos de piel de naranja y de manzana, restos de uva, y los comían. Rompían con los dientes huesos de ciruela para aprovechar la almendra. Recogían mendrugos de pan del tamaño de un guisante, corazones de manzana tan negros y sucios que no parecían tales, y esas cosas se las llevaban a la boca, las masticaban y las engullían. Y esto sucedía entre las seis y las siete de la tarde, el 20 de agosto del año de gracia de 1902, en el corazón del más grande, más rico y más poderoso imperio que el mundo jamás ha visto.

Los dos hombres charlaban. No eran estúpidos, sólo un par de viejos. Y, naturalmente, con las entrañas llenas de las porquerías del asfalto, hablaban de revolución. Hablaban como lo harían los anarquistas, los fanáticos y los locos. ¿Y quién les podría culpar por ello? A pesar de mis tres buenas comidas al día, y de la buena cama que podía ocupar cuando quisiera, y de mi filosofía social, y de mi creencia en el lento desarrollo y metamorfosis de las cosas... a pesar de todo ello, insisto, me sentía impulsado a decir sandeces como ellos o sujetar mi lengua. ¡Pobres locos! No son los de su especie los que hacen las revoluciones. Cuando estén muertos y convertidos en polvo, cosa que no tardará en ocurrir, otros dementes hablarán de revolución mientras recogen porquerías de la acera llena de escupitajos en Mile End Road, camino del albergue de Poplar.

Viéndome joven y extranjero, el Carretero y el Carpintero me explicaron la situación y me dieron un consejo, breve y conciso: abandonar el país.

—Todo lo deprisa que Dios me permita —aseguré—. Y lo haré a tal velocidad que no se verá ni el polvo de mi carrera.

Más que comprenderlas, sintieron la fuerza de mis palabras. Asintieron con aprobación.

—Esto te convierte en un criminal quieras que no —dijo el Carpintero—. Aquí me tienes, un viejo. Los jóvenes han ocupado mi lugar, mis ropas cada vez son más andrajosas, y cada día me resulta más difícil encontrar trabajo. Voy al albergue buscando un jergón. Tengo que estar allí a las dos o las tres de la tarde o si no, no me lo dan. Ya habéis visto lo que ha pasado hoy. ¿Cómo voy a encontrar un trabajo? Supongamos que me admiten en el albergue. Me tienen encerrado todo el día siguiente y no me sueltan hasta la mañana del otro. ¿Y entonces qué? La ley dice que no puedo ir a otro albergue que esté a menos de diez millas. Tengo que apresurarme para llegar a tiempo. ¿Qué oportunidades me deja para encontrar un trabajo? Supongamos que no vaya. Supongamos que busco trabajo. Sin que me dé cuenta, se me ha echado la noche encima y me quedo sin jergón. Toda la noche sin dormir, nada que comer, ¿y cómo aguanto al día siguiente para buscar trabajo? Tengo que arreglármelas para dormir en el parque (la visión de Christ's Church, en

Spitafiel, no me había abandonado) y conseguir algo que comer. ¡Y aquí estoy! Viejo, caído y sin que me dejen levantarme.

—Aquí había una barrera de peaje —dijo el Carretero—. He pagado aquí muchas veces el peaje en mis tiempos de carretero.

—En dos días sólo me he zampado tres bollos de a penique —anunció el Carpintero después de una pausa—. Ayer me comí dos, y hoy me he comido el tercero —aclaró después de otra larga pausa.

—Para hoy no tengo nada —dijo el Carretero—. Estoy hecho polvo. Y las piernas me duelen un montón.

—El bollo que te dan en el “clavo” es tan duro que no te lo puedes tragar si no es con una pinta de agua —comentó el Carpintero.

Al preguntarle qué era el “clavo”, contestó:

—El alojamiento circunstancial. Es jerga, ¿sabes?

Me sorprendió que la palabra “jerga” formase parte de su vocabulario; antes de separarnos pude comprobar que éste no era nada pobre.

Les pregunté qué trato podía esperar si era admitido en Poplar, y entre los dos me dieron mucha información. Después de un baño frío se me daría una cena consistente en seis onzas de pan y tres partes de gachas. “Tres partes” quiere decir tres cuartos de pinta, y “gachas” es una cocción semilíquida de tres partes de avena diluida en tres cubos y medio de agua caliente.

— ¿Leche y azúcar, supongo, y una cuchara de plata? —pregunté.

—No temas. Sal es lo que te darán, y he visto lugares donde no te dan ni cuchara. Se levanta y se engulle, así es como se hace.

—Te dan buenas gachas en Hackney —comentó el Carretero.

—Ah, ésas sí son buenas —alabó el Carpintero, e intercambiaron una mirada elocuente.

—Harina y agua en St. George —dijo el Carretero. El Carpintero asintió. Las había probado todas. — ¿Y después qué? —insistí.

Y me explicaron que me enviarían directamente a la cama.

—Te despertarán a las cinco y media de la mañana y te obligarán a quitarte las legañas, si hay jabón. Y luego el desayuno, igual que la cena, tres partes de gachas y una hogaza de tres onzas.

—No siempre es de tres onzas —corrigió el Carretero.

—Cierto, y a veces está tan rancia que casi no se puede comer. Al principio no me podía comer ni las gachas ni el pan, pero ahora me como los míos y los

del vecino.

—Yo me podría comer las raciones de tres hombres —dijo el Carretero—. No he probado nada en todo el día.

— ¿Y después qué?

—Tienes que hacer tu trabajo: seleccionar cuatro libras de estopa, o limpiar y fregar, o partir un montón de piedras. Yo no tengo que partir piedras; paso de los sesenta. Pero a ti sí te lo harán hacer. Eres joven y fuerte.

—Lo que no me gusta —protestó el Carretero— es que me encierren en una celda para seleccionar estopa. Es como estar en la cárcel.

—Supongamos que después de pasar la noche me niego a seleccionar estopa, o a partir piedras, o hacer ningún tipo de trabajo —apunté.

—No te negarás una segunda vez; te echarán —contestó el Carpintero—. No te aconsejo que lo intentes, muchacho. Luego dan la comida —continuó—. Ocho onzas de pan, once y media de queso, y agua fresca. Cuando se termina el trabajo dan la cena, como antes, tres partes de gachas y seis onzas de pan. A la cama a las seis, y a la mañana siguiente a la calle, siempre y cuando se haya terminado la faena.

Hacia rato que habíamos dejado Mile End Road, y después de cruzar un laberinto de calles estrechas llegamos al alojamiento circunstancial de Poplar. En un muro bajo extendimos nuestros pañuelos y cada uno puso en el suyo sus pertenencias, excepto el tabaco, que escondimos en los calcetines. Hecho esto, y mientras las últimas luces del día se desvanecían en el cielo parduzco mientras el viento soplaba helándonos, nos situamos con nuestros ridículos fardillos en la mano ante la puerta del albergue.

Pasaron tres muchachas trabajadoras, y una de ellas me miró con pena; al rebasarnos, la seguí con los ojos y ella volvió la cabeza para mirarme otra vez con pena. No se fijó en los ancianos. ¡Por Cristo, tuvo pena de mí, un ser joven y fuerte, pero no de los dos ancianos que estaban conmigo! Era una mujer joven, yo era un hombre joven, pero cualesquiera que fuesen las pulsiones sexuales que la empujaron a sentir piedad por mí, sus sentimientos se situaban en el más bajo nivel. Sentir piedad por los ancianos es un sentimiento altruista, y por otra parte, la puerta de un albergue es un lugar en el que abundan los ancianos. Así que no sintió pena de ninguno de ellos, sino de mí, que no la necesitaba en absoluto. No es honrando sus canas como los enterrarán en Londres.

En un lado de la puerta estaba el tirador de una campanilla, en el otro, el botón de un timbre.

—Tira de la campanilla —me dijo el Carretero.

Estiré el tirador y sonó la campanilla.

— ¡Oh! ¡Oh! —gritaron aterrados—. ¡No tan fuerte!

Solté el tirador y me miraron con un reproche en los ojos, como si acabara de poner en peligro su posibilidad de obtener una cama y tres partes de gachas. No acudió nadie. Por fortuna, la campanilla no funcionaba. Me sentí mejor.

—Aprieta el botón —le dije al Carpintero.

—No, no, esperemos —se apresuró a contestar.

De esta situación saqué la conclusión de que el portero de una casa de caridad, que normalmente obtiene un salario anual de siete a nueve libras, es un personaje muy fatuo e importante, y no puede ser tratado desconsideradamente por los pobres.

De manera que esperamos, y cuando la espera empezaba a parecerme excesiva, el Carretero adelantó un dedo tímido y con cautela apretó levemente el timbre. He contemplado a hombres esperando saber si iban a vivir o no; y sus rostros mostraban menos ansiedad que los de mis dos compañeros mientras aguardaban la llegada del portero.

Éste apenas nos dirigió una mirada.

—Estamos a tope —dijo, y cerró la puerta.

—Otra noche horrible —murmuró el Carpintero. Bajo la escasa luz, el Carpintero tenía el rostro pálido y gris.

La caridad indiscriminada aumenta el vicio, dicen los filántropos profesionales. Así que decidí actuar como un vicioso.

—Vamos, coja su cuchillo y sígame —le dije al Carretero, arrastrándolo a un callejón oscuro.

Me miró asustado e intentó escabullirse. Posiblemente me tomó por un nuevo Jack el Destripador interesado en los ancianos indigentes. O creyó que le estaba induciendo a cometer algún crimen desesperado. Sea lo que fuere, estaba asustado.

Recordarán que, al inicio de mi aventura, cosí una libra en el sobaco de mi camiseta. Era mi fondo de emergencia, y ahora iba a utilizarlo por primera vez.

Hasta que hube realizado un número de contorsionista para enseñarle la moneda cosida bajo la camiseta no conseguí que el Carretero me ayudara. Incluso entonces su mano temblaba de tal manera que tuve miedo de que me cortara a mí en vez de las costuras, y me vi obligado a quitarle el cuchillo y hacerlo yo. Salió a la luz la moneda de oro, una fortuna para sus ojos

hambrientos, y salimos a paso rápido hacia el café más próximo.

Tuve que explicarles que yo era simplemente un investigador, un estudioso social que intentaba averiguar cómo vivía la otra mitad de la población. E inmediatamente se cerraron como almejas. Yo no era uno de ellos; mi manera de hablar había cambiado, el tono de mi voz era distinto, en resumen, era un individuo superior, y ellos habían desarrollado una gran conciencia de clase.

— ¿Qué queréis? —les pregunté cuando se acercó el camarero.

—Dos rebanadas y una taza de té —dijo el Carretero humildemente.

—Dos rebanadas y una taza de té —dijo también con humildad el Carpintero.

Detengámonos a considerar la situación. He aquí a dos personas a las que yo había invitado a entrar en el café. Habían visto mi moneda de oro y se daban cuenta de que yo no era un indigente. Uno de ellos sólo había comido en todo el día un bollo de medio penique; el otro no había comido nada. ¡Y sólo pedían dos rebanadas y una taza de té! Cada uno había pedido por valor de dos peniques. Por cierto, la expresión “dos rebanadas” significa dos trozos de pan con mantequilla.

Su pose de degradante humildad era la misma que habían tomado con el portero del albergue. Pero yo no estaba dispuesto a admitirla. Paso a paso fui pidiéndoles más cosas —huevos, bacon, más huevos, más bacon, más té, más rebanadas, etc.— mientras ellos afirmaban angustiados que no querían más, pero devorándolo todo en cuanto se les ponía delante.

—Ésta es la primera taza de té que he tomado en dos semanas —dijo el Carretero.

—Es un té soberbio —arguyó el Carpintero.

Cada uno se bebió dos pintas, y puedo asegurarles que era malísimo. Su parecido con el té era menor que el que la cerveza barata tiene con el champaña. Era agua sucia, nada parecida al té.

Fue curioso, tras la primera sorpresa, observar el efecto que les causó la comida. Al principio se sintieron melancólicos y hablaron de las distintas ocasiones en que habían pensado en suicidarse. El Carretero no hacía aún una semana que se había encaramado al pretil de un puente y, mientras miraba el agua, estuvo considerando esa cuestión. El agua, insistió el Carpintero con vehemencia, era un mal asunto. Seguro de que lucharía para no ahogarse. Era más práctica una bala, ¿pero cómo iba conseguir un revólver? Éste era el problema.

Se fueron animando a medida que se llenaban el cuerpo de té caliente y empezaron a hablar más de sí mismos. El Carretero había perdido a su mujer y

a sus hijos, salvo uno, que acabó ayudándolo en su trabajo. Pero aconteció una desgracia. El hijo, un hombre de treinta y un años, murió de viruela. El padre cayó enseguida con fiebre y permaneció tres meses en el hospital. Esto acabó con él. Cuando salió, estaba débil, sin fuerzas, sin un hijo joven y decidido que pudiera prestarle ayuda, su pequeño taller hundido, y ni un penique en el bolsillo. Todo había acabado para él. Era demasiado viejo para volver a empezar. Sus amigos eran pobres y no podían ayudarlo. Intentó encontrar trabajo cuando montaban las tribunas para el desfile de la Coronación. Y la respuesta le puso enfermo: ¡No! ¡no! ¡no! La oía por las noches, cuando intentaba dormir, siempre lo mismo: ¡No! ¡no! ¡no!

La semana pasada había contestado a un anuncio, y cuando manifestó su edad le dijeron:

—Oh, muy viejo, demasiado viejo.

El Carpintero había nacido en el ejército, donde su padre sirvió durante veintidós años. Sus dos hermanos también se hicieron soldados; uno de ellos, sargento mayor en el Séptimo de Húsares, murió en la India después de la revuelta; el otro, tras servir nueve años en Oriente a las órdenes de Roberts, había desaparecido en Egipto. El Carpintero no se alistó, gracias a lo cual todavía estaba en este planeta.

—Pero deme la mano —dijo abriéndose la harapienta camisa—. Estoy a punto de quedar disecado. Me consumo, señor, me consumo por falta de alimentos. Pálpeme las costillas y ya verá.

Puse la mano debajo de su camisa y lo toqué. La piel estaba tensa como parche sobre los huesos, y me dio la sensación de estar pasando la mano por una tabla de lavar ropa.

—Durante siete años estuve en la gloria —dijo—. La mejor parienta que se puede tener y tres chavales preciosos. Pero murieron. La escarlatina se los llevó en dos semanas.

—Después de eso, señor —dijo el Carretero señalando los restos del festín y deseando llevar la conversación a un terreno más alegre—, voy a ser incapaz de zamparme el desayuno que dan en los albergues.

—Lo mismo digo —estuvo de acuerdo el Carpintero. Y se pusieron a hablar de las delicias de la comida y de los excelentes platos que sus respectivas esposas les habían preparado en el pasado.

—Llevo tres días casi en ayunas —dijo el Carretero.

—Y yo cinco —repuso su compañero, entristecido al pensarlo—. Cinco días, sin nada en la tripa salvo una piel de naranja; que ni el ser más acanallado podría soportar, señor, y he estado a punto de morir. A veces,

andando de noche por las calles me he sentido tan desesperado que he pensado jugarme el todo por el todo. Ya sabe lo que quiero decir, señor: cometer un gran robo. Pero cuando llegaba la mañana, me sentía tan derrotado por el hambre y el frío que no podía hacerle daño a una mosca.

A medida que sus pobres organismos se entonaban gracias a la comida, empezaron a relajarse y a mostrarse más abiertos, y hablaron de política. Sólo puedo decir que sus opiniones políticas eran tan buenas como las del hombre de clase media corriente, y bastante mejores que las de muchos hombres de esa clase que conozco. Lo que me sorprendió fue su conocimiento del mundo, de su geografía y de sus gentes, y de la historia reciente. Como dije, no eran estúpidos. Eran simplemente viejos, y sus hijos no habían conseguido crecer hasta poder proporcionarles un lugar junto al fuego.

Hubo un último incidente, mientras me despedía de ellos en la esquina, felices al verse con un par de chelines en los bolsillos y la seguridad de encontrar una cama para pasar la noche. Al prender un cigarrillo, iba a tirar la cerilla encendida cuando el Carretero me la arrebató de la mano. Le ofrecí la caja, pero me dijo:

—No se moleste, no la desperdicie, señor.

Y en tanto encendía el cigarrillo que yo le había dado, el Carpintero se apresuró en llenar su pipa con objeto de prenderla con la misma cerilla.

—No se debe despilfarrar —comentó.

—Sí —asentí, pero estaba pensando en las costillas como una tabla por las que había pasado mi mano.

EL CLAVO

Ante todo, debo pedir perdón a mi cuerpo por lo que le he hecho pasar, y también a mi estómago por las basuras que le he hecho digerir. He estado en el clavo, he dormido en el clavo y he comido en el clavo; y también me he escapado del clavo.

Tras mis dos fracasados intentos de entrar en el alojamiento circunstancial de Whitechapel, la tercera vez fui temprano y me uní a la mísera cola antes de las tres de la tarde. Aunque no abrían hasta las seis, a aquella temprana hora yo tenía ya el número veinte y corría el rumor de que sólo admitirían a veintidós. A eso de las cuatro había ya treinta y cuatro en la cola, los diez últimos con la leve esperanza de poder entrar gracias a algún milagro. Vinieron muchos más; le echaban un vistazo a la cola y se marchaban,

comprendiendo amargamente que el clavo estaba ya lleno.

Al principio, casi no había conversación, hasta que el tipo que tenía delante y el de detrás descubrieron que habían estado enfermos de viruela en el mismo hospital y al mismo tiempo, aunque el hecho de que hubiera mil seiscientos pacientes había impedido que se conocieran. Pero subsanaron esa circunstancia discutiendo y comparando los aspectos más desagradables de su enfermedad de la manera más tranquila y natural del mundo. Me enteré de que la mortalidad era de uno por cada seis enfermos, que uno de ellos había permanecido allí tres meses y el otro tres meses y medio y que ambos estaban “podridos”. En este punto se me empezaron a poner los pelos de punta y les pregunté cuánto hacía que estaban fuera. Dos semanas uno y tres semanas el otro. Sus rostros se veían demacrados, aunque se dijeron el uno al otro que no era así y, además, en sus manos y bajo las uñas aún podían observarse las costras. Para ilustrarme uno de ellos se arrancó una pústula, que voló por los aires. Me encogí en mis ropas, deseando en silencio que no me hubiese caído encima.

En ambos casos la viruela habían sido la causa de que fueran a parar al arroyo, que era como llamaban a convertirse en vagabundos. Ambos tenían empleo cuando fueron atacados por la enfermedad, y ambos habían salido del hospital ya arruinados, con la sombría labor de tener que encontrar trabajo. Hasta ese momento no lo habían conseguido, por lo que acudieron al clavo en busca de “descanso”, después de estar tres días y tres noches vagando por las calles.

Parece que no sólo quien se hace viejo es castigado por la desgracia, ajena a ellos, de perder su trabajo, sino también el que sufre una enfermedad o un accidente. Más tarde estuve conversando con otro individuo —apodado Jengibre— que se hallaba a la cabeza dula cola, señal inequívoca de que esperaba desde la una. Un año antes, siendo empleado de un pescadero, transportaba una caja de pescado demasiado pesada para él. Resultado: “algo se le rompió” y tanto él como la caja rodaron por el suelo.

En el primer hospital al que le llevaron le dijeron que se le había producido una hernia, le apretaron el bulto, le dieron una pomada para que se diera friegas, lo hicieron descansar durante cuatro horas y lo enviaron a casa. No llevaba más de dos o tres horas en la calle cuando de nuevo cayó al suelo. Esta vez fue a parar a otro hospital, donde lo remendaron. Pero el asunto es que su patrón no hizo nada, absolutamente nada, por el hombre que había trabajado hasta entonces para él, e incluso se negó a darle “un trabajillo aunque fuera de vez en cuando” una vez hubo salido del hospital. Jengibre es un hombre roto. Su única forma de ganarse la vida era asumiendo un trabajo pesado. Ahora es incapaz de realizarlo, y hasta que muera lo único que puede esperar en cuanto a comida y techo son el clavo, la mendicidad y las calles. Las cosas son así y

no había que darle más vueltas. Sometió su espalda a un peso excesivo y su oportunidad de ser feliz en la vida se evaporó.

Varios tipos de la cola habían estado en Estados Unidos, y se lamentaban de no haberse quedado. Se maldecían por haber cometido la locura de regresar a Inglaterra. Ésta se había convertido para ellos en una prisión, una cárcel de la que no tenían esperanzas de escapar. No tenían la posibilidad de arañar el dinero necesario para el pasaje, ni la oportunidad de pagarlo con su trabajo. El país estaba demasiado atestado de pobres diablos con el mismo propósito.

Yo interpreté el papel del marinero que ha perdido sus ropas y su dinero, y todos lo lamentaron y me dieron muchos consejos sensatos. Resumiéndolos, venían a ser poco más o menos los siguientes: Mantenerme alejado de lugares como el clavo. Allí no encontraría nada bueno. Dirigirme a la costa y hacer cuanto fuera necesario para marcharme en un barco. Trabajar, de ser posible, y agenciarme algunas libras con las que sobornar a algún camarero u otro empleado para que me diera la oportunidad de pagar el pasaje con mi trabajo. Me envidiaban mi juventud, que tarde o temprano me permitiría salir del país. Ellos ya no tendrían ni juventud ni la oportunidad de irse. La edad y la opresión de Inglaterra los había destrozado, y para ellos el juego estaba acabado.

Había uno, sin embargo, que aún era joven y del que estoy seguro que al final conseguirá escapar. Había ido a Estados Unidos siendo adolescente, y durante catorce años sólo había pasado doce horas sin empleo. Ahorró, pudo prosperar y regresó a su patria. Ahora estaba en la cola del agujero.

Me contó que durante los dos últimos años estuvo trabajando como cocinero. Su horario era de 7 de la mañana a las 10,30 de la noche, y los sábados hasta las 12,30, pasada la medianoche; por noventa y cinco horas a la semana percibía un sueldo de veinte chelines, esto es, cinco dólares.

—Pero el trabajo y el horario me estaban matando —dijo—, y tuve que dejar el empleo. Tenía unos ahorros, pero los gasté en vivir mientras buscaba otro empleo.

Era su primera noche en el clavo, y sólo había acudido allí para descansar. En cuanto saliese tenía el propósito de dirigirse a Bristol, un paseo de ciento diez millas, donde esperaba embarcarse hacia Estados Unidos.

Pero no todos los hombres de la cola eran de este calibre. Algunos eran pobres bestias miserables, estúpidas y analfabetas, aunque a pesar de todo muy humanos en ciertos aspectos. Recuerdo a un carretero que, al regresar a casa después de un día de trabajo, detuvo su carro delante de nosotros para que su hijo, que había salido corriendo a recibirle, pudiera montar. Pero el carro era grande y el muchacho pequeño, de modo que fracasó varias veces en sus

intentos de encaramarse. Entonces, uno de los individuos con aspecto más degradado se adelantó y lo ayudó a subir. Un acto hecho por amor, no por dinero. El carretero era pobre y el hombre lo sabía; el hombre estaba en la cola del clavo y el carretero lo sabía; el hombre hizo su pequeña buena acción y el carretero le dio las gracias, exactamente igual que ustedes y yo hubiésemos hecho.

Otra escena hermosa fue la protagonizada por el “Lúpulo” y su parienta. Llevaba media hora haciendo cola cuando se presentó su parienta. Para su clase, iba bastante bien arreglada, con un sombrero viejo cubriéndole la cabeza canosa, y sostenía un fardo en los brazos. Mientras hablaban, el hombre le tomó el único mechón blanco que pendía suelto y se lo colocó cuidadosamente detrás de la oreja. De lo cual se deducen varias cosas: la mujer le gustaba lo suficiente como para desear que su aspecto fuera limpio y aseado. Estaba orgulloso de ella y quería que tuviese una buena apariencia a los ojos de los otros desgraciados que permanecían en la cola del clavo. Pero lo más importante, y que subrayaba todo ello, era el profundo afecto que sentía por ella; un hombre no acostumbra a preocuparse por el aspecto de una mujer que no le interesa.

Me pregunté por qué este hombre y esta mujer, trabajadores ejemplares según deduje de sus palabras, tenían que buscar cobijo en un hogar para indigentes. Él tenía su orgullo, orgullo por su mujer y de sí mismo. Al preguntarle cuánto podía ganar, yo, un novato, recogiendo lúpulo, me agarró por su cuenta y me dijo que eso dependía. Muchos individuos fracasaban porque recolectando eran lentos. Para tener éxito había que utilizar la cabeza y ser rápido con los dedos, muy rápido. Él y su mujer se ganaban bien la vida, trabajaban uno junto al otro sin dormirse en los laureles; pero, desde luego, ellos llevaban ya muchos años en el oficio.

—Un compa que fue el año pasado —dijo uno— era la primera vez, pero volvió con dos libras y diez chelines en el bolsillo, y sólo estuvo un mes.

—Ahí lo tienes —dijo el Lúpulo con admiración—. Era rápido, había nacido para eso, vaya.

¡Dos libras y diez chelines —doce dólares y medio— por un mes de trabajo habiendo «nacido para ello»! Y encima durmiendo a la intemperie, sin mantas, viviendo sabe Dios cómo. A veces siento gratitud por no «haber nacido» para nada, ni siquiera para recoger lúpulo.

Sobre cómo equiparme para ejercer su oficio, el Lúpulo me dio algunos buenos consejos, que ustedes, gentes de vida muelle y acomodada, podrían anotar para el caso de que se encontrasen alguna vez perdidos en Londres.

—Si no tienes latas y trastos para cocinar, todo lo que vas a conseguir será

pan y queso. ¡Y eso no es nada bueno! Hay que tomar té bien caliente, verduras y un poco de carne de vez en cuando si se quiere hacer bien el trabajo. No se puede con las tripas vacías. Te diré lo que has de hacer, tío. Date una vuelta por los basureros. Encontrarás cantidad de latas en qué cocinar. Estupendas, magníficas algunas de ellas. Así es como mi parienta y yo conseguimos las nuestras. (Señaló el fardo, mientras ella asentía con orgullo, consciente de su éxito y prosperidad.) Este abrigo es tan bueno como una manta —prosiguió, ofreciéndome el faldón para que pudiese comprobar su espesor—. Y quién sabe, igual encuentras una manta enseguida. Otra vez asintió la mujer, esta vez absolutamente persuadida de que él sí podría encontrar una manta muy pronto.

—Recoger lúpulo es como irse de vacaciones —concluyó entusiasmado—. Una manera guay de ahorrar tres libras y prepararse para el invierno. Lo único que no me gusta (y aquí apareció la única nube en el panorama) es tener que darle a los pies.

Era evidente que los años estaban haciendo mella en esta emprendedora pareja, y aun cuando les gustaba trabajar con las manos, darle a los pies, andar, empezaba a resultarles fatigoso. Contemplé sus cabellos canos, quise vislumbrar también su futuro a diez años vista y me pregunté qué sería de ellos.

Otro hombre y su mujer, ambos de más de cincuenta años, se unieron a la cola. La mujer, por serlo, fue admitida en el clavo; pero el hombre había llegado tarde, y, separado de su compañera, se vio obligado a pasar la noche en las calles.

La calle donde estábamos tenía apenas veinte pies de pared a pared. Las aceras tenían tres pies de ancho. Era una calle residencial. Así lo parecía, pues en las casas de enfrente vivían, mal que bien, familias trabajadoras. Y todos los días, de una a seis de la tarde, la harapienta cola del clavo era lo único que se divisaba desde sus puertas y ventanas. Un trabajador estaba sentado a su puerta enfrente de nosotros, tomando un poco de aire después de la faena del día. Su mujer acudió para charlar con él, pero como el portal era demasiado estrecho para dos tuvo que permanecer de pie. Sus hijos jugaban delante de ellos. Y a unos pocos pies de distancia estaba la cola del clavo, con lo que no había intimidad para el trabajador ni para los indigentes. Los chiquillos del vecindario corrían casi entre nuestras piernas. Para ellos nuestra presencia no era nada extraordinario. No éramos intrusos. Resultábamos tan naturales y corrientes como los muros de ladrillo y los bordillos de piedra de su ambiente. Habían nacido viendo el espectáculo de la cola del clavo, y lo habían seguido viendo durante todos los días de su corta vida.

A las seis la cola se movió y fuimos siendo admitidos en grupos de tres.

Nombre, edad, oficio, lugar de nacimiento, estado de indigencia y dónde se había pasado la noche anterior, datos todos ellos que el superintendente tomó con fulgurante celeridad; cuando me retiraba, un hombre me puso en la mano algo que parecía un ladrillo y me gritó al oído:

— ¿Llevas cuchillo, cerillas, tabaco?

—No, señor —mentí, como todos.

Mientras bajaba hacia el sótano contemplé el ladrillo que llevaba en la mano y vi que, violentando el idioma, se podría llamar pan. Por su peso y dureza debía ser ácimo.

La luz era escasa en el sótano, y antes de que me diera cuenta otro hombre me había puesto una marmita en la otra mano. Entonces entré en otra habitación aún más oscura, llena de bancos, mesas y hombres. El lugar olía a demonios, y la falta de luz y el murmullo de voces que surgía de las tinieblas hacían que semejase una antecámara de las regiones infernales.

La mayoría de hombres tenían los pies cansados, y antes de comer se quitaban los zapatos y los envoltorios que los protegían. Esto aumentó la fetidez y me dejó sin apetito.

Lo cierto es que había cometido un error. Había disfrutado de una excelente comida cinco horas antes, y para poder hacer justicia a los alimentos que tenía ante mí debería haberme mantenido en ayunas durante un par de días por lo menos. La marmita contenía gachas, una mezcla de maíz y agua caliente. Los hombres hundían su pan en montones de sal distribuidos por las sucias mesas. Intenté lo mismo, pero el pan se me pegó a los dientes, y entonces recordé las palabras del Carpintero: «Se necesita una pinta de agua para poder comerse el pan».

Fui hasta un rincón oscuro, siguiendo a otro hombre, y encontré agua. Luego regresé y atacé las gachas. Eran de textura burda, mal cocidas, amazotadas y amargas. Encontré especialmente repulsivo el sabor amargo, que persistía en la boca después de haberlas engullido. Traté de portarme como un hombre, pero me dominaron las náuseas y media docena de cucharadas dieron la medida de mi éxito. Mi vecino de mesa se comió su ración y la mía, rebañando las marmitas y buscando hambriento algo más que comer.

—Me he tropezado con un pijo que me ha pagado un buen almuerzo —me excusé.

—Y yo no he probado bocado desde ayer por la mañana —contestó.

— ¿Qué hay del tabaco? —pregunté—. ¿Crees que el tío se mosqueará si enciendo un pito?

—Oh, no. No hay cuidado. Éste es un clavo con la manga muy ancha. Tendrías que ver los otros. Te registran hasta debajo de la piel.

Cuando las marmitas quedaron bien rebañadas, la conversación empezó a generalizarse.

—El superintendente de esto siempre está escribiendo en los papeles sobre nosotros —dijo el hombre que estaba a mi lado.

— ¿Y qué cuenta?

—Oh, que no servimos para nada, que somos una partida de vagos y sinvergüenzas que no queremos trabajar. Cuenta los viejos trucos que he estado oyendo durante veinte años y que nunca he visto hacer a nadie. Lo último que contó es lo del tío que sale del clavo con un mendrugo en el bolsillo y que cuando ve a un caballero por la calle, tira el mendrugo a la alcantarilla y le pide al caballero su bastón para alcanzarlo. Entonces el caballero le da una moneda.

Una salva de aplausos acogió el viejo chiste, y de la oscuridad surgió una voz irritada:

—Dicen que el campo es bueno para llenar la tripa; me gustaría verlo. Acabo de llegar de Dover y muy poco ha sido el papeo que he conseguido. No te dan un vaso de agua, y mucho menos de comer.

—Hay tíos que nunca salen de Kent —dijo otra voz— y bien gordos que están.

—Cuando vine lo hice atravesando Kent —dijo la primera voz, aún más irritada— y Dios me maldiga si pude ver algo que comer. Y todos los tíos que cuentan cuánto pueden conseguir allí, cuando están en el clavo son capaces de comerse su ración de gachas y la mía.

—Hay tipos en Londres —dijo un hombre que estaba enfrente de mí— que consiguen todo el papeo que quieren, y nunca piensan en irse al campo. Se quedan en Londres todo el año. Ni tampoco se les ocurre buscar un agujero (un lugar donde dormir) hasta las nueve o las diez de la noche. Un coro de voces confirmó esta afirmación.

—Pero esos tipos son muy listos —comentó una voz.

—Claro que lo son —dijo otro—. Los tipos como tú y yo no sabemos hacerlo. Hay que haber nacido. Esos tipos han vendido periódicos y abierto puertas de coches desde que nacieron, y antes que ellos lo hicieron sus padres. Es cuestión de entrenamiento, y los tíos como tú y yo nos moriríamos de hambre.

Un coro de voces confirmó lo que decía, así como que había «tíos que

viven los doce meses en el clavo y nunca consiguen otra cosa que no sean gachas y un pedazo de pan».

—Una vez me hice con media corona en el clavo de Stratford —dijo otra voz. Se hizo el silencio y todos escuchamos la maravillosa historia—. Éramos tres partiendo piedras. En invierno y con un frío de no te menees. Los otros dos dijeron que malditos si seguían, y no siguieron; pero yo seguí dándole a mi montón para calentarme. Entonces vinieron los guardianes y encerraron a los otros dos por catorce días, y cuando los guardianes vieron lo que yo había hecho, me dieron una moneda cada uno, y eran cinco, y me dejaron libre.

Descubrí que la mayoría de estos hombres, aunque no todos, detestan el clavo, y acuden a él sólo cuando se ven obligados.

Después del «descanso» se sienten con ánimos para pasar dos o tres días con sus noches en las calles, y luego vuelven para tomarse otro descanso. Naturalmente, esta continua fatiga les mina el organismo, cosa de la que se dan cuenta de manera vaga, porque es algo tan habitual que no le dan mayor importancia.

«Estar en el arroyo» es como se llama aquí el vagabundeo, similar al «estar en la carretera» de Estados Unidos. Todos están de acuerdo en que lo más duro es encontrar cobijo, incluso más duro que encontrar comida. El tiempo inclemente y las rígidas leyes son las responsables de ello, aun cuando los hombres culpen de su situación a la inmigración extranjera, especialmente a los judíos y polacos, que ocupan sus puestos con salarios más bajos y fomentan el trabajo a destajo.

Hacia las siete se nos llamó para bañarnos y acostarnos. Nos desnudamos, envolvimos las ropas en la chaqueta, sujetamos el lío con el cinturón y lo depositamos en un montón en el suelo, un buen sistema para contagiarnos los parásitos. Entonces entramos en el baño de dos en dos. Había un par de bañeras, y hay algo que sé con certeza: los dos hombres que nos precedieron se habían bañado en aquella misma agua, que no fue cambiada para los que nos siguieron. Repito que esto es lo que sé con certeza, pero aseguraría que los veinte nos bañamos en la misma agua.

Me limité a echarme un poco de agua sobre el cuerpo, que me apresuré a secar con una toalla humedecida por los cuerpos de otros hombres. No me tranquilizó ver la espalda de un infeliz convertida en una masa sanguinolenta a causa de los parásitos y de su furioso rascarse.

Me entregaron una camisa —me pregunté cuántos la habrían usado antes que yo— y, con un par de mantas bajo el brazo, me dirigí al dormitorio. Era un cuarto largo y estrecho, cruzado por dos barras de hierro situadas a escasa altura. Entre ambas barras se extendían, no hamacas, sino piezas de lona de

seis pies de largo y de menos de dos pies de ancho. Eran las camas, que estaban separadas entre sí por seis pulgadas y a unas ocho pulgadas del suelo. La mayor dificultad consistía en que la cabeza quedaba algo más alta que los pies, lo cual hacía que el cuerpo resbalase constantemente. Al estar sujetas a las mismas barras, cuando un hombre se movía, aunque fuera ligeramente, los demás se balanceaban; con lo cual, cada vez que conseguía endormiscarme, alguien luchaba para recuperar la posición de la que había resbalado y me despertaba.

Pasaron muchas horas antes de que consiguiese dormir. Eran las siete de la tarde, y las voces de los chiquillos que jugaban en la calle no dejaron de oírse hasta cerca de la media noche. Una terrible pestilencia llegaba a marearte, mi imaginación estaba excitada y era tal la repulsión que sentía en mi piel que no conseguía dominar mis nervios. Los gruñidos, gemidos y ronquidos parecían emitidos por un monstruo marino, y varias veces nos despertaron los gritos de alguien afligido por las pesadillas. Amanecía cuando me despertó el peso en el pecho de una rata o de un animal similar. En la rápida transición que va de estar dormido a despierto, antes de tener completo dominio de mí mismo, solté un grito capaz de despertar a los muertos. En cualquier caso desperté a los vivos, y éstos me maldijeron por mis malos modales.

Pero llegó la mañana. Nos dieron un desayuno consistente en pan y gachas, que yo regalé, y nos fueron asignadas diferentes tareas. Algunos se ocuparon de fregar y limpiar, otros de seleccionar estopa, y ocho cruzamos la calle hasta la Enfermería de Whitechapel, donde se nos puso a trabajar como basureros. Ésta era la forma en que pagábamos las gachas y la lona, y yo, por lo menos, las pagué con exceso.

Aunque realizábamos tareas de lo más repugnante, nuestra misión era la más deseada, y mis compañeros se consideraban afortunados.

—No lo toques, tío, la enfermera dice que es mortal —me advirtió mi compañero mientras vaciaba el contenido de un cubo en el saco que yo sostenía.

Venía de las salas de los enfermos y le contesté que no tenía la intención de tocarlo ni de dejar que me tocara. Sin embargo tuve que llevar aquel saco, y otros muchos, cinco pisos más abajo para vaciarlos en un recipiente en el que su contenido era rociado con un poderoso desinfectante.

Quizás en todo esto existe una sabia piedad. Estos hombres del clavo, del arroyo, de la mendicidad, son un estorbo. No son útiles para nadie, ni siquiera para sí mismos. Alborotan la tierra con su presencia y es mejor quitarlos de en medio. Destrozados por las penalidades, mal alimentados y peor nutridos, son los primeros en ser atacados por las enfermedades, y los que mueren más pronto.

Ellos mismos se dan cuenta de que las fuerzas de la sociedad ayudan a privarles de su existencia. Estábamos rociando el desinfectante junto al depósito, cuando se aproximó el coche mortuorio, en el que fueron depositados cinco cadáveres. La conversación derivó hacia la «poción blanca» y el «black jack» y descubrí que todos estaban de acuerdo en que la persona, hombre o mujer, que diese demasiado trabajo en la enfermería o que se encontrase en las últimas, podía ser «eliminada». Esto es, que los incurables y los excesivamente nerviosos recibían una dosis de «black jack» o de «poción blanca» que les enviaba al otro barrio. No importa lo más mínimo si esto es cierto o no. Lo importante es que ellos tienen la sensación de que lo es y han creado el lenguaje que expresa esta sensación: «black jack», «poción blanca», «eliminan».

A las ocho bajamos a un piso situado debajo de la enfermería, donde nos trajeron té y las sobras del hospital. Estaban amontonadas en una bandeja de una forma que no se puede describir: mendrugos de pan, pedazos de grasa y de carne de cerdo, huesos, en resumen, los restos dejados por los dedos y las bocas de pacientes que sufrían toda clase de males. Los hombres hundieron sus manos en este revoltijo, hurgando, aferrando, manoseando, abandonando, examinando y rebuscando. No era un bonito espectáculo. Los cerdos no lo hubieran hecho peor. Pero aquellos desgraciados tenían hambre y comieron la bazofia vorazmente, y cuando ya no pudieron más envolvieron los restos en sus pañuelos y los guardaron debajo de las camisas.

—La otra vez que estuve aquí me topé allá fuera nada menos que con un montón de costillas de cerdo —me dijo Jengibre. «Allá fuera» era el lugar donde se amontonaba toda aquella corrupción que era rociada con el desinfectante—. Eran de primera, y salí a la calle buscando a alguien a quien dárselas. No vi a nadie y corrí como un loco, con un tío persiguiéndome porque creía que me estaba largando. Pero antes de que me cogiera encontré a una vieja y se las metí en el delantal.

¡Oh Caridad, Oh Filantropía, bajad al clavo y aprended de Jengibre! Estando en el fondo del Abismo llevó a cabo un acto tan puro y altruista como se pueda efectuar fuera del Abismo. Fue maravilloso por parte de Jengibre y aunque la vieja acabara contagiada de algo por aquellas costillas “de primera”, la acción continúa siendo maravillosa, aunque un poco menos. Pero lo más notable de este incidente, me parece a mí, es que el pobre Jengibre se volviese “como loco” a la vista de tanta comida desperdiciada.

Es norma en el albergue que quien entre esté allí dos noches y un día; pero yo ya había visto bastante para mi propósito, había pagado por mis gachas y mi lona y estaba listo para huir de allí.

—Vamos, salgamos deprisa—le dije a uno de mis compañeros señalando la

puerta por la que había entrado el coche mortuorio.

— ¿Y que me echen catorce días? —No, sólo nos damos el piro.

—No, yo he venido a descansar —dijo complaciente y pasar otra noche aquí no me va a hacer ningún daño. Todos compartían su opinión, de modo que tuve que «darme el piro» yo solo.

—Jamás podrás volver—me advirtieron.

—No hay miedo, diablos —contesté con un entusiasmo que no podían comprender; entonces, escabulléndome a través de la puerta, corrí calle abajo.

Fui directamente hasta mi cuarto, me cambié de ropa, y sólo una hora después de mi escapatoria me encontraba en un baño turco, sudando los gérmenes y cualquier otra cosa que hubiese podido absorber mi epidermis y deseando poder soportar una temperatura de trescientos veinte grados fahrenheit en vez de aquellos doscientos veinte.

LLEVANDO LA BANDERA

«Llevar la bandera» significa pasar la noche caminando por las calles y yo, enarbolando imaginariamente aquel símbolo, salí a ellas con la idea de ver todo cuanto pudiera. Hombres y mujeres recorren durante la noche todas las calles de esta gran ciudad, pero elegí el West End, partiendo de Leicester Square y explorando desde la orilla del Támesis hasta Hyde Park.

A la salida de los teatros estaba lloviendo a cántaros, y la elegante multitud que los abandonaba se las veía y deseaba para conseguir coches de alquiler. Éstos inundaban las calles, pero la mayoría ya estaban ocupados, y vi los desesperados esfuerzos de hombres y muchachos harapientos por conseguir cobijo atrapando coches para damas y caballeros. Utilizo la palabra “desesperados” a propósito, ya que aquellos infelices se daban un remojón a cambio de una cama, aunque la mayoría conseguía el remojón y no la cama. Ahora bien, pasar una noche de tormenta con las ropas mojadas, mal alimentado y sin haber probado la carne durante una semana, o un mes, es una de las pruebas más duras que un hombre puede soportar. Bien alimentado y suficientemente equipado, he viajado durante el día con el termómetro de alcohol marcando sesenta y cuatro grados Fahrenheit bajo cero; pensaba que sufría, pero no era nada comparado con pasear la bandera durante una noche, mal nutrido, mal equipado y empapado hasta los huesos.

Las calles quedaron quietas y desiertas cuando los que salían de los teatros se marcharon a sus casas. Sólo se podía ver a los policías, omnipresentes, que

dirigían los rayos de sus linternas hacia portales y callejones, y a hombres, mujeres y muchachos protegiéndose del viento y la lluvia bajo las cornisas. Piccadilly, sin embargo, no estaba tan vacío. Sus aceras estaban animadas por la presencia de mujeres bien vestidas y sin compañía, y había vida y movimiento causado por la búsqueda de pareja. Pero a eso de las tres ya había desaparecido la última de aquellas mujeres, y el lugar quedó solitario.

A la una y media había cesado la lluvia y a partir de ese momento sólo cayeron chubascos ocasionalmente. Los sin hogar abandonaron la protección de los edificios y empezaron a andar por todas partes para acelerar la circulación de la sangre y mantenerse calientes.

Horas antes había visto a una mujer ya mayor, de entre cincuenta y sesenta años, que permanecía de pie en Piccadilly, no lejos de Leicester Square. Parecía carecer de la sensatez y la fortaleza necesarias para protegerse de la lluvia o seguir andando, pues estaba allí de pie, estúpidamente, buscando una oportunidad como las que le surgían en tiempos pasados, cuando la vida era joven y la sangre caliente. Pero la ocasión no se le presentaba con frecuencia. Era empujada por cada policía que encontraba, y necesitaba una media de seis empujones para ir de uno a otro hombre. A las tres había conseguido llegar a St. James Street, y cuando el reloj daba las cuatro la vi durmiendo profundamente, apoyada en la verja metálica de Green Park. En aquel momento caía un fuerte aguacero que le atravesaba la piel.

A la una; me dije a mí mismo: Imagina que eres un joven sin un penique que mañana tienes que buscar trabajo en Londres. Es imprescindible, por tanto, que puedas dormir para tener energía suficiente para trabajar si es que consigues el empleo.

De modo que me senté en los escalones de piedra de un edificio. Cinco minutos más tarde un policía me observaba atentamente. Como yo tenía los ojos muy abiertos, se limitó a gruñir y siguió su camino. Diez minutos más tarde, cuando yo dormitaba con la cabeza apoyada en las rodillas, el policía me increpó:

—Eh, tú, largo de aquí.

Me largué. Y como aquella mujer, ya mayor, que andaba a trompicones, fui de sitio en sitio, ya que cada vez que dormitaba un policía me ordenaba que me largase. No mucho después, cuando ya había renunciado a sentarme, andaba junto a un joven londinense (que había vivido en las colonias y deseaba regresar a ellas) cuando descubrí un pasadizo abierto que conducía bajo un edificio y se perdía en la oscuridad. Sólo cerraba el paso una verja de hierro de poca altura.

—Vamos —le dije—. Saltemos la verja y durmamos ahí.

— ¿Qué? —exclamó retrocediendo—. ¡Para que nos metan en el trullo tres meses! ¡Que me maten si lo hago!

Más tarde pasé frente al Hyde Park en compañía de un muchacho de catorce o quince años, de aspecto miserable y enfermizo.

—Saltemos la verja —le propuse— y escondámonos entre los matorrales para dormir. Los bobbies no podrán encontrarnos.

—Ni hablar —repuso—. Los guardias nos enchironarán seis meses. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Cuando yo era niño solía leer historias de muchachos sin hogar que dormían en los portales. Es una tradición, un lugar común que sin duda se mantendrá en la literatura durante un siglo, pero la realidad es que eso ya no pasa. Existen portales, y existen muchachos, pero ya no se produce esa feliz conjunción. Los portales están vacíos y los muchachos caminan despiertos llevando la bandera.

—Yo estaba bajo los arcos —murmuró otro muchacho. Se refería a los que sostienen los puentes que cruzan el Támesis—. Estaba bajo los arcos cuando llovía tanto y un bobby me echó. Regresé, pero él también lo hizo. “Oye, tú —dijo— ¿qué haces aquí?” Me volví a largar, pero antes le dije: “¿Es que te crees que voy a afanarme el jodido puente?”

Entre los que llevan la bandera, Green Park tiene fama de abrir sus puertas antes que los demás parques, así es que a las cuatro y cuarto de la mañana, junto con mucha otra gente, entré en ese parque. Volvía a llover, pero estaban tan agotados de andar toda la noche que se dejaban caer en los bancos y se dormían al instante. Otros se tumbaban en la hierba mojada y dormían el sueño de la fatiga bajo una persistente lluvia.

Y ahora quiero criticar a los poderosos. Ellos tienen el poder, pueden dictar lo que les plazca; de manera que sólo haré hincapié en lo ridículo de sus dictados. Hacen que los sin hogar se pasen toda la noche andando. Les echan de portales y pasadizos y les impiden entrar en los parques. Es evidente que la única intención que tiene todo ello es evitar que puedan dormir. Dicho en pocas palabras, los poderosos usan su poder para impedirles dormir, o cualquier otra cosa. Entonces, ¿por qué diantre abren las puertas de los parques a las cinco de la mañana y dejan que los sin hogar entren y se echen a dormir? Si su intención es privarles del sueño, ¿por qué permiten ese sueño a partir de las cinco de la mañana? Y si su intención no es privarles del sueño, ¿por qué no les dejan dormir antes?

Volví a Green Park ese mismo día, sobre la una de la tarde; había muchos indigentes durmiendo sobre el césped. Era domingo, brillaba un sol incierto y miles de habitantes del West End, bien vestidos y acompañados por sus esposas e hijos, paseaban disfrutando de un poco de aire libre. Para ellos, el

espectáculo que ofrecían aquellos miserables vagabundos que dormían no era nada agradable. Desde luego, aquellos desgraciados hubieran preferido dormir durante la noche.

Así es que, queridas gentes que tenéis una vida fácil, si algún día visitáis Londres y veis a esas personas durmiendo en los bancos o en el césped no penséis que se trata de vagos que prefieren el descanso al trabajo. Sabed que los poderosos les han tenido deambulando toda la noche, y que de día no tienen otro lugar donde dormir.

LA ESPITA

Llevé, pues, la bandera durante toda la noche, pero no dormí en Green Park cuando llegó la mañana. Estaba empapado hasta los huesos y no había dormido en las últimas veinticuatro horas, pero, en mi papel de pobre que busca trabajo, tenía que espabilarme, primero para conseguir algo que desayunar y luego un trabajo.

Durante la noche había oído de un lugar situado en Surrey, al otro lado del Támesis, donde el Ejército de Salvación daba los domingos desayuno gratis a los pringosos. (Y, efectivamente, los hombres que llevan la bandera están sucios a la mañana siguiente, y a menos que esté lloviendo tampoco suelen darse una ducha).

Así que pensé que aquélla era la solución: un desayuno por la mañana y luego tendría todo el día para buscar trabajo.

Fue una caminata fatigosa. Arrastré mis piernas por St. James Street, seguí por Pall Mall, crucé Trafalgar Square hasta el Strand. Por el puente de Waterloo pasé a Surrey, corté por Balckfriars Road, salí cerca del teatro Surrey y llegué a los cuarteles del Ejército de Salvación antes de las siete. Era “la espita”. En argot, “la espita” significa un lugar donde se puede comer gratis.

Había una abigarrada multitud de indigentes que habían pasado la noche bajo la lluvia. ¡Qué prodigiosa y abundante miseria! Viejos, jóvenes, toda clase de hombres aún aprovechables, toda clase de muchachos. Alguno dormitaba de pie, muchos yacían en los escalones en las más dolorosas posturas, todos ellos profundamente dormidos, la piel de sus cuerpos enrojecida en los rotos y desgarrones de sus harapos. A uno y otro lado de la calle, cada portal contenía dos o tres clientes, todos durmiendo, con las cabezas reclinadas en las rodillas. Hay que recordar que éstos no son tiempos especialmente difíciles para Inglaterra. Los negocios marchan como siempre, y no es una época ni buena ni mala.

Luego llegó el policía.

—Fuera de aquí, malditos cerdos. ¡Ea, ea! ¡Largo de una vez!

Los echó de los portales como si se tratara de una piara de cerdos, hasta que los dispersó a los cuatro vientos de Surrey. Pero cuando vio la multitud que dormía en la escalinata se congestionó.

— ¡Es un escándalo! —exclamó—. ¡Un escándalo! ¡Y en domingo! ¡Vaya espectáculo! ¡Ea, ea! ¡Largo, malditos estorbos!

Desde luego era un espectáculo escandaloso. Yo mismo estaba escandalizado. No permitiría que mi hija se ensuciara los ojos con semejante escena ni le permitiría acercarse a una milla de distancia, pero... ése es el problema, que lo único que puede decirse es pero.

El policía siguió su camino, y de nuevo nos apiñamos como moscas en torno a una jarra de miel. ¿Acaso no nos esperaba un maravilloso desayuno? No nos hubiéramos apiñado con más energía y desesperación si hubiesen regalado billetes de un millón de dólares. Algunos se habían vuelto a dormir cuando regresó el policía y de nuevo nos desperdigamos, para agruparnos nuevamente en cuanto estuvo despejado el horizonte.

A las siete y media se abrió una puertecilla por la que asomó la cabeza un soldado del Ejército de Salvación. —No tapéis el paso —dijo—. Los que tengan el vale pueden entrar ahora, y los que no, no pueden hacerlo hasta las nueve.

¡Dichoso desayuno! ¡Hasta las nueve! ¡Todavía tardaría una hora y media! Teníamos envidia de los que poseían el vale. Se les permitió entrar, lavarse, sentarse y descansar hasta que llegara la hora, mientras nosotros esperábamos en la calle. Los vales habían sido distribuidos la noche anterior en la zona del Embankment, y su posesión no era debida a ningún mérito, sino a la suerte.

A las ocho y media se permitió la entrada a más hombres con vale, y a las nueve la puertecilla se abrió para nosotros. Conseguimos, pues, entrar, y nos encontramos en un patio, apretados como sardinas. En más de una ocasión, como vagabundo yanqui en Yanquilandia, he tenido que trabajar a cambio de mi desayuno, pero ninguno me costó tanto trabajo como éste. Estuve dos horas esperando en la calle, y durante otra hora tuve que esperar en el patio atestado. No había comido en toda la noche y me sentía débil y exhausto mientras que el olor de las ropas sucias y los cuerpos sin lavar, acentuado por el calor animal y la proximidad, me revolvía el estómago. Estábamos tan apiñados que algunos se durmieron de pie.

Quiero aclarar que no sé nada del Ejército de Salvación, y cualquier crítica que pueda hacer se referirá en particular al grupo que está en Blackfriars Road,

cerca del teatro Surrey. En primer lugar, obligar a permanecer de pie durante horas a hombres que han pasado la noche andando es tan cruel como inútil. Estábamos débiles, hambrientos y agotados por falta de sueño y por las fatigas de la noche, y sin embargo allí nos dejaron, de pie, sin ninguna razón.

Había muchos marineros en aquella multitud. Tuve la impresión de que uno de cada cuatro estaba buscando un barco en el que embarcar, y descubrí al menos una docena de marineros americanos. Como explicación al hecho de que estuvieran en tierra, obtuve la misma historia de todos y cada uno de ellos, historia que se me antojó veraz. Los barcos ingleses contratan a sus marineros por la totalidad del viaje, esto es, ida y vuelta, que a veces dura hasta tres años, y no pueden renunciar ni cobrar la paga hasta regresar al puerto de origen, que está en Inglaterra. La paga es escasa, la comida mala y el trato peor. Muy a menudo se ven forzados por los capitanes a desertar en el Nuevo Mundo o en las colonias, dejando tras ellos una bonita suma sin cobrar, en beneficio, bien del capitán, bien de los propietarios, o bien de ambos. Sea o no por esta razón, el hecho es que son muchos los que abandonan. Entonces, el barco contrata para el viaje de regreso a los marineros que puede encontrar. Estos hombres obtienen pagas algo superiores a las que se consiguen en otras partes del mundo, con la condición de que quedarán despedidos al llegar a Inglaterra. La razón es evidente: sería un pésimo negocio contratarlos por más tiempo, ya que la paga de los marineros es baja en Inglaterra y sus costas están atestadas de marineros en busca de trabajo. Esto explica la presencia de marineros americanos en los cuarteles del Ejército de Salvación. Por no verse desembarcados en otros lugares más extraños, habían venido a Inglaterra, y ahora se encontraban en la playa más extraña de todas. En aquella piña abundaban los americanos, hombres cuyo compañero es el viento que vagabundea por el mundo. Eran alegres y se enfrentaban a todo con el denuedo que les caracteriza y que nunca les abandona, pese a que maldecían el país con metáforas increíbles, muy refrescantes después de un mes de oír los monótonos y poco imaginativos tacos dichos en cockney. El cockney tiene uno sólo, el más indecente que pueda decirse, que usan en todas las ocasiones. Muy distintas son las luminosas y variadas palabras malsonantes del Oeste, que se acercan más a la blasfemia que a la indecencia. Y, después de todo, ya que los hombres no pueden evitar jurar, allá prefirieron la blasfemia a la indecencia. Hay en ello cierta audacia, una actitud aventurera y desafiante que es preferible a la simple inmundicia.

Había un vagabundo americano al que encontré particularmente divertido. La primera vez que le vi fue en la calle, dormido en un portal, la cabeza reclinada en las rodillas, llevando un sombrero que no se suele ver en esta parte del mundo. Cuando el policía lo echó, se levantó muy despacio, miró al policía, bostezó y se desperezó, miró otra vez al policía como preguntándose si iba o no a obedecer, y luego se marchó lentamente por la acera. Al principio

me inspiró confianza su sombrero, pero este comportamiento me hizo confiar en quien lo llevaba.

En el apiñamiento del patio me encontré junto a él, y charlamos de buena gana. Había recorrido España, Italia, Suiza y Francia, donde realizó la proeza de viajar en un tren durante trescientas millas sin ser arrestado. Me preguntó cómo me las arreglaba y dónde me metía, es decir, él se iba defendiendo, aunque el país era hostil y las ciudades un asco. Resultaba duro, ¿no? No podía parar la mano en ninguna parte sin que le afanaran lo que llevaba. Pero no se iba a largar. Pronto iba a llegar el espectáculo de Búfalo Bill, y un hombre que podía conducir ocho caballos encontraría trabajo en él con seguridad. Los tíos de aquí no eran capaces de conducir más que un par de caballos. ¿Por qué no esperaba yo también la llegada de Búfalo Bill? Estaba seguro de que habría algún trabajo para mí.

Después de todo, la sangre es más espesa que el agua. Éramos compatriotas y forasteros en tierra extraña. Yo me había animado a la vista de su viejo sombrero, y él se mostraba tan interesado por mi bienestar como si fuéramos hermanos de sangre. Intercambiamos toda clase de información útil acerca del país y la forma de ser de sus habitantes, métodos sobre cómo conseguir comida y techo y nos separamos tristes por tener que despedirnos.

Una cosa particularmente notable en aquella multitud era la escasez de estatura. Yo, que soy de altura mediana, les sacaba la cabeza a nueve de cada diez. Los nativos eran todos bajos, como los marineros extranjeros. Sólo había cinco o seis a los que se les pudiese considerar altos, y eran escandinavos o americanos. El más alto, sin embargo, era una excepción. Era inglés, aunque no londinense.

—Candidato para la Guardia Real —le hice notar.

—Acertaste, compañero —fue su respuesta—. Ya he servido en la Guardia, y tal como están las cosas no tardaré en alistarme de nuevo.

Durante una hora permanecimos en aquel repleto patio. Luego los hombres empezaron a impacientarse. Hubo apreturas y empujones y las voces se hicieron más altas. Sin embargo, no hubo ninguna violencia; sólo impaciencia de hombres cansados y hambrientos. En aquel momento apareció el ayudante. No me gustó. No tenía nada del humilde galileo, sino mucho del centurión que dijo: «Soy un hombre con autoridad, con hombres a mis órdenes; y le digo a éste: ve, y él va; y a otro: ven, y viene; y a mi sirviente: haz esto, y lo hace».

Bien, nos miró como el centurión y los que estaban más cerca de él se acobardaron. Entonces alzó la voz.

—Basta ya, basta ya, u os echaré de aquí y os quedaréis sin desayuno.

No tengo palabras para explicar la irritante manera con que dijo esto. Me pareció que disfrutaba con su autoridad, que le capacitaba para decirle a medio centenar de indigentes: que comáis o no depende de mi decisión.

¡Negarnos el desayuno después de haber permanecido en pie durante horas! Era una amenaza horrible, y el silencio penoso y abyecto que se hizo atestiguaba el espanto de todos. Era una amenaza cobarde. No podíamos hacerle frente porque estábamos hambrientos; es costumbre en este mundo que el hombre que alimenta a otro hombre sea el amo de este hombre. Pero el centurión —quiero decir el ayudante— no estaba aún satisfecho. Una vez se había hecho el silencio, levantó de nuevo la voz y repitió la amenaza.

Al fin se nos permitió entrar en la sala del festín, donde encontramos lavados a los que tenían vales, pero aún en ayunas. En total debimos sentarnos unos setecientos, no para que nos dieran carne o pan, sino discursos, cantos y oraciones, por lo cual estoy convencido de que Tántalo sufre de muchos modos a este lado del infierno. El ayudante rezó una oración, pero no estuve atento a ella al encontrarme abstraído por la miseria masiva que me rodeaba. Pero lo que dijo era más o menos esto:

—Os saciaréis en el Paraíso. No importa cuánta hambre y sufrimientos paséis aquí, os saciaréis en el Paraíso, si seguís nuestras normas.

Y continuó en los mismos términos. Me pareció una buena dosis de propaganda, pero carente de sentido por dos razones. En primer lugar, los hombres que la recibían eran materialistas y carecían de imaginación. Eran incapaces de percibir la existencia del Invisible y demasiado habituados al infierno en la Tierra para asustarse con el Infierno del futuro. Y en segundo lugar, rotos y exhaustos por las fatigas de una noche sin dormir, cansados por una larga espera de pie y medio muertos de hambre, ansiaban no la salvación, sino comida. Los «ladrones de almas», como estos hombres llamaban a todos los propagandistas religiosos, deberían estudiar los fundamentos fisiológicos de la psicología, si quieren que sus esfuerzos den mejores resultados.

Por fin, a eso de las once, llegó el desayuno. No en platos, sino envuelto en papel. No me dieron todo lo que quise, y estoy seguro de que ninguno recibió ni la mitad de lo que quería o necesitaba. Di parte de mi pan al vagabundo que esperaba la llegada de Buffalo Bill, quien se mostró tan voraz al final como al principio. He aquí en qué consistía el desayuno: dos rebanadas de pan, un pedacito de pan con pasas que llamaban pastel, una oblea de queso y una taza de deliciosa agua. Había hombres que esperaban desde las cinco de la mañana, y los demás sufrimos una espera de cuatro horas; además, se nos había tratado como a cerdos, enlatado como sardinas y tuvimos que soportar sermones, cánticos y rezos. Y eso no fue todo.

En cuanto hubimos terminado el desayuno (cosa que ocurrió en tan poco

tiempo como se tarda en decirlo), empezaron a inclinarse las cabezas y los ojos a cerrarse, y en cinco minutos la mitad de nosotros estábamos profundamente dormidos. No había señales de que se nos fuera a echar, mientras que se hacían evidentes los preparativos para un servicio religioso. Observé un pequeño reloj que pendía de la pared. Señalaba las doce menos veinticinco. Cómo vuela el tiempo, pensé, y todavía tengo que buscar trabajo.

—Me quiero ir —le dije a un par de individuos que estaban despiertos.

—Tienes que quedarte para el servicio —me contestaron.

— ¿Vosotros queréis quedaros? — Negaron con la cabeza.

—Entonces vamos a decirles que nos queremos ir. Seguidme.

Pero los pobres estaban aterrorizados. Les abandoné a su suerte y me dirigí al miembro del Ejército de Salvación más próximo.

—Me quiero ir—le dije—. Vine aquí a comer algo para aguantar mientras busco trabajo. No creí que tardasen tanto en servirlo. Creo que tengo la oportunidad de trabajar en Stepney, y cuanto antes llegue más posibilidades tendré de conseguirlo.

Era una buena persona, pero quedó desconcertado por mi petición.

—Va a empezar el servicio; sería mejor que se quedase.

—Pero eso disminuiría mis posibilidades de encontrar trabajo —insistí—. Y el trabajo es ahora lo más importante para mí.

Como era sólo un soldado raso, me remitió al ayudante, a quien repetí mis motivos para querer marcharme y solicité cortésmente su permiso para hacerlo.

—No puede ser —contestó, mostrándose indignado ante tamaña ingratitud—. ¡Vaya idea! —exclamó—. ¡Vaya idea!

— ¿Quiere decir que no puedo salir de aquí? —pregunté—. ¿Me va a retener contra mi voluntad?

—Sí —refunfuñó.

No sé lo que hubiera podido suceder, ya que yo también empezaba a indignarme, pero como los «congregantes» se habían dado cuenta de la situación, me llevó hasta otra estancia. Una vez en ella, me preguntó nuevamente mis motivos para querer irme.

—He de irme —le dije— porque quiero buscar trabajo en Stepney y cada hora que pasa disminuyen mis posibilidades de encontrarlo. Ya son las doce menos veinticinco. Cuando vine aquí no creí que tardasen tanto en darnos el desayuno.

—Tiene negocios, ¿eh? —se mofó—. Es un hombre de negocios, ¿eh? Entonces, ¿por qué vino?

—Pasé toda la noche en la calle, y necesitaba comer algo que me diese fuerzas para buscar trabajo. Por eso vine.

—Muy bonito —continuó en el mismo tono de mofa—. Un hombre de negocios no debería venir aquí. Esta mañana le ha quitado el desayuno a un pobre, eso es lo que ha hecho.

Eso era mentira, pues todo hijo de madre había podido entrar.

Después de haberle explicado claramente que no tenía hogar, que estaba hambriento y que deseaba buscar trabajo, ¿era cristiano, o simplemente decente, que calificara como negocio a mi búsqueda de empleo, que me calificara de hombre de negocios, que llegase a la conclusión de que un hombre de negocios bien situado no necesitaba desayunos de caridad y que por el hecho de haberlo tomado acababa de robarle su comida a un hambriento vagabundo que no era un hombre de negocios?

Contuve mi indignación y de nuevo me expliqué, de mostrándole clara y concienzudamente cuán injusto era y cómo había desfigurado los hechos. Al no dar la menor muestra de estar dispuesto a echarme atrás (y estoy seguro de que mis ojos empezaban a brillar), me condujo a la parte trasera del edificio donde, en un patio abierto, se alzaba una tienda de campaña. En el mismo tono de mofa informó a un par de soldados de guardia que «aquí hay un tipo que es un hombre de negocios y quiere marcharse antes del servicio».

Quedaron sorprendidos, claro, y me miraron horrorizados mientras el ayudante entraba en la tienda y hacía salir al mayor. Sin abandonar la mofa, y haciendo hincapié en el negocio, presentó mi caso al comandante en jefe. El mayor era un hombre completamente distinto. Me gustó en cuanto le vi y le expuse mis motivos, como ya había hecho antes.

— ¿Sabía usted que tenía que quedarse para asistir al servicio religioso? — me preguntó.

—Por supuesto que no —contesté—, de lo contrario me hubiera marchado sin esperar el desayuno. No tienen ustedes carteles que lo indiquen, y tampoco se me informó cuando entré en este lugar.

Meditó unos momentos.

—Puede marcharse —decidió.

Eran las doce cuando salí a la calle y me resultó imposible decidir si acababa de abandonar el ejército o la cárcel. El día estaba en su mitad y había un largo camino hasta Stepney. Además, era domingo, ¿y por qué iba a buscar trabajo en domingo aunque fuera un hombre hambriento? Por otra parte, tenía

la certeza de haber realizado un duro trabajo recorriendo las calles por la noche y procurándome un desayuno durante el día; por tanto, me desprendí de mi papel de joven hambriento en busca de trabajo y me subí a un coche de pasajeros.

Después de afeitarme y bañarme, me metí entre sábanas limpias y me dormí. Eran las seis de la tarde cuando cerré los ojos. No los volví a abrir hasta las nueve de la mañana siguiente. Había dormido quince horas seguidas. Y mientras yacía amodorrado, mis pensamientos se dirigieron a los setecientos desgraciados que había dejado esperando el servicio religioso. Para ellos no habría baño, ni afeitado, ni sábanas limpias, ni un sueño reparador de quince horas. Después del servicio les esperaban de nuevo las mismas calles de siempre, el problema de encontrar un mendrugo para cenar, una noche sin echar ojo y la búsqueda de otro mendrugo para la mañana siguiente.

EL DÍA DE LA CORONACIÓN

¡Vivat Rex Eduardus! Hoy han coronado un rey, ha habido un gran regocijo y una consumada estupidez, y yo me siento perplejo y entristecido. Nunca vi nada comparable a ese espectáculo, excepto los circos yanquis y los ballets de la Alhambra; tampoco vi nunca nada tan falto de esperanza y tan trágico.

Para disfrutar del desfile de la Coronación debía haber ido directamente de América al hotel Cecil, y del hotel Cecil a un asiento de cinco guineas entre la gente aseada. Mi error fue venir pasando por los poco aseados caminos del East End. No habían venido muchos de esa zona. El East End, en su inmensa mayoría, se quedó en su suburbio y se emborrachó. Los socialistas, demócratas y republicanos se fueron al campo a respirar aire puro, muy poco afectados por el hecho de que cuatrocientos millones de personas aceptasen un gobernante coronado y ungido. Seis mil quinientos prelados, sacerdotes, estadistas, príncipes y guerreros presenciaron la coronación y la unción, y el resto vimos el desfile.

Yo lo presencié en Trafalgar Square, «el lugar más espléndido de Europa» y corazón del Imperio. Éramos muchos miles, controlados y mantenidos a raya por un soberbio despliegue de poder. El trayecto estaba vigilado por una doble hilera de soldados. La base del monumento a Nelson se encontraba protegida por tres anillos de chaquetas azules. Hacia el este, en la entrada a la plaza, estaba la Real Artillería de Marina. En el triángulo de Pall Mall y Cockspur Street, la estatua de Jorge III estaba flanqueada por lanceros y húsares; hacia el oeste se veían las chaquetas rojas de la infantería de marina, y desde el Union

Club hasta la embocadura de Whitehall se extendía la masa brillante y curva del Primer Cuerpo de la Guardia Real. Hombres gigantescos montados en gigantescos caballos de batalla, con corazas de acero, cascos de acero, gualdrapas de acero, una gran espada de acero a disposición de los poderosos. Y más allá, entre la multitud, largas hileras de Policía Metropolitana, mientras detrás se mantenía la reserva, hombres altos y bien alimentados, con armas y buenos músculos para manejarlas en caso de necesidad.

Y lo mismo que sucedía en Trafalgar Square pasaba en todo el itinerario del desfile: fuerza, fuerza aplastante, millares de hombres, de hombres espléndidos, lo mejor del pueblo, cuya única función en la vida es obedecer ciegamente, y ciegamente matar y destruir. Y para que estén bien alimentados, bien vestidos y bien armados, y para que dispongan de barcos que les puedan transportar hasta los confines de la tierra, el East End de Londres, y todos los East End de Inglaterra, pagan y se pudren y se mueren.

Un proverbio chino dice que si un hombre vive en la pereza, otro se morirá de hambre; y Montesquieu ha dicho: «El hecho de que muchos hombres estén ocupados confeccionando vestidos para un individuo es la causa de que haya muchas personas sin vestido». De manera que lo uno explica lo otro. No podemos comprender al famélico y mísero enano del East End (que vive con su familia en una guarida compuesta de un solo cuarto y que alquila espacio sobrante a otros enanos famélicos y míseros) hasta que vemos a los robustos miembros de la Guardia Real en el West End y descubrimos que aquéllos tienen que vestir, servir y alimentar a éstos.

Y mientras en la Abadía de Westminster el pueblo aceptaba un rey, yo, estrujado entre la Guardia Real y la policía en Trafalgar Square, recordaba los tiempos en que el pueblo de Israel aceptó por primera vez un rey. Ustedes saben cómo ocurrió. Los ancianos se acercaron al profeta Samuel y le dijeron:

—Danos un rey para que nos juzgue como se hace en todas las naciones.

Y el Señor le dijo a Samuel: Ahora atiende a su voz; muéstrales el modo en que el rey reinará sobre ellos.

Y Samuel hizo saber las palabras del Señor al pueblo que le había pedido un rey, y les dijo:

Éste es el modo en que el rey reinará sobre vosotros: tomará a vuestros hijos y los pondrá a su servicio, para sus carros y para que sean sus hombres de a caballo y corran delante de sus carros.

Y los tomará como capitanes de cientos, y capitanes de cincuentenas; y los pondrá a arar sus tierras, y a recoger sus cosechas, y a hacer sus armas de guerra y los instrumentos de sus carros.

Y tomará a vuestras hijas para que sean tejedoras, y cocineras, y panaderas.

Y tomará vuestros campos, y vuestros olivares, incluso los mejores, y se los dará a sus sirvientes.

Y tomará una décima parte de vuestras semillas, y de vuestros viñedos, y se los dará a sus oficiales y a sus sirvientes. Y tomará a vuestros criados, y a vuestras criadas, y a vuestros jóvenes, y a vuestros asnos, y los pondrá a trabajar para él.

Tomará una décima parte de vuestros rebaños; y vosotros seréis sus servidores.

Y ese día clamaréis a causa del rey que vosotros mismos habréis elegido; y ese día no hallaréis respuesta del Señor.

Todo lo cual ocurrió y clamaron ante Samuel, diciendo: —Ruega por tus siervos al Señor tu Dios, para que no muramos; pues a todos nuestros pecados hemos añadido la desgracia de pedir un rey.

Y después de Saúl y David vino Salomón, que contestó duramente al pueblo diciendo:

—Mi padre hizo pesado vuestro yugo, pero yo lo haré aún más pesado; mi padre os castigó con el látigo, pero yo os castigaré con escorpiones.

Y en estos tiempos, quinientos pares hereditarios poseen la quinta parte de Inglaterra; y ellos, así como los oficiales y servidores del rey, y aquellos que forman parte del poder establecido, gastan anualmente en lujos inútiles 1.850.000.000 dólares, o 370.000.000 de libras, lo que representa el treinta y dos por ciento de la riqueza total producida por los trabajadores del país.

En la Abadía, vestido con maravillosos ropajes de oro, en medio del sonido de las trompetas y la música y rodeado por una brillante multitud de dignatarios, lores y gobernantes, el rey era investido con los símbolos de su realeza. Las espuelas le fueron ceñidas a los talones por el Lord Gran Chambelán, y la espada de su majestad, en una funda púrpura, le fue ofrecida por el Arzobispo de Canterbury con estas palabras:

Recibid esta espada real traída del altar de Dios y entregada a vos por las manos indignas de obispos y servidores de Dios.

Y tras serle ceñida, escuchó la exhortación del Arzobispo:

Con esta espada haced justicia, detened la iniquidad, protegéd la Santa Iglesia de Dios, auxiliad y defended a viudas y huérfanos, restituid las cosas que han decaído, conservad las cosas restituidas, castigad y reformad lo que está mal, y confirmad lo que está bien.

¡Pero escuchad! Hay vítores en Whitehall; la multitud se mueve, la doble

hilera de soldados se pone firmes, y aparecen los barqueros del rey con fantásticas vestimentas medievales de color rojo, como la vanguardia de un desfile circense. Luego una carroza real, llena de damas y caballeros de palacio acompañados de lacayos y cocheros magníficamente ataviados. Más carruajes, lores, chambelanes y damas de la corte... todos lacayos. Luego los guerreros, la escolta del rey, generales bronceados y endurecidos, llegados a Londres de todos los rincones de la tierra, oficiales de cuerpos de voluntarios, de la milicia y de tropas regulares; Spens y Plumer, Broadwood y Cooper que liberaron Ookiep, Mathias de Dargay, Dixon de Vlakfontein; el general Gaselee y el almirante Seymour de China; Kitchener de Kartum; lord Roberts de la India y de todo el mundo... los hombres de guerra de Inglaterra, maestros de la destrucción, ingenieros de la muerte. Una raza de hombres que nada tiene en común con la que está en los talleres y los suburbios, una raza de hombres totalmente distinta.

Pero ahí vienen, con toda la pompa y seguridad de su poder, y siguen viniendo, estos hombres de acero, estos señores de la guerra que han puesto bridas al mundo. Mezclados, pares y comunes, príncipes y maharajás, caballeros del rey y alabarderos de la Guardia. Y llegan los coloniales, hombres ágiles y osados; y están todas las razas del mundo: soldados de Canadá, Australia, Nueva Zelanda; las Bermudas, Borneo, Fiji y Costa de Oro, de Rhodesia, Colonia del Cabo, Natal, Sierra Leona y Gambia, Nigeria y Uganda, de Ceylán, Chipre, Hong Kong, Jamaica y Wei-Hai-Wei, de Lagos, Malta, Santa Lucía, Singapur, Trinidad. Y los hombres sometidos de la India, jinetes atezados, maestros con la espada, feroces y bárbaros, resplandecientes con sus ropas escarlata y carmesí, sijs, rajputs, birmanos, provincia por provincia, casta por casta.

Y ahora la Guardia Montada, una visión de hermosos caballos color crema, una panoplia dorada, un huracán de vítores, el tronar de la música: «¡El Rey! ¡El Rey! ¡Dios salve al Rey!» Todos se han vuelto locos. El contagio me arrastra... también quiero gritar «¡El Rey! ¡Dios salve al Rey!» Hombres harapientos, con lágrimas en los ojos, agitan sus sombreros y gritan extasiados: «¡Dios le bendiga! ¡Dios le bendiga! ¡Dios le bendiga!» Y ahí llega, en esa suntuosa carroza dorada, la gran corona relampagueando en su cabeza, con la dama de blanco que le acompaña también coronada.

Hago esfuerzos para serenarme y convencerme a mí mismo de que todo esto es real y auténtico, no una visión del país de las hadas. No lo consigo, y es mejor así. Prefiero creer que toda esta pompa, vanidad, ostentación e incalificable necedad viene del país de las hadas, antes que aceptar que es el comportamiento de gente cuerda y sensata que ha dominado la materia y desvelado los secretos de las estrellas.

Príncipes y sus descendientes, duques, duquesas y toda clase de personas

coronadas pasan ante nosotros; más guerreros, lacayos, gentes sometidas, y el espectáculo ha terminado. Salgo de la plaza con la multitud y me encuentro en un laberinto de calles estrechas donde las tabernas son un clamor de borrachos, hombres, mujeres y niños mezclados en un colosal libertinaje. Por todas partes suena la canción favorita de la Coronación:

“Hombres harapientos agitan sus sombreros y gritan, Dios salve al Rey”.

Oh, el día de la Coronación, el día de la Coronación

Tendremos jarana, un jubileo, y gritaremos Hip, Hip, Hurra,

Pues estaremos alegres bebiendo whisky, vino y jerez.

Todos estaremos alegres el día de la Coronación.

Está lloviendo a raudales. Por la calle avanzan tropas auxiliares, negros africanos y asiáticos amarillos, con turbantes y descalzos, y coolies balanceándose bajo el peso de las ametralladoras y las baterías de montaña, y los pies desnudos de todos ellos hacen un ruido silbante en el asfalto embarrado. Las tabernas se vacían como por ensalmo, y los atezados leales son vitoreados por sus hermanos británicos, que al instante se reincorporan al jaleo.

— ¿Qué le ha parecido el desfile, compañero? —le pregunté a un anciano que permanecía sentado en un banco de Green Park.

— ¿Que qué me ha parecido? Una estupenda oportunidad —me dijo— para echar un sueñecito, con toda la bofia ocupada. Así que me tumbé en aquel rincón con otros cincuenta. Pero no pude dormir; estaba hambriento y me puse a pensar en cómo había estado trabajando toda mi vida y ahora no tengo ni donde apoyar la cabeza; oía la música, los gritos, y los cañonazos, y casi me convertí en anarquista y deseé volarle los sesos al Lord Chambelán.

Ni él ni yo pudimos aclarar por qué tenían que ser los sesos del Lord Chambelán, pero el hombre concluyó que así es como se sentía, y no hubo más discusión.

A medida que caía la noche, la ciudad se convirtió en un ascua de luz. Estallidos de colores, verde, ámbar y rubí, saltaban a la vista en cualquier punto, y las letras ER, grabadas en el cristal e iluminadas con gas, estaban en todas partes. Las multitudes en las calles aumentaron en cientos y miles, y, aunque la policía actuó con energía, abundaban los desmanes, las borracheras y los escándalos. Los fatigados trabajadores parecían haberse vuelto locos con el jolgorio y la excitación, y se les veía bailando por las calles, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, cogidos del brazo en largas hileras, cantando «Puedo estar loco, pero te amo», «Dolly Gray» y «La madre selva y la abeja», esta última con una letra parecida a ésta:

Tú eres la miel, madre selva, yo soy la abeja,
me gustaría sorber la miel de tus labios rojos.

Me senté en un banco del Embankment y contemplé las iluminadas aguas del Támesis. Se acercaba la medianoche y ante mí pasaban gentes de clase alta, esquivando las calles más ruidosas, de regreso a sus hogares. Junto a mí se sentaban dos criaturas harapientas, hombre y mujer, dormitando. La mujer permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho, su cuerpo en constante movimiento; ahora se inclinaba hacia delante hasta que parecía que iba a perder el equilibrio; ahora se inclinaba hacia la izquierda hasta apoyar la cabeza en el hombro de su compañero; ahora hacia la derecha, hasta que el dolor la despertaba y se quedaba quieta y rígida. Y otra vez se inclinaba hacia delante y repetía todo el ciclo hasta que el dolor la volvía a despertar.

De vez en cuando, adolescentes y jóvenes se detenían detrás del banco y proferían súbitos y terribles gritos. Esto despertaba bruscamente al hombre y a la mujer, y a la vista de la angustia y sorpresa que se reflejaban en sus rostros, la gente reía a carcajadas y luego seguía su camino.

Lo más sorprendente era aquella falta de piedad que todos demostraban. Los pobres sin hogar sentados en bancos, vagabundos inofensivos que pueden ser molestados, son algo corriente. Mientras permanecí en el banco, unas cincuenta mil personas debieron pasar delante de él, y ni una siquiera, en un día tan señalado como la coronación del rey se sintió lo bastante conmovida como para acercarse a la mujer y decirle: «Tome seis peniques y consiga una cama». Por el contrario, las mujeres, especialmente las jóvenes, hacían burla de la pobre mujer que daba cabezadas y provocaban la risa de sus acompañantes.

Para utilizar una expresión británica, aquello resultaba cruel; pero la expresión americana sería más correcta: era feroz. Confieso que empezaba a sentirme irritado por la incesante y alegre multitud y a experimentar cierta satisfacción ante la estadística que demuestra que uno de cada cuatro adultos londinenses está predestinado a morir en instituciones de caridad, sea en el albergue, el hospital o el sanatorio.

Hablé con el hombre. Tenía cincuenta y cuatro años y era obrero portuario sin trabajo. Sólo podía encontrar alguna ocupación ocasional cuando había mucha demanda, ya que en épocas de escasez todos preferían a los jóvenes. Ahora llevaba una semana tirado en los bancos del Embankment; pero las cosas parecían presentarse mejor para la semana próxima y posiblemente podría trabajar unos cuantos días y conseguir una cama. Había vivido toda su vida en Londres, excepto cinco años cuando, en 1878, sirvió en la India.

Naturalmente que le gustaría comer algo, y a la muchacha también. Días

como hoy eran duros para ellos, aunque los policías estaban tan ocupados que los pobres tenían la oportunidad de dormir más rato. Desperté a la muchacha, o tal vez debería decir mujer, pues tenía «Veintiocho años, señor», y nos encaminamos hacia un café.

—Cuánto trabajo para tanta iluminación —comentó el hombre a la vista de un edificio soberbiamente iluminado. Ésta era la clave de su modo de ser. Había trabajado toda su vida, y sólo podía concebir el universo, al igual que su propia alma, en términos de trabajo.

—La coronación es buena —continuó—. Da trabajo a la gente.

—Pero su tripa está vacía —comenté.

—Sí. Intenté encontrar faena, pero no pude. Mi edad está en contra mía. ¿Y usted en qué trabaja? Es usted marinero, ¿eh?, lo adivino por sus ropas.

—Sé lo que es usted —dijo la chica—, es italiano. —No, no lo es —exclamó el hombre acaloradamente yanqui, eso es lo que es. Lo sé.

—Dios Santo, miren esto —exclamó la joven cuando desembocamos en el Strand, abarrotado por una multitud que vociferaba y bailaba, los hombres aullando y las muchachas cantando voz en grito:

Oh, el día de la Coronación, el día de la Coronación

Tendremos jarana, un jubileo, y gritaremos Hip, Hip, Hurra

Pues estaremos alegres bebiendo whisky, vino y jerez

Todos estaremos alegres el día de la Coronación.

—Qué sucia estoy, después de las vueltas que he dado para ver todo esto —dijo la mujer al sentarse en el café, limpiándose con la manga la mugre de los ojos soñolientos—. Las cosas que he visto hoy me han gustado mucho, aunque me sentía muy sola. Las duquesas y las damas llevaban unos vestidos tan blancos. Era hermoso, muy hermoso. Soy irlandesa —dijo en respuesta a mi pregunta—. Mi nombre es Eyethorne.

— ¿Cómo? pregunté.

—Eyethorne, señor; Eyethorne.

—Deletréelo.

—A-i-z-o-r-n, Eyethorne.

—Oh —comprendí—, una cockney irlandesa.

—Sí, señor, nacida en Londres.

Había vivido felizmente en su hogar hasta que su padre murió en un

accidente, y entonces se encontró sola en el mundo. Uno de sus hermanos estaba en el ejército, y el otro, ocupado en mantener a una esposa y ocho hijos con veinte chelines a la semana, no podía ayudarla. Había estado fuera de Londres sólo una vez, en un lugar de Essex, situado a unas doce millas, donde estuvo recogiendo fruta durante tres semanas.

—Cuando volví estaba tan morena como una baya.

El último lugar en el que había trabajado era un café, donde hacía un horario que iba de siete de la mañana a once de la noche y por el que recibía un sueldo de cinco chelines a la semana y la comida. Luego cayó enferma y desde que salió del hospital no había podido encontrar empleo. No se encontraba muy bien y las dos últimas noches las había pasado en la calle.

Entre los dos engulleron una prodigiosa cantidad de comida, y no fue hasta que hube duplicado y triplicado lo que habían pedido al principio que empezaron a dar muestras de estar satisfechos.

Una vez alargó la mano y palpó el tejido de mi camisa y mi chaqueta, y comentó lo buenas que eran las ropas que llevábamos los yanquis. ¡Buenas ropas mis harapos! Me sonrojé, pero al observar lo que llevaban ambos, empecé a considerarme bien vestido y casi respetable.

— ¿Qué esperan hacer en el futuro? —pregunté—. Cada día que pasa son ustedes más viejos.

—Acabar en el albergue —dijo el hombre.

—Que Dios me maldiga si voy —contestó ella—. Sé que para mí no hay esperanza, pero prefiero morir en la calle. No quiero ir al albergue, no, gracias. No, señor.

—Después de pasar la noche en las calles —pregunté— ¿qué hacen por la mañana para conseguir algo de comer?

—Tratar de conseguir un penique, si es que no tienes uno ahorrado —explicó el hombre—. Entonces ir a un café y pedir un tazón de té.

—No veo cómo puede eso alimentarles —objeté.

Cambiaron una sonrisa de inteligencia.

—Se bebe el té a pequeños sorbos —continuó él— haciendo que dure mucho rato. Se observa con cuidado, y siempre hay gente que deja sobras.

—Es sorprendente la cantidad de comida que dejan algunas personas —intervino ella.

—Lo importante —continuó el hombre con suficiencia, mientras yo aprendía el truco—, es conseguir el penique. Cuando nos disponíamos a salir,

Miss Eyethorne recogió algunos mendrugos de las mesas vecinas y se los guardó entre sus harapos.

—No hay que desperdiciarlos, sabe usted —dijo, a lo cual el hombre asintió, guardándose también algunos mendrugos.

Recorrí el Embankment a las tres de la mañana. Era noche de gala para los sin techo, ya que la policía se encontraba en otros lugares. Cada banco estaba ocupado por gente que dormía. Había tantas mujeres como hombres, y en su gran mayoría, tanto ellos como ellas eran viejos. De vez en cuando se veía algún muchacho. En un banco distinguí a una familia, el hombre sentado con un bebé dormido en los brazos, la mujer dormida, apoyando la cabeza en el hombro de él, y en su regazo la cabeza de un muchacho dormido. Los ojos del hombre estaban muy abiertos. Contemplaba el agua y pensaba, lo cual no es bueno para un hombre sin techo y con una familia que cuidar. No es agradable especular acerca de sus pensamientos; pero yo sé, y todo Londres lo sabe, que no son infrecuentes los casos de parados que matan a su mujer y a sus hijos.

No se puede pasear por el Embankment, a esta hora crítica de la madrugada, desde el Parlamento, más allá de la Aguja de Cleopatra, hasta el puente de Waterloo, sin recordar los sufrimientos, veintisiete siglos antes, recitados por el autor del libro de Job:

Están los que apartan los lindes; violentamente se llevan los rebaños y los alimentan.

Se llevan el asno del huérfano, se llevan en prenda el buey de la viuda.

Apartan del camino a los necesitados; los pobres de la tierra se esconden juntos.

He aquí que como asnos salvajes en el desierto se encaminan a su trabajo, buscando carne diligentemente; el desierto les daba comida para sus hijos.

Cortan su provisión en los campos, y recogen la vendimia de los malvados.

Yacen toda la noche desnudos y sin ropa, y no tienen con qué protegerse del frío.

Están mojados por los chubascos de las montañas, y se abrazan a las rocas en busca de cobijo.

Están los que arrancan al huérfano del pecho, y toman prendas de los pobres.

De modo que van desnudos y sin ropas, y hambrientos llevan las gavillas.

JOB XXIV, 2—10.

¡Hace veintisiete siglos! Y todo es cierto y exacto en el mismo centro de

esta civilización cristiana de la que es rey Eduardo VII.

DAN CULLEN, PORTUARIO

Ayer estuve en un alojamiento municipal, no lejos de Leman Street. Si fuese capaz de ver el futuro y descubriese que tenía que vivir en semejante lugar hasta mi muerte, saldría inmediatamente a la calle y me arrojaría de cabeza al Támesis.

Aquello no era una habitación. El respeto al lenguaje no permite llamarlo así, como tampoco permite que una choza sea llamada mansión. Era una guarida, un cubil. Sus dimensiones eran siete pies por ocho, y el techo era tan bajo que no almacenaba el volumen de aire del que dispone un soldado británico en el cuartel. Un camastro, con sábanas harapientas, ocupaba la mitad del cuarto. Una mesa desvencijada, una silla y un par de cajones dejaban poco espacio donde moverse. Con cinco dólares se hubiese comprado todo lo que estaba a la vista. El suelo estaba desnudo, mientras que las paredes y el techo se encontraban literalmente cubiertos de manchas de sangre. Cada una de éstas obedecía a la muerte violenta de un insecto, pues el lugar estaba infestado de bichos, una plaga que nadie podía combatir por sí mismo.

El hombre que había ocupado ese agujero, Dan Cullen, trabajador del puerto, se estaba muriendo en el hospital. Sin embargo, había impreso su personalidad en aquel miserable lugar con la fuerza suficiente como para dejar una idea de la clase de hombre que era. En las paredes se veían retratos baratos de Garibaldi, Engels, Dan Buuns y otros líderes obreros, en tanto que en la mesa había una novela de Walter Besant. Me dijeron que conocía a Shakespeare y que leía libros de historia, sociología y economía. Era un autodidacta.

En la mesa, en medio del desorden, yacía una hoja de papel en la que se leía: Mr. Cullen, por favor devuélvame la jarra blanca y el sacacorchos que le presté... Eran objetos que le había prestado una vecina al principio de su enfermedad y que ahora reclamaba ante la proximidad de la muerte. Una jarra blanca y un sacacorchos son demasiado valiosos para que una criatura del Abismo deje morir a otra en paz. Hasta el último instante, el alma de Dan Cullen debía verse atormentada por la sordidez de la que en vano intentó salir.

La historia de Dan Cullen es breve y sencilla, pero se puede leer en ella mucho entre líneas. Nació en el estrato más bajo, en una ciudad y una tierra donde las diferencias de casta están claramente trazadas. Todos los días de su vida trabajó duramente con sus manos, y como había abierto los libros y se

dejó prender por las llamas del espíritu, y podía «leer y escribir como un abogado», sus compañeros le eligieron para que trabajase para ellos con el cerebro. Se convirtió en un líder de los estibadores de frutas, representó a los portuarios en el Consejo del Comercio de Londres y escribió mordaces artículos en los periódicos obreristas.

Nunca se humilló ante otros hombres, aunque fuesen sus amos económicos y controlasen los medios gracias a los que vivía, expuso sus ideas libremente y luchó al lado de los que tenían la razón. Le declararon culpable por tomar parte destacada en la «Gran Huelga del Puerto». Aquí empezó la debacle de Dan Cullen. Desde aquel momento fue un hombre marcado, y todos los días, durante diez años, «pagó» con creces lo que había hecho.

El porteador es un obrero eventual. La ocupación sufre altibajos, y se trabaja o no dependiendo de la mercancía que haya que cargar. Dan Cullen sufrió de nuevo la discriminación. Aunque no le despidieron explícitamente (algo que le habría acarreado problemas, pero que hubiese sido más compasivo), el capataz le llamó para trabajar tan sólo dos o tres días a la semana. Esto es lo que se llama «educan» o «instruir». Es decir, matar de hambre. No admite una expresión más fina. En diez años le destrozaron, y un hombre con el corazón malherido no puede continuar viviendo.

Tuvo que encamarse en su terrible guarida, más terrible ahora por su desamparo. Sin amistades ni parientes, se convirtió en un hombre solitario, amargado y pesimista, que se debatía luchando contra los parásitos bajo las miradas de Garibaldi, Engels y Dan Burns, pendidos en aquellas paredes salpicadas de sangre. Nadie de todas aquellas viviendas municipales plagadas de gente vino a visitarle (no había entablado amistad con ninguno) y fue abandonado para pudrirse.

Pero del extremo más alejado del East End llegaron un zapatero remendón y su hijo, sus únicos amigos. Ellos se encargaron de limpiar su cuarto, le obsequiaron con ropas de cama limpias y retiraban las sábanas usadas, negras de suciedad. Trajeron consigo además a una enfermera de Aldgate, del servicio de Caridad de la Reina.

La enfermera le lavó la cara, le arregló la cama y le dio conversación. Era interesante hablar con él... hasta que se enteró de su nombre. Oh, sí, su nombre era Blank, según confesó ella inocentemente, y su hermano era Sir George Blank.

—Sir George Blank, ¿eh? —clamó el viejo Dan Cullen desde su lecho de muerte: ¿Sir George Blank, procurador de los muelles de Cardiff, el hombre que había destruido el Sindicato de Portuarios de Cardiff, y que por ello se hizo con el título de caballero? ¿Y ella era su hermana? Dan Cullen se incorporó entonces de su miserable camastro y la maldijo a ella y a toda su

estirpe. La enfermera huyó para no regresar nunca más, terriblemente impresionada por la ingratitud de los pobres.

Los pies de Dan Cullen se habían hinchado a causa de su enfermedad, la hidropesía. Permanecía todo el día sentado en el borde de la cama (para que el agua no le inundara el cuerpo), sin una triste estera en el suelo, con una delgada manta para envolverse las piernas y un viejo abrigo sobre los hombros. Un capellán le trajo unas zapatillas de papel, que le habían costado cuatro peniques (tuvo ocasión de verlas), y ofreció cincuenta oraciones por el alma de Dan Cullen. Pero Dan era de esa clase de hombres que prefieren que dejen su alma en paz. No le interesaba que Tom, Dick o Harry, aprovechándose del poder que les otorgaban unas zapatillas de cuatro peniques, pudieran mangonear con su vida. Pidió al capellán que tuviera la amabilidad de abrir la ventana, para poder arrojar las dichas zapatillas a la calle. El capellán se marchó, con la intención de no regresar jamás, muy afectado también por la ingratitud de los pobres.

El zapatero remendón, viejo héroe sin canción ni alabanzas, decidió ir por iniciativa propia a la oficina central de la gran compañía frutera para la que Dan Cullen había trabajado a destajo durante treinta años. El sistema era tal que obligaba a que todo el trabajo fuese realizado así, a destajo. El zapatero les contó la situación desesperada de Dan, viejo, agotado, agonizante y sin ayuda ni dinero, les recordó que había trabajado para ellos durante treinta años y les rogó que hicieran algo por él.

—Oh —exclamó el gerente recordando a Dan sin tener que recurrir al registro—, verá usted, tenemos por norma no ayudar a los jornaleros, no podemos hacer nada por él.

Y nada hicieron, ni siquiera firmar una carta para que Dan Cullen fuese admitido en un hospital. Ser aceptado en un hospital de Londres no es fácil. En Hampstead, si conseguía que los médicos lo visitaran, pasarían al menos cuatro meses antes de que ingresara, ya que antes aguardaban los nombres de una interminable lista de espera. El zapatero consiguió finalmente llevarlo a la Enfermería de Whitechapel, donde lo visitó con frecuencia. Y descubrió que Dan Cullen se había abandonado a la idea de que, sin esperanza, lo único que pretendían hacer con él era quitarle de en medio. Una conclusión lógica, debemos admitir, para un hombre viejo y agotado que, durante diez años, ha sido «instruido» sin piedad. Cuando le sometieron al tratamiento de la enfermedad de Bright, haciéndole sudar para eliminar la grasa de los riñones, Dan Cullen creyó que estaban precipitando su muerte; pues si la enfermedad de Bright destruye los riñones, no habría grasa que eliminar y, por consiguiente, le estaban engañando. El médico se sintió ofendido y estuvo nueve días sin visitarlo.

Entonces inclinaron su cama, para que sus piernas y sus pies quedaran en una posición elevada. Al instante la hidropesía se extendió por todo el cuerpo y Dan Cullen sostuvo que lo habían hecho para que el agua lo inundara y poder acabar con él más rápidamente. Pidió el alta y aunque le advirtieron que caería exhausto en las escaleras, se arrastró, más muerto que vivo, hasta el taller del zapatero. Mientras escribo esto, Dan Cullen se muere en el hospital de Temperance, donde su fiel amigo, el zapatero, después de remover cielo y tierra consiguió que lo recogieran.

¡Pobre Dan Cullen! Hombre de las Tinieblas que se esforzó por adquirir conocimientos; que trabajó con su cuerpo durante el día y estudió en las noches de vigilia; que anheló su gran sueño y luchó con valentía por la Causa; un patriota, un amante de la libertad del hombre, un luchador sin miedo; y al final, por no ser un gigante capaz de vencer las circunstancias que le frustraban y ahogaban, un cínico y un pesimista, que boqueaba en su agonía final en el miserable lecho de una sala de caridad.

«Un hombre que ha de morir, que pudo ser sabio y no lo fue, esto es para mí una tragedia.»

LÚPULO Y LUPULEROS

El divorcio del obrero con la tierra ha llegado a tal extremo, que el campo, en todo el mundo civilizado, depende de las ciudades para la recolección de la cosecha. Es entonces, cuando la tierra rebosa de riqueza y los que deambulan por las calles, que fueron expulsados de la tierra, son de nuevo reclamados. Pero en Inglaterra regresan, no como hijos pródigos, sino como proscritos, como vagabundos y parias, para convertirse en objeto de desconfianza y mofa de sus cofrades, para dormir en prisiones y en hospicios, o bajo los setos, para vivir el Señor sabe cómo.

Se calcula que sólo Kent demanda ochenta mil de estas personas para recoger sus lúpulos. Llegan atendiendo a una llamada, que es el grito de auxilio de sus estómagos y del espíritu aventurero que aún conservan. Las miserables calles y los ghettos los empujan adelante, pero la podredumbre de los suburbios y los ghettos nunca los abandona. Recorren el país como un ejército de profanadores, y el pueblo los rechaza. Están fuera de lugar. Son como una casta maldita surgida de la tierra, que arrastra sus deformes cuerpos por carreteras y caminos. Su presencia, el solo hecho de que existan, es un ultraje al esplendor del sol y a los verdes frutos del campo. Los limpios y firmes árboles se avergüenzan de ellos y de su marchita encorvadura, su putridez es una asquerosa ofensa al dulzor y pureza de la naturaleza.

¿Es una descripción exagerada? Todo depende. Para aquel que ve la vida en términos de acciones y cupones, sin duda me he excedido. Pero para quien la vida es una cuestión de disponer de una auténtica condición de hombre o mujer, no puedo haberlo hecho. Tales hordas de brutal ruindad y miseria están en total desequilibrio con la existencia de un cervecero millonario que vive en un palacio del West End, que se sacia con los encantos sensuales de los dorados teatros londinenses, que se codea con los hijos de lores y príncipes, y que es nombrado caballero por el rey. Ha ganado sus espuelas... ¡Dios lo impidiera! En los viejos tiempos la gran bestia rubia cabalgó en primera línea de batalla y consiguió ganarse sus espuelas partiendo a hombres desde la sesera hasta los pies. Al fin y al cabo, es más digno matar a un hombre fuerte de un limpio sablazo que convertirlo en un pobre animal, lo mismo que a sus descendientes, por medio de los artificios y las tretas manipuladoras de la industria y la política.

Pero volvamos al lúpulo. Aquí el divorcio de la tierra se hace tan evidente como en cualquier otro aspecto de la agricultura en Inglaterra. Mientras la manufactura de cerveza aumenta constantemente, el cultivo de lúpulo desciende paralelamente. En 1835 los acres dedicados al cultivo del lúpulo eran 71.327. Hoy sólo alcanzan 48.024, es decir, se ha producido un descenso de 3.103 con relación al año anterior.

Si escaso era el número de acres este año, el duro verano y las terribles tormentas redujeron la producción. La desgracia se reparte entre los cultivadores y los recolectores de lúpulo. Los cultivadores se verán obligados a renunciar a algunas comodidades, mientras que los recolectores dispondrán de menos alimentos, aunque ellos, incluso en las mejores épocas, nunca disponen de suficientes. Durante incesantes semanas titulares como el que sigue han aparecido en los periódicos de Londres:

LOS VAGABUNDOS SON MUCHOS, PERO EL LÚPULO ES ESCASO Y AÚN NO ESTÁ A PUNTO

Y se han publicado numerosos párrafos como éste:

Desde las vecinas tierras de los campos de lúpulo llegan noticias de un desastre natural. La explosión de buen tiempo de los dos últimos días ha hecho acudir a cientos de lupuleros a Kent, pero éstos tendrán que esperar a que los campos estén a punto. En Dover el número de vagabundos en la casa de trabajo triplica al del año pasado por estas fechas, y en otras ciudades el retraso de la estación es la causa del gran aumento de jornaleros.

Para colmo de sus desgracias, cuando al fin habían empezado la recolecta, lúpulos y lupuleros fueron barridos durante la noche por una terrible tormenta de viento, lluvia y granizo. El viento arrancó los lúpulos de las varas y quedaron machacados en el suelo, mientras los lupuleros, intentando

guarecerse del peligroso granizo, estuvieron a punto de morir ahogados en sus chozas y campamentos situados en el terreno más bajo. Su estado, después de la tormenta, era lamentable, la miseria se hacía más evidente que nunca; ya que, con todo lo pobre que hubiese sido la cosecha, su destrucción había disipado cualquier esperanza de conseguir unos pocos peniques y para miles de ellos no quedaba otra alternativa que «darle a los pies» (pies para qué os quiero) y regresar a Londres.

—No somos barrenderos —decían, mientras abandonaban aquel suelo alfombrado de lúpulo que les cubría los tobillos.

Los que se quedaron se quejaban amargamente en medio de las varas rotas de siete fanegas por chelín, tarifa que se paga en una buena temporada cuando el lúpulo está en buenas condiciones y que coincide con lo que se paga en las peores épocas porque los cultivadores nunca pueden permitirse un gasto adicional.

Yo pasé por Teston y por Farleigh Este y Oeste poco después de la tormenta y pude escuchar los lamentos de los lupuleros y ver los lúpulos destrozados en el suelo. En los invernaderos de Barham Court, se habían roto treinta mil paneles de vidrio con el granizo, mientras que los melocotones, las ciruelas, las peras, las manzanas, los ruibarbos, las coles... absolutamente todo, había quedado roto en pedazos, hecho trizas.

Para los propietarios toda aquella estampa representaba un duro golpe, pero, aun en el peor de los casos, ninguno de ellos tendría que privarse, en ninguna de sus comidas, de alimentos y bebida. Sin embargo, los periódicos les dedicaban sus columnas de apoyo, detallando los destrozos en páginas enteras. «Mr. Herbert Leney calcula que sus pérdidas ascienden a 8.000 libras»; «Mr. Fremlin, famoso cervecero, cuyas fincas arrendadas ocupan toda la parroquia, ha perdido 10.000 libras»; y «Mr. Leney, hermano de Mr. Herbert Leney, es otro de los grandes perdedores». Nada decían sin embargo de los lupuleros. Aunque me atrevo a afirmar que los ágapes que habían perdido William Trompetas, Mrs. Trompetas y los chiquillos de la familia, superaban la tragedia de las 10.000 libras que había dejado de ganar Mr. Fremlin. Además, la tragedia de William Trompetas se podía multiplicar por millares, mientras que la de Mr. Fremlin ni siquiera se podía multiplicar por cinco.

Para ver cómo se ganaban la vida William Trompetas y sus chiquillos me vestí con mis ropas de marinero y salí en busca de trabajo. Me acompañaba un joven zapatero del este de Londres, Bert, que se había dejado arrastrar por los deseos de aventura y quería disfrutar conmigo del viaje. Siguiendo mi consejo, se había puesto sus «peores andrajos», y durante el camino, por la carretera de Londres a Maidstone, no dejó de mostrar su preocupación por temor a que fuésemos demasiado mal vestidos para trabajar.

No se le podía culpar. Cuando paramos en una taberna, el propietario nos observó con cautela y no bajó la guardia hasta que vio el color de nuestros billetes. Los nativos de aquella parte de la carretera nos miraban con recelo, mientras que los «domingueros» de Londres, al pasar en sus coches, nos insultaban y se mofaban. Pero antes de salir del distrito de Maidstone, mi amigo advirtió que íbamos tan bien vestidos, cuando no mejor, que el lupulero medio. Algunos de los harapos que vimos eran increíbles.

—Ha bajado la marea —le dijo a sus compañeros una mujer de aspecto agitanado, cuando nos vio llegar caminando al lado de la larga hilera de cajas en las que los recolectores depositaban el lúpulo.

— ¿La has entendido? —susurró Bert—. Se refiere a ti.

La había entendido. Y debo reconocer que la comparación era bastante acertada. Cuando baja la marea, las barcas se quedan varadas en la playa y no navegan, igual que el marinero. Mis ropas y mi presencia en el campo de lúpulos delataban claramente que yo era un hombre de mar que se había quedado sin barco, un hombre en la playa, algo muy similar a una embarcación en bajamar.

— ¿Puede usted darnos faena, jefe? —preguntó Bert al capataz, un hombre mayor, de aspecto amable, que estaba muy atareado.

Su «No» fue contundente; pero Bert, persistente, le siguió, conmigo detrás, por todo el campo. Quizás fue esa insistencia que revelaba nuestras ansias de trabajar, o tal vez nuestro aspecto desgraciado, ni Bert ni yo llegamos a averiguarlo nunca, el caso es que el capataz acabó por ablandarse y nos encontró un lugar que ocupar en una de aquellas cajas (puesto que habían abandonado otros dos hombres, según pude saber, por no poder ganar un jornal suficiente con el que vivir).

—No quiero mala conducta, recuerden —nos advirtió el capataz al dejarnos trabajando entre mujeres.

Era sábado por la tarde y sabíamos que pronto llegaría la hora de terminar, así que nos aplicamos en la tarea, deseosos de saber si al menos ganaríamos para pagar un puñado de sal. Era un trabajo sencillo, de hecho se trataba más bien de un trabajo para mujeres, no para hombres. Nos sentábamos en el borde de la caja, entre el lúpulo, mientras el «sacudidor» nos acercaba las ramas más cargadas con una vara. En una hora conseguimos convertirnos en auténticos expertos. En cuanto nuestros dedos se acostumbraron a distinguir automáticamente entre los lúpulos y las hojas y a arrancar media docena de floraciones a la vez, no hubo más que aprender.

Trabajamos con ligereza, tan rápido como las mujeres, aunque sus cajas se llenaban más deprisa gracias a la ayuda de sus niños, cada uno de los cuales

recolectaba con ambas manos casi tan rápido como nosotros.

—No tién que cojerlos demasiao limpios, va contra las normas —nos informó una de las mujeres; seguimos el consejo agradecidos.

A medida que transcurría la tarde, nos dimos cuenta de que ningún hombre podía conseguir un salario mínimo con el que vivir. Las mujeres podían recoger tanto como los hombres, los niños casi tanto como las mujeres; así que, era imposible para cualquier hombre competir con una mujer y media docena de chiquillos. El trabajo de la mujer y la media docena de niños es lo que sirve para medir la unidad, por sus esfuerzos combinados se fija la unidad de pago.

—Compañero, me muero de hambre —le dije a Bert.

No teníamos nada que comer.

—Demonios, yo me podría zampar los lúpulos —me contestó.

Nos lamentamos por nuestra dejadez al no haber previsto criar a una numerosa prole que nos ayudara en aquellos días de necesidad. Y de este modo, hablando para regocijo de nuestros vecinos, pasamos el rato. Nos ganamos la simpatía del «sacudidor», un joven campesino, que de vez en cuando ayudaba a llenar nuestra caja con floraciones que él mismo recogía, ya que entre sus obligaciones estaba la de recuperar los racimos que caían.

Con él estuvimos hablando acerca de cuánto podíamos pedir por adelantado, y nos explicó que al pagársenos un chelín por cada siete fanegas, sólo podíamos recibir como adelanto un chelín por cada doce fanegas. Que es lo mismo que decir que nos retenían la paga de cinco fanegas de cada doce, un método empleado por el cultivador que tenía como objetivo retener al lupulero en su trabajo tanto si la cosecha iba bien como si iba mal, especialmente cuando las cosas marchaban mal.

Después de todo, resultaba agradable sentarse al sol, con los restos de polen dorado derramándose aún en nuestras manos, el fuerte y aromático olor del lúpulo hostigando nuestro olfato, con el vago recuerdo de las estruendosas ciudades de las que provenían todas aquellas personas. ¡Pobre gente de la calle! ¡Pobre pueblo en el arroyo! Incluso crecen necesitados de tierra, y suspiran por el trozo de suelo del que han sido expulsados, por la vida al aire libre, por el viento, la lluvia y el sol completamente libres de las indelebles manchas de las ciudades. Como el mar llama al marinero, la tierra los llama a ellos; y en lo profundo de sus decadentes almas sienten una extraña conmoción por el recuerdo de sus antepasados campesinos que vivieron antes de que las ciudades existieran. De forma incomprensible han conseguido sentirse alegres por el aroma que desprende la tierra, gracias a los paisajes y los sonidos que su sangre no ha olvidado aunque ellos no los puedan recordar.

—No más lúpulo, colega —se lamentó Bert.

Eran las cinco de la tarde y los «sacudidores» se habían retirado, así los demás podían recoger y limpiar, ya que el domingo no se trabajaba. Durante una hora estuvimos obligatoriamente ociosos esperando la llegada de los tasadores, los pies nos hormigueaban con la llegada de la escarcha que llegaba inmediatamente después de la puesta de sol. En la caja contigua a la nuestra, dos mujeres y media docena de niños habían recolectado nueve fanegas; las cinco fanegas que los tasadores encontraron en nuestra caja evidenciaban que nosotros no estábamos a su altura, ya que los chiquillos tan sólo tenían de nueve a catorce años.

¡Cinco fanegas! Habíamos conseguido ganar ocho peniques y medio, o diecisiete centavos, dos hombres trabajando durante tres horas y media. ¡Cuatro peniques y cuarto por barba! ¡Poco más de un penique por hora! Sólo estábamos autorizados a recibir cinco peniques de la suma total, pero como el encargado de las cuentas andaba escaso de cambio, nos dio seis peniques. Nuestros ruegos no obtuvieron respuesta. La desgarradora historia que le contamos no lo conmovió. Sentenció con voz grave que habíamos recibido un penique de más y prosiguió su camino.

Suponiendo que, dado nuestro argumento, éramos lo que representábamos, es decir, pobres de solemnidad, nos encontrábamos ante esta situación; la noche a punto caer; sin cenar, ni mucho menos comer; y con seis peniques compartidos. Yo tenía hambre suficiente como para comer por el triple del valor de los seis peniques, y Bert no estaba mucho mejor. Una cosa estaba clara. Si saciábamos nuestro apetito en un 16,3 por ciento, nos gastaríamos los seis peniques, pero nuestros estómagos seguirían corroyéndose en un 83,3 por ciento por debajo de lo que era justo. Estábamos nuevamente arruinados, podríamos dormir al abrigo de un seto, lo cual no sería tan malo sino fuese porque el frío se iba a encargarse de consumir una inconmensurable porción de lo que habíamos comido. Al día siguiente era domingo y no teníamos que trabajar, pero nuestros estúpidos estómagos no tenían en cuenta esa circunstancia. El problema era ahora el siguiente: cómo conseguir tres comidas para el domingo y dos para el lunes (puesto que no podíamos recibir otro adelanto hasta el lunes por la tarde). Sabíamos que los albergues estaban atestados; si mendigábamos en las granjas o en el pueblo lo más probable sería acabar pasando catorce días en la cárcel. ¿Qué nos quedaba por hacer? Nos miramos desesperanzados...

Aunque no había motivo, dimos gracias a Dios con alegría por no ser como otros hombres, especialmente como los lupuleros, y emprendimos el camino hacia Maidstone, mientras hacíamos sonar en nuestros bolsillos las medias coronas y florines que habíamos traído de Londres.

LA ESPOSA DEL MAR

Nadie puede esperar encontrarse a la Esposa del Mar en el mismísimo centro de Kent, sin embargo fue exactamente ahí donde yo la hallé, en una mísera calle del barrio pobre de Maidstone. No había ningún letrero en su ventana que anunciara que ofrecía hospedaje, así que tuve que hacer valer mis dotes persuasivas antes de que me condujera hasta el cuarto que estaba enfrente del suyo para dormir. Cuando anochecía, bajé a la cocina que estaba en el sótano y hablé con ella y con su anciano marido, Thomas Mugridge.

Durante nuestra conversación, todos los artificios de esa terrible maquinaria conocida como civilización se disiparon. Tuve la sensación de que podía traspasar la piel y la carne hasta llegar a sus almas desnudas. Thomas Mugridge y su vieja esposa representaban en esencia la insigne casta inglesa. Hallé en ellos el espíritu errante que había inducido a los hijos de Albión a partir a lugares dispares; del mismo modo descubrí la descomunal insensatez que ha embaucado a los ingleses a participar en locas disputas y absurdas luchas, y la obstinación y terquedad que les ha ofuscado para perseguir el imperio y el esplendor; asimismo pude observar la inmensa y atroz estoicidad con que el pueblo lo ha soportado todo, trabajando sin descanso ni lamentaciones durante fatigosos años, despidiendo sumisamente al mejor de sus hijos para que siguiera con la lucha y la colonización en los confines del mundo.

Thomas Mugridge, de setenta y un años, era un hombre de pequeña envergadura. Su baja estatura fue precisamente el motivo por el que no fue nunca soldado. Permaneció en casa para trabajar. Sus primeros recuerdos se relacionaban con esas labores. No conocía nada más. Había trabajado durante todos y cada uno de los días de su vida y a pesar de su avanzada edad lo continuaba haciendo. Cada mañana se despertaba con el canto de la alondra para irse a las tierras a faenar, pues para ello había nacido. Mrs. Mugridge tenía setenta y tres años. Con siete años ya trabajaba en la campiña, realizando las labores de un muchacho al principio, para acabar haciendo poco después las de un hombre. Ahora se ocupaba del cuidado de la casa, limpiaba, lavaba, guisaba, hacía el pan y, al llegar yo, además de hacerme la comida, para mi bochorno, también me preparaba la alcoba. Después de todos aquellos años de sacrificio carecían de posesiones y nada esperaban de su porvenir excepto más trabajo. Y estaban satisfechos. Ni aguardaban ni deseaban nada más.

La suya era una vida modesta. Sus necesidades eran bien pocas: una jarra de cerveza al final del día para beberla a sorbos en la cocina, un semanario que hojear durante los siguientes siete días y una conversación tan contemplativa e

irreflexiva como el rumiar de un ternero. Un grabado en madera colgaba de la pared, con la imagen de una angelical muchacha, bajo cuya estampa se podía leer:

«Nuestra Futura Reina». Al lado una litografía mucho más colorida en la que se apreciaba a una dama robusta y ya mayor, con otra leyenda: «Nuestra Reina. Aniversario de Diamante».

—Lo que uno logra ganar por sí mismo es lo que mejor sabe —dijo Mrs. Mugridge al sugerirles que tal vez había llegado la hora en que se tomaran un descanso.

—No, no queremos su ayuda —contestó Thomas Mugridge a mi pregunta de si sus hijos les echaban una mano. —Seguiremos trabajando hasta quedarnos sin aliento —agregó, y su mujer lo respaldó enérgicamente.

Mrs. Mugridge había dado a luz a quince hijos; todos se habían marchado o habían muerto. La «pequeña», sin embargo, que tenía veintisiete años, vivía en Maidstone. Cuando los hijos se casaban pasaban a ocuparse de sus propias familias y problemas, igual que lo hicieran sus padres.

¿Dónde estaban sus hijos? Ah, ¿o dónde no estaban? Lizzie se había instalado en Australia; Mary en Buenos Aires; Poll en Nueva York; Joe había muerto en la India... los nombraron a todos, a los vivos y a los muertos, al soldado y al marinero, a la esposa del colono, por amor y respeto al espíritu viajero de quienes se habían sentado en aquella cocina.

Me mostraron una fotografía. Me pareció un pulcro muchacho con apariencia de soldado.

— ¿Cuál de sus hijos es éste? —pregunté.

Rieron a coro. ¡Hijo! No, nieto, recién llegado del servicio en la India como soldado corneta del Rey. Su hermano estaba en el mismo regimiento. Así era, hijos e hijas, nietos y nietas, viajeros del mundo y constructores del imperio, al unísono, mientras su vieja familia originaria permanecía en casa trabajando, contribuyendo así a forjar en gran medida ese mismo imperio.

He aquí una esposa que mora junto a la Puerta del Norte.

Se trata de una mujer rica;

Ella cría una casta de hombres errantes

Que son arrojados allende los mares.

Algunos se ahogaron en las aguas profundas,

Algunos al ver la playa;

La voz llega hasta la afligida esposa,

Y ella siempre envía más.

Pero los partos de la Esposa del Mar han concluido. La reserva se agota, el planeta está colmado. Las esposas de sus hijos pueden tomar el relevo, pero su labor forma parte del pasado. Los antiguos hombres de Inglaterra son ahora los hombres de Australia, de África, de América. Inglaterra durante mucho tiempo ha expulsado allá «lo mejor de su estirpe» y ha destruido tan cruelmente a aquellos que se quedaron, que ya sólo le resta sentarse a contemplar durante las largas noches a la realeza que pende de sus paredes.

El auténtico marinero mercante británico ya no existe. El servicio de mercancías ha dejado de ser un campo de reclutamiento de lobos marinos de la talla de los que lucharon con Nelson en Trafalgar y en el Nilo. Gran parte de la tripulación de los barcos mercantes son extranjeros, si bien los oficiales todavía son ingleses. En África del Sur el colono le enseña al isleño a disparar un arma y los oficiales lo lían todo con sus disparates; mientras, en la ciudad la gente de la calle se manifiesta presa de los nervios y la Oficina de Guerra reduce la talla de los soldados que pueden alistarse.

No podía ser de otra manera. Ni el más satisfecho de los británicos de pro puede esperar que el derramamiento de sangre y el hambre se eternicen. Las Mrs. Mudgridge medias han llegado arrolladas por la necesidad a la ciudad pero ya no producen nada salvo anémicos y enfermizos hijos a quienes no pueden alimentar.

La verdadera fuerza de la casta de habla inglesa ya no está a buen recaudo en la isla, sino que se ha extendido por el Nuevo Mundo a través de los mares, igual que los hijos e hijas de Mrs. Mugridge. La Esposa del Mar que permanecía en la puerta del Norte, sin advertirlo, ha concluido su labor. Ahora debe sentarse para dar descanso a su fatigado cuerpo durante un tiempo; sus hijos e hijas velarán ahora para que cuando se encuentre decaída y sin fuerzas no la esperen en el albergue público.

PROPIEDAD VERSUS PERSONA

En una sociedad cimentada sobre las bases del materialismo y de la propiedad, en lugar de en el espíritu, es inevitable que los crímenes contra la propiedad cobren mayor importancia que los cometidos contra la persona. Propinar una paliza a la esposa hasta romperle varias costillas es un agravio trivial y sin importancia comparado con la ofensa que supone dormir bajo el cielo estrellado porque no se tiene con qué pagar un cobijo. El mozo que roba unas peras de la poderosa compañía ferroviaria representa una mayor amenaza

para la sociedad que el brutal muchacho que, sin motivo alguno, asalta a un anciano de setenta años. La joven que alquila una habitación fingiendo que dispone de un trabajo está cometiendo un delito tan peligroso que si no se la castiga duramente, ella y las de su clase, podrían echar por tierra el complicado sistema sobre el que se sustenta la propiedad. Si en cambio se hubiese paseado impíamente después de medianoche por Piccadilly y el Strand, la policía no se habría entrometido y ella podría pagar su alojamiento.

Los siguientes casos son ilustrativos, y son un extracto de los informes de los Tribunales Policiales que se produjeron durante el transcurso de una sola semana:

Tribunal de la Policía de Widnes. Ante los Gobernadores Gossage y Neil. Thomas Lynch, bajo los cargos de ir bebido y causar desórdenes al atacar a un agente de la autoridad. El acusado liberó a una mujer custodiada, golpeó al agente y lo apedreó. Multado por el primer delito con 3 chelines y 6 peniques y 10 chelines y los gastos derivados de los daños ocasionados en el asalto.

Tribunal de la Policía de Queen's Park en Glasgow. Ante el Alcalde Norman Thompson. John Kane se confiesa culpable de haber atacado a su esposa. Anteriormente ya había sido condenado otras cinco veces. Multado con 2 libras y 2 chelines.

Tribunal Inferior del Condado de Tauton. John Painter, sujeto de gran corpulencia, descrito como trabajador, es acusado de agredir a su esposa. La mujer presentaba sendos moratones en los ojos y todo su rostro hinchado. Multado con 1 libra y 8 chelines, incluyendo los costes de los daños, para poder ser puesto en libertad.

Tribunal de la Policía de Widnes. Richard Bestwick y George Hunt, bajo los cargos de penetrar en una finca privada en busca de diversión. Hunt multado con 1 libra y daños, Bestwick con 2 libras y daños; en su defecto, un mes de prisión.

Tribunal de la Policía de Shaftesbury. Ante el Corregidor (Mr. A. T. Carpenter). Thomas Baker, bajo los cargos de dormir en la calle. Catorce días de prisión.

Tribunal Central de la Policía de Glasgow. Ante el Alcalde Dunlop. Edward Morrison, mozo acusado del robo de quince peras de un camión de la estación de ferrocarril. Siete días de prisión.

Tribunal Municipal de la Policía de Doncaster. Ante el Gobernador Clark y otros jueces. James M'Gowan, bajo los cargos que quedan establecidos en la Ley Preventiva de Caza Furtiva, habiéndosele encontrado en posesión de armas y un cierto número de conejos. Multado con 2 libras y costes de los daños ocasionados, o un mes de prisión.

Tribunal del Sheriff de Dunfermline. Ante el Sheriff Gillespie. John Young, obrero de la mina, se confiesa culpable de agredir a Alexander Storrar por darle puñetazos en la cabeza y en el cuerpo, arrojarlo al suelo y golpearlo con una herramienta de la mina. Multado con 1 libra.

Tribunal de la Policía de Kirkcaldy. Ante el Alcade Dishart. Simon Walker, se confiesa culpable de atacar a un hombre, golpearlo y derribarlo. En un ataque infundado, motivo por el cual el Juez lo describió como un serio peligro para la comunidad. Multado con 30 chelines.

Tribunal de la Policía de Mansfield. Ante el Gobernador y los señores F. J. Turner, J. Whitaker, F. Tidsbury, E. Holmes y el Dr. R. Nesbitt. Joseph Jackson, bajo los cargos de atacar a Charles Junn. Sin razón aparente, el acusado le golpeó violentamente en el rostro, derribándolo para darle después una patada en la cabeza. La víctima perdió la conciencia y tuvo que ser sometido a tratamiento médico durante dos semanas. Multado con 21 chelines.

Tribunal del Sheriff de Perth. Ante el Sheriff Sym. David Mitchell, bajo los cargos de caza furtiva. Con dos condenas anteriores, la última hacía tres años. El Sheriff fue llamado a ser compasivo con Mitchell, de sesenta y dos años, que además no ofreció resistencia alguna en el arresto. Cuatro meses de prisión.

Tribunal del Sheriff de Dundee. Ante el Honorable Sheriff sustituto de R. C. Walker. John Murray, Donald Craig y James Parker, bajo los cargos de caza furtiva. Craig y Parkes multados con 1 libra cada uno y catorce días de prisión; Murray, multado con 5 libras y un mes de prisión.

Tribunal de la Policía de Reading Borough. Ante los señores W B. Monck, F. B. Parfitt, H. M. Wallis y G. Gillagan. Alfred Masters, de dieciséis años, bajo los cargos de dormir en un terreno abandonado y no teniendo visibles medios con los que subsistir. Siete días de prisión.

Tribunal Inferior de la ciudad de Salisbury. Ante el Corregidor y los señores C. Hoskins, G. Fullford, E. Alexander y W. Marlow. James Moore, bajo los cargos de apropiarse de un par de botas en una tienda del muestrario exhibido en la calle. Veintiún días de prisión.

Tribunal de la Policía de Horncastle. Ante el Reverendo W P Massingberd, el Reverendo J. Graham y Mr. N. Lucas Calcraft. George Brackenbury, un joven obrero, hallado culpable de lo que los jueces calificaron de ataque brutal e infundado a James Sargent Foster, hombre sobre los setenta años de edad. Multado con 1 libra, 5 chelines y 6 peniques.

Tribunal Inferior de Worksop. Ante los señores F. J. S. Foljambe, R. Eddison y S. Smith. John Priestley, se confiesa culpable de atacar al Reverendo Leslie Graham. El acusado, que estaba ebrio, llevaba un cochecito

de niño que empujó contra un camión, éste al volcar hizo que el bebé cayera al suelo. El camión pasó por encima del cochecito, pero el bebé salió indemne. El acusado entonces agredió al conductor y luego al denunciante, quien le había recriminado su conducta. A consecuencia de los daños que sufrió la víctima se hizo necesario el cuidado médico. Multado con 40 chelines y los costes derivados de los daños ocasionados.

Tribunal de la Policía de West Riding en Rotherham. Ante los señores C. Wright y G. Pugh y el Coronel Stoddart. Benjamin Storey, Thomas Brammer y Samuel Wilcock, bajo los cargos de caza furtiva. Un mes de prisión para cada uno.

Tribunal de la Policía del Condado de Southampton. Ante el Almirante J. C. Rowley, Mr. H. H. Culme-Seymour y otros Jueces. Henry Thorrington, bajo los cargos de dormir en la calle. Siete días de prisión.

Tribunal de la Policía de Eckington. Ante el Corregidor L. B. Bowden, los señores R. Eyre, H. A. Fowler y el Dr. Court. Joseph Watts, bajo los cargos de robar nueve helechos de un jardín. Un mes de prisión.

Tribunal Inferior de Ripley. Ante los señores J. B. Wheeler, W. D. Bembridge y M. Hooper. Vincent Allen y George Hall, bajo los cargos que quedan establecidos en la Ley Preventiva de Caza Furtiva, habiéndoseles hallado en posesión de cierto número de conejos, y John Sparham, bajo los cargos de prestar ayuda y complicidad. Hall y Sparham multados con 1 libra, 17 chelines y 4 peniques, y Allen con 2 libras, 17 chelines y 4 peniques, incluyendo los costes derivados de los daños ocasionados; los dos primeros finalmente serán depositados en prisión durante catorce días, mientras que el último deberá cumplir un mes de condena por no poder hacer frente al pago.

Tribunal de la Policía del Suroeste, Londres. Ante Mr. Rose. John Probyn, bajo los cargos de herir a un agente de la autoridad. El prisionero arremetió a golpes contra su mujer y atacó a otra mujer que le recriminó su brutalidad. El policía trató de persuadirlo para que entrara en su casa, a lo que el acusado se negó propinándole primero un puñetazo en el rostro, para después patearlo mientras yacía en el suelo e intentar estrangularlo. Al final, el prisionero le dio una patada al agente en una zona muy delicada, infligiéndole una lesión que le mantendrá apartado del servicio durante una larga temporada. Seis semanas de prisión.

Tribunal de la Policía de Lambeth, Londres. Ante Mr. Hopkins. La «pequeña» Stuart, de diecinueve años, descrita como corista, bajo los cargos de intento de fraude a Emma Brasier al lucrarse de comida y alojamiento por un valor de 5 chelines mediante falsos pretextos. Emma Brasier, la denunciante, está al cuidado de una casa de huéspedes en Atwell Road. La acusada se hizo con una habitación aduciendo que trabajaba en el Teatro

Crown. Tras permanecer en la casa unos días, Mrs. Brasier realizó averiguaciones y al descubrir que la historia de la joven era falsa la denunció. La prisionera se defendió ante el Juez alegando su escasa salud para poder trabajar. Seis semanas de trabajos forzados.

IMPRODUCTIVIDAD

Me detuve unos minutos para tratar de escuchar una disputa en el Mile End Waste. Era de noche, y se trataba de trabajadores de la clase más aventajada. Uno de ellos estaba rodeado por el resto, un individuo de unos treinta años, de expresión afable, al que los demás se dirigían con bastante énfasis.

— ¿Pero qué puedes decir de esa inmigración barata? —requería uno de ellos—. ¿Los judíos de Whitechapel, digo, que tratan de rebanarnos el gaznate?

—No podéis responsabilizarlos —fue la respuesta—. Están aquí para lo mismo que nosotros, tienen que buscarse la vida. El hombre que se ofrece a trabajar más barato que tú y se hace con tu empleo no es el culpable.

— ¿Qué hay entonces de nuestras mujeres y chiquillos? —le insistió el otro.

—Ahí lo tienes —obtuvo por respuesta—. ¿Qué pasa con la esposa y los chiquillos del hombre que trabaja por menos dinero y te ha quitado el empleo?, ¿eh?... Él está más preocupado en proteger a los suyos que a los tuyos, y no está dispuesto a verlos padecer de hambre. El resultado es que él trabaja por menos dinero y a ti te despiden. Pero no hay que culparlo, pobre diablo. Él no puede hacer nada. Cuando dos hombres andan detrás del mismo empleo los jornales bajan. La culpa la tiene la competencia, no el hombre que rebaja el precio de su trabajo.

—Pero el jornal no baja cuando hay un sindicato obrero —le objetó ahora.

—Has vuelto a dar justo en el clavo. El sindicato modera la competencia entre los obreros, pero al mismo tiempo provoca un endurecimiento de las condiciones donde no está establecido. Es precisamente ahí donde entra el trabajo barato de los de Whitechapel. No necesitan ser especialmente hábiles, además no tienen sindicatos, así que entre ellos mismos se rebanan el cuello, y a nosotros, si se tercia, más aún si no pertenecemos a un sindicato fuerte.

Sin ir más allá en la discusión, aquel hombre de Mile End Waste había puesto de relieve la siguiente evidencia: cuando dos hombres se interesan por el mismo puesto de trabajo, el salario obligatoriamente baja. Si hubiese

estudiado más concienzudamente el tema, se habría dado cuenta de que incluso con un sindicato, por ejemplo uno de veinte mil miembros, sería imposible mantener los salarios si otros veinte mil desocupados intentaran derribar los sindicatos. Encontramos un extraordinario ejemplo ahora con el regreso y desbandada de los soldados de África del Sur. Regresan decenas de millares de hombres y se encuentran con que han pasado a las filas del ejército de los desocupados. De modo generalizado en el país se está produciendo un descenso de los salarios, a lo que hay que sumar los conflictos laborales y las huelgas, lo cual supone cierta ventaja para los parados, que no dudan en recoger las herramientas abandonadas por los que se manifiestan.

Sudor, sueldos de miseria, ejércitos de desocupados e ingentes cantidades de personas sin techo y desamparadas son consecuencias inevitables cuando hay muchos más hombres para trabajar que empleos. Las personas que he podido conocer en las calles, en los clavos y en las espitas, no estaban allí por el deseo de llevar ese tipo de vida, que suele ser considerada como un «muelle flexible». Creo que a través de las penalidades que he descrito dejo suficiente constancia de que su existencia podría tildarse de cualquier cosa menos de «flexible».

Aquí en Inglaterra, es mucho más soportable trabajar por veinte chelines semanales, y tener así comida y cama, que vagabundear. Aquel que recorre las calles sufre y trabaja más duro, para no obtener nada a cambio. He descrito cómo transcurren sus noches y cómo, empujados por el agotamiento, acuden al albergue en busca de descanso y reposo. Pero el albergue no es nada «flexible». Recolectar cuatro libras de estopa, picar centenares de piedras o tener que llevar a cabo las tareas más repugnantes, para poder recibir una despreciable comida y un miserable cobijo, es un absoluto exceso llevado a cabo por parte de las personas responsables. En cuanto a las autoridades, es puro saqueo. Dan a los hombres por su trabajo mucho menos de lo que les pagan los patronos capitalistas. Si recibieran un sueldo de una empresa privada, podrían aspirar a mejores camas, mejor alimentación, mucho más ánimo y por encima de todo ello, más libertad.

Como decía, es un abuso del que regenta el albergue. Y son conscientes de ello, como así lo demuestra el hecho de que rechazan a los que están físicamente exhaustos. ¿Por qué lo hacen? No porque sean trabajadores desalentados. La verdad es otra muy diferente: son vagabundos. En Estados Unidos, el que vagabundea nunca trabaja.

Considera que su forma de vida es mucho más plácida que si trabajara. Algo que no ocurre en Inglaterra. Aquí los poderes hacen todo lo posible para que el desánimo cale hondo en el que vagabundea, que ya es, en honor a la verdad, una criatura absolutamente desalentada. Ellos saben que con dos chelines diarios, equivalentes a sólo cincuenta centavos, podrían comprar

alimentos para tres copiosas comidas, pagar una cama y aún le quedarían un par de peniques en el bolsillo. Preferirían trabajar por esos dos chelines que la caridad del albergue, porque así no tendrían que trabajar tan duro ni recibirían un trato tan humillante. Pero no podrá ser, hay más hombres dispuestos a realizar un trabajo que trabajo disponible.

Una situación como la descrita deriva en una criba. En cada una de las ramas de la industria a los menos productivos se los elimina. Este individuo ya no puede ascender, sino descender y continuar descendiendo hasta llegar a un nivel donde se le considere rentable en este entramado industrial. Por lo tanto, los menos eficaces descenderán hasta lo más bajo, al matadero, donde desdichadamente perecerán.

Una simple ojeada sirve para confirmar que los confinados al puesto más ínfimo están, por regla general, tan hundidos moral y físicamente como los restos de un naufragio. La excepción son los recién llegados, que están en el inicio de ese proceso que les llevará a la ruina. Debemos recordar que todas las fuerzas en este país son por naturaleza destructivas. El vigor de un cuerpo (que ha llegado a ese estado porque su cerebro no es rápido ni está capacitado) se torcerá y retorcerá velozmente hasta deformarse; la mente clara (en esa situación por culpa de su débil cuerpo) se obstruye y se adultera a pasos agigantados. La mortalidad es exorbitante, pero, incluso entonces, la vida se ensaña reservándoles una lenta agonía.

Como vemos, el Abismo y los mataderos han sido contruidos. En todo el tejido industrial la eliminación se produce de modo constante. Los improductivos son despedidos y enviados a los bajos fondos. La ineficacia se presenta de diversas formas. El mecánico que se muestra desordenado o que no es responsable se irá hundiendo hasta encontrar un lugar reservado para él, pongamos que como trabajador eventual, ocupación irregular donde las haya, que requiere muy poca o ninguna responsabilidad. Aquellos que son lentos y desmañados, que sufren en sus mentes y en sus carnes la flaqueza, o que carecen de vitalidad, tienen como destino caer, a veces rápidamente y otras peldaño tras peldaño, hasta llegar al final. Del mismo modo se verá abocado el trabajador efectivo que deje de serlo a causa de un accidente. Igual que el trabajador que envejece y al que se le entumecen las fuerzas y le falla la memoria, empezará ese terrible descenso sin otra parada posible que el fondo del Abismo y la muerte.

En última instancia, los datos que se desprenden de las estadísticas de Londres son aterradores. El número de habitantes londinenses representa una séptima parte de la población total del Reino Unido, y en Londres, año tras año, una de cada cuatro personas mayores muere a cargo de la caridad pública, ya sea en albergues, hospitales o asilos. Si nos atenemos al hecho de que las personas de bien no se encuentran con esa suerte de final, queda evidenciado

que éste es el fatal destino de uno de cada tres trabajadores.

Para ejemplificar cómo un buen trabajador puede de repente convertirse en improductivo y lo que entonces le sucede, no me puedo resistir a la tentación de narrar el caso de M'Garry, un hombre de treinta y dos años, habitual del albergue público. El siguiente fragmento es un extracto literal del informe anual del sindicato.

Yo trabajaba en la fábrica de Sullivan, en Widnes, más conocida como la British Alkali de Trabajos Químicos. Estaba trabajando en una barraca, y tenía que cruzar por el patio. Eran las diez de la noche y ya no había luz. Mientras cruzaba el patio noté que algo me apesaba la pierna y me la estrujaba. Quedé inconsciente; no sé qué ocurrió en uno o dos días. El siguiente domingo por la noche volví en mí y me encontré en el hospital. Le pregunté a la enfermera qué había pasado con mis piernas, me contestó que ambas habían sido amputadas.

En el patio había una manivela fija, instalada en un agujero en la tierra de 18 pulgadas de longitud, 15 pulgadas de profundidad y otras 15 de ancho. La manivela giraba a tres revoluciones por minuto. No había valla de protección ni nada que la cubriera. Desde mi accidente, lo han inutilizado todo y han cubierto el agujero con una plancha de hierro... Me dieron 25 libras. No como indemnización, sino que tal como me dijeron lo consideraban una obra de caridad. Nueve libras las invertí en una silla de ruedas con la que poder moverme.

Estaba en mi puesto de trabajo cuando perdí las piernas. Ganaba veinticuatro chelines semanales, algo más que el resto porque me las ingeniaba para hacer varios turnos. Siempre era el elegido para hacer las tareas más duras. Mr. Manton, el administrador, me visitó varias veces en el hospital. Cuando empecé a recuperarme un poco, le pregunté si sería posible encontrarme otro puesto. Me contestó que eso no iba a suponer problema alguno, que la empresa se hacía cargo de lo que me había sucedido. No me faltaría de nada en ningún caso... Pero Mr. Manton dejó de visitarme, y en su última visita me comentó que tenía pensado proponer a la dirección que me dieran cincuenta libras como señal, para que pudiese volver a mi hogar en Irlanda con mis amigos.

¡Pobre M'Garry! Recibía un salario superior que sus compañeros porque era ambicioso y hacía turnos extra, cuando el trabajo era más duro era el elegido. De repente sucede el fatal accidente y se ve obligado a acudir al albergue. La única alternativa era regresar a Irlanda y que sus amigos cargaran con él para el resto de su vida. Sobra cualquier comentario.

Queda claro que la productividad no la determinan los propios trabajadores, sino la demanda de trabajo. Si tres hombres aspiran a un mismo

empleo, se hará con él el más eficiente. Los otros dos, no importa lo competentes que sean, se han convertido en ineficaces. Si Alemania, Japón y Estados Unidos absorbieran por completo el mercado mundial del acero, el carbón y los textiles, cientos de miles de obreros ingleses perderían sus trabajos. Algunos emigrarían, pero el resto se abalanzaría sobre las industrias que hubiesen permanecido. Una tremenda sacudida asolaría a los trabajadores llevándolos hasta el límite; cuando se tornara a la normalidad, la cantidad de improductivos en el borde del Abismo habría aumentado en cientos de miles. Desde otro punto de vista, si el trabajo se mantuviera y los obreros fuesen capaces de doblar su productividad, tampoco variaría el número de ineficaces, aunque multiplicaran su competencia siempre habría quien los superara.

Cuando hay más hombres para trabajar que empleos disponibles, todos los excedentes serán declarados inservibles y su suerte irrevocable será la de sufrir una prolongada y penosa aniquilación. Los próximos capítulos tienen como propósito, a través de su trabajo y su modo de vida, mostrar cómo los improductivos son arrancados como malas hierbas al tiempo que los poderes de la sociedad industrial actual los reproduce continua y brutalmente.

SALARIOS

Cuando conocí el dato de que en Londres había 1.292.737 personas con unos ingresos de veintiún chelines o menos por semana y familia, quise saber la manera en que estas familias los invierten en su subsistencia. Sin tener en cuenta a familias integradas por seis, siete, ocho y hasta diez miembros, he confeccionado la tabla siguiente en base a una familia de cinco miembros: padre, madre y tres hijos; también he establecido que 5,25 dólares equivalgan a veintiún chelines, cuando actualmente su valor sería de unos 5,11 dólares:

Alquiler	\ 1.50
Pan	\ 1.00
Carne	\ 0.87 1/2
Hortalizas	\ 0.62 1/2
Carbón	\ 0.25
Té	\ 0.18
Petróleo	\ 0.16
Azúcar	\ 0.18
Leche	\ 0.12

Jabón	\ 0.08
Mantequilla	\ 0.20
Leña	\ 0.08
Total	\ 5.25

El análisis de una única partida muestra el pequeño margen que hay para gastar. Pan, \$1; para una familia de cinco miembros un dólar de pan a la semana equivale a una ración diaria por valor de 2,8 centavos; si comen tres veces al día, a cada uno le corresponderá 9,5 milésimas de dólar, un poco menos de medio penique. Y el pan es el alimento al que más dinero se destina. Tendrán menos carne para cada uno en cada comida, y menos hortalizas aún. El resto de partidas, dado su ínfimo valor, no pueden ser tomadas en cuenta. Además, todos los productos alimenticios se adquirieren en pequeñas tiendas al por menor, que son más caras.

Los datos reflejan que no se pueden permitir despilfarros, ni saciar en exceso los estómagos, no les queda absolutamente nada sobrante. La guinea se gasta sólo en comida y alquiler. Nada en los bolsillos. Si el padre se toma una jarra de cerveza, la familia ve reducida su alimentación; y esta merma se cobrará su equivalente en su rendimiento físico. Nadie de esa familia puede utilizar autobuses o tranvías, no pueden mantener correspondencia, salir, acudir a «teatrillos» baratos de variedades, ingresar en clubes sociales o de beneficencia, ni comprar chucherías, tabaco, libros o periódicos.

Y lo que es peor, si uno de los niños (y son tres) necesita un par de zapatos, la familia dejará de comer carne durante una semana para poder pagar la factura. Son cinco pares de pies necesitados de calzado, cinco cabezas que requieren sombreros y cinco cuerpos que se han de vestir, que además están bajo la constante amenaza de leyes que castigan la falta de decoro, por lo que están obligados a mermar constantemente su condición física para abrigarse y evitar así la cárcel. Hay que destacar que cuando alquiler, carbón, petróleo, jabón y leña se restan de la renta semanal, sobran tan sólo nueve centavos por día y por persona para alimentos; y si éstos se destinan a otra cosa se perjudica el bienestar físico.

Todo esto ya es suficientemente duro. Pero supongamos que el padre se rompe una pierna o el cuello. Los nueve centavos por día y persona para alimentos se esfuman, el medio penique de pan por comida desaparece; al finalizar la semana ni siquiera tendrán dinero suficiente para pagar el alquiler. Su hogar pasará a ser la calle o el albergue, o una guarida miserable, en alguna parte, donde la madre luchará con uñas y dientes en su empeño de mantener a la familia unida con los diez chelines que ella puede ganar.

Hemos analizado el caso de una familia de cinco miembros pero, como

decíamos, en Londres hay 1.292.737 personas con una renta semanal de veintiún chelines o menos por familia. Y existen proles más numerosas, muchas familias que tienen que vivir con menos de veintiún chelines, y muchos empleos inestables. La pregunta que de forma natural nos planteamos es: ¿cómo viven? La respuesta es que no viven. No saben lo que es la vida. Subsisten casi como animales hasta que la piadosa muerte los recoge.

Antes de iniciar el descenso que nos ha de llevar a las profundidades más infames, fijemos nuestra atención en el caso de las señoritas de los servicios de telégrafos. Puras y lozanas damiselas inglesas para las que resulta imprescindible llevar un nivel más alto de vida que el de esas pobres bestias. De otro modo, no podrían conservar su condición de doncellas inglesas. Al empezar en su empleo, una telefonista gana a la semana once chelines. Si es rápida e inteligente, al cabo de cinco años puede aspirar a un sueldo máximo de una libra. No hace mucho tiempo Lord Londonderry confeccionó una tabla donde se detallan los gastos de este colectivo. Es la siguiente:

Alquiler, fuego y luz	7 chelines
Comida en casa	3 chelines
Comida en oficina	4 chelines
Transportes	1 chelines
Lavandería	1 chelines
Total	18 chelines

Se quedan sin nada para ropa, ocio o una posible enfermedad. E incluso muchas de ellas ni siquiera reciben dieciocho chelines, se las tienen que arreglar con once, doce o como mucho catorce chelines semanales. Y necesitan ropa y algo de dinero para pasarlo bien, y...

El Hombre es en ocasiones injusto con el Hombre

Y siempre con la Mujer.

En el Congreso de Sindicatos que se está llevando a cabo en Londres, el Sindicato de obreros del Gas se ha movilizad para que el Comité Parlamentario apruebe una ley que prohíba el empleo de menores de quince años. Mr. Shackleton, miembro del Parlamento y representante de los obreros textiles de los Condados del Norte, se mostró contrario a la propuesta en nombre de los intereses de los obreros, quienes, según afirmó, no podían permitirse el lujo de prescindir de las ganancias que aportaban sus hijos y vivir sólo con sus sueldos. Finalmente 514.000 trabajadores votaron en contra, mientras que 535.000 lo hicieron a favor. Es evidente que cuando un total de 514.000 obreros se oponen a que los menores de quince años no trabajen es porque una aplastante mayoría de adultos reciben un sueldo muy por debajo de

lo estrictamente necesario para subsistir.

He tenido ocasión de hablar con mujeres de Whitechapel que reciben menos de un chelín por doce horas de infatigable trabajo en los talleres de corte y confección; y con las pantalonerías, que reciben la innoble cantidad de tres a cuatro chelines semanales.

No hace mucho salió a la luz el caso de unos empleados de una rica casa de negocios a los que se les pagaba con el alojamiento y seis chelines semanales por trabajar dieciséis horas durante seis días. Los hombres que se pasean con pancartas publicitarias colgadas de sus cuerpos cobran catorce peniques diarios. Las ganancias medias semanales de los vendedores ambulantes y fruteros nunca son superiores a los diez o doce chelines. El salario medio de los trabajadores comunes es inferior a los dieciséis chelines semanales, exceptuando a los estibadores del muelle, que nunca sobrepasan los ocho o nueve chelines. Estos ejemplos han sido tomados de los informes de una comisión real y son completamente auténticos.

Traten de concebir por un momento a una mujer mayor, agotada y moribunda, que además de mantenerse ella misma saca adelante a cuatro niños y paga el alquiler de tres chelines semanales, haciendo cajas de cerillas a dos peniques y cuarto la gruesa. ¡Doce docenas de cajas por esa miseria y teniendo que poner de su bolsillo la pasta y el hilo! No sabe lo que es un día de descanso, ni siquiera por enfermedad, para reposar o divertirse. Todos y cada uno de sus días, domingos incluidos, trabajó afanosamente durante catorce horas. En un día podía elaborar hasta siete gruesas, por las que cobraba un chelín, tres peniques y tres cuartos. Una semana eran noventa y ocho horas de trabajo, en las que podía llegar a hacer 7.066 cajas de cerillas y ganar cuatro chelines, diez peniques y un cuarto, cifra a la cual todavía le tenía que restar el importe de su hilo y la pasta.

El año pasado, Mr. Thomas Holmes, capellán de renombre en los tribunales policiales, después de escribir sobre las condiciones de las mujeres trabajadoras, recibió la siguiente carta, con fecha 18 de abril de 1901:

Señor: Espero que sepa disculpar la licencia que me tomo, pero después de haber leído lo que dice sobre las pobres mujeres que trabajan catorce horas diarias para ganar diez chelines por semana, le ruego que tenga en cuenta mi caso. Soy una confeccionista de corbatas que, después de trabajar toda la semana, no gano más que cinco chelines, y tengo un pobre marido enfermo al que cuidar que no ha ganado ni un penique en diez años.

¡Imagínense a una mujer capaz de escribir con esta claridad, sensibilidad y buena ortografía, manteniéndose ella y su marido con cinco chelines a la semana! Mr. Holmes fue a verla. Para entrar en el cuarto había casi que encogerse, dado el escasísimo espacio. Allí estaba postrado el marido

enfermo; allí trabajaba ella todo el día, cocinaba, comía, lavaba y dormía; ambos se enfrentaban allí a todo lo que depara la vida y la muerte. No había ningún sitio donde el capellán pudiera sentarse, excepto la cama, cubierta en su mayoría por corbatas y telas de seda. El hombre tenía prácticamente los pulmones destrozados. Tosía y expectoraba constantemente y la mujer interrumpía su trabajo para atenderlo en aquellos ataques. La lanilla que desprendía la seda de las corbatas lo perjudicaba; de hecho se perjudicaban mutuamente, porque la enfermedad tampoco era buena para las corbatas, ni para los comerciantes y compradores que habrían de llegar.

Otro caso por el que se interesó Mr. Holmes fue el de una niña, de doce años, acusada por los tribunales policiales de robar comida. Se encontró con que ella y su madre tenían que cuidar de otro niño de nueve años, otro chiquillo cojo de siete y un tercero más pequeño. La madre era viuda y se dedicaba a la confección de blusas. Pagaba un alquiler semanal de cinco chelines. Éstas son sus últimas anotaciones en el libro de cuentas: Té: medio penique; azúcar: medio penique; pan: un cuarto de penique; margarina: un penique; petróleo: un penique y medio; leña: un penique.

Amas de casa en desahogada situación, traten de imaginar lo que supone comprar y mantener una casa con semejantes ingresos, con cinco bocas que alimentar en la mesa, teniendo que procurar que su hija de doce años no robe comida para sus hermanos pequeños, mientras usted cose, cose y sigue cosiendo una abominable cantidad de blusas que son su peor pesadilla, que extendidas se alejan para adentrarse en la penumbra para bajar luego hasta su desgraciado ataúd, el agujero que la espera.

EL GHETTO

Hace tiempo las naciones de Europa expulsaron a los que consideraban como indeseables judíos a ghettos urbanos.

Hoy en día los amos económicos, mediante tretas menos arbitrarias aunque no menos crueles, han expulsado a los indeseables pero necesarios obreros a unos ghettos de extraordinaria e inmensa pobreza. El East End de Londres es uno de esos ghettos, en los que los ricos y poderosos no residen, donde los viajeros no acuden y donde dos millones de trabajadores se mueven como un enjambre, se reproducen y mueren. No hay que suponer que todos los trabajadores de Londres se concentran en el East End, pero existe una clara tendencia a que así sea. Los derribos constantes que asolan los barrios marginales de la ciudad atraen a una gran corriente de gente sin hogar hacia esta zona. En doce años, un barrio conocido como «El Londres de más allá de

la Frontera», situado por detrás de Aldgate, Whitechapel y Mile End, ha visto incrementada su población en 260.000 o más habitantes, o lo que es lo mismo, en más de un sesenta por ciento. Las iglesias, por citar un ejemplo, sólo tienen asientos para uno de cada treinta y siete miembros de este barrio.

El East End se conoce comúnmente como la «Ciudad de la Espantosa Monotonía», sobre todo por aquellos que tienen el estómago rebosante y satisfecho, turistas optimistas, que sólo aprecian lo superficial y quedan estupefactos por tal acumulación de ruindad. Si el East End no mereciese un apodo peor que la Ciudad de la Espantosa Monotonía, y si sus gentes trabajadoras no fuesen indignos de cualquier expresión de belleza y asombro, no sería un lugar tan pésimo en el que vivir. Pero sin duda el East End merece un sobrenombre aún peor. Debería llamarse la «Ciudad de la Degradación».

No es una ciudad de calles miserables, como algunos imaginan, sino una enorme y mísera calle. Desde la perspectiva de la simple salubridad humana, cualquier mezquina calle, y todos sus sórdidos callejones, es completamente ruin. Visiones y sonidos que no debería ver ni escuchar ningún niño, son allí inevitables. Es un lugar en el que ningún niño tendría que crecer. Un lugar al que ni usted ni yo llevaríamos a nuestras esposas porque ninguna mujer debería vivir allí. Porque aquí, en el East End, las más brutales obscenidades y vulgaridades inundan la vida. No hay intimidad. Lo malo corrompe lo bueno, todo se degrada. La inocencia de los niños, que es esencialmente dulce y hermosa, en el East End sin embargo caduca tempranamente; deberíamos rescatarlos antes de que abandonen sus cunas, de lo contrario en su primera niñez serán tan mezquinamente sabios como sus mayores.

Si aplicamos una simple Regla de Oro, convendremos en que el East End es un lugar poco apropiado para cualquiera. Donde no quieras que tus hijos vivan, crezcan y aprendan por sí mismos lo que significa la vida, no es lugar para los hijos de otros hombres. Esta Regla de Oro es tan lógica como necesaria. La política económica y la supervivencia de los acomodados pueden irse al diablo si dicen otra cosa. Lo que no es suficientemente bueno para uno mismo tampoco lo será para otros hombres, y no hay nada más que añadir.

En Londres hay 300.000 personas, divididas en familias, que viven en casas con una única habitación. Muchos, muchísimos más, viven en casas de dos y tres habitaciones, amontonados de mala manera, cualquiera que sea su sexo, igual que los que sólo disponen de una habitación. La ley exige 400 pies cúbicos por persona. En los barracones militares a cada soldado le corresponden 600 pies cúbicos. El Profesor Huxley, que fuera médico oficial en el East End, siempre sostuvo que cada persona debería disponer de 800 pies cúbicos para que el espacio pudiera ventilarse con aire puro y renovado. Todavía en Londres hay 900.000 personas viviendo en menos de los 400 pies

cúbicos que recomienda la ley.

Mr. Charles Booth, quien durante años se dedicó a clasificar sistemáticamente a la población trabajadora, considera que un total de 1.800.000 personas son pobres o muy pobres. Es interesante definir el término pobre tal como él lo entiende. Pobres serían aquellas familias que ingresan a la semana entre dieciocho y veintiún chelines. Las personas muy pobres serían los que se sitúan por debajo de este umbral.

La clase trabajadora está siendo cada vez más marginada por los poderes económicos; en este proceso, haciéndolos vivir amontonados en lugares atestados, se tiende no sólo a la inmoralidad sino a la amoralidad. A continuación presento un extracto de una reunión del Consejo de los Condados de Londres, escueto y conciso; en 61 se puede apreciar el importante caudal de horror que se vislumbra entre líneas:

Mr. Bruce preguntó al Presidente de la Asamblea si el Comité de Salud Pública había reparado en la cantidad de graves casos de hacinamiento que se estaban dando en el East End. En St. Georges Est una familia de ocho miembros ocupaba una pequeña habitación. Se trataba de cinco hijas, cuyas edades eran de veinte, diecisiete, ocho, cuatro años y un bebé, y tres hermanos, de quince, trece y doce años. En Whitechapel un matrimonio y sus tres hijas, de dieciséis, ocho y cuatro años, y dos hermanos, de diez y doce años, ocupaban una estancia aún más pequeña. En Bethnal Green un hombre, su mujer, con cuatro hijos de veintitrés, veintiuno, diecinueve y dieciséis años, y dos hijas de catorce y siete años vivían también en un solo cuarto. Preguntó si no era responsabilidad de las diferentes autoridades locales tomar medidas con las que evitar estos graves hacinamientos.

Pero con 900.000 personas viviendo en la actualidad en condiciones que no se ajustan a lo establecido por la ley, las autoridades están desbordadas de trabajo. Cuando los que se hacinan son desahuciados, corren a refugiarse en cualquier otro agujero; se mudan de noche, con carritos que empujan ellos mismos (en los que caben todas sus propiedades y los niños adormilados), así que es imposible seguirles la pista. Si el Acta de Salud Pública de 1891 fuese de repente puesta en práctica, 900.000 personas recibirían al unísono la orden de desalojo e inundarían las calles; se tendrían que construir 500.000 nuevas viviendas para respetar la ley.

Las callejuelas parecen meramente miserables desde fuera; traspasados los muros hallamos sordidez, dolor y tragedia. La dramática historia que les voy a narrar a continuación puede hacernos sentir repugnancia, pero en cualquier caso no debemos olvidar que el hecho de que sea real es mucho más repugnante. En Devonshire Place, de Lisson Grove, hace algún tiempo fue encontrado el cadáver de una mujer de setenta y cinco años. Durante las

pesquisas para indagar la causa el oficial del juez instructor relató que «todo lo hallado en el cuarto ha sido un montón de harapos cubiertos de bichos. Se había sentido sofocado por la presencia de estos insectos. La habitación estaba en unas condiciones imposibles, nunca había visto nada parecido. Absolutamente todo estaba cubierto de bichos».

El doctor por su parte declaró: «Encontré el cuerpo de la difunta sobre el guardafuegos de la chimenea. Llevaba puesto un vestido y unas medias. El cuerpo estaba invadido por los insectos, y toda la habitación parecía gris por el efecto que producían estos insectos posados por doquier. La difunta presentaba síntomas de desnutrición y estaba muy flaca. En sus piernas se podían apreciar grandes llagas y tenía las medias pegadas a las heridas. Los insectos eran la causa».

Un hombre presente en la ronda de entrevistas entregó este escrito: «Tuve la desdichada fortuna de ver el cadáver de esta desgraciada mujer en el depósito; e incluso su recuerdo me estremece ahora. Yacía en su nicho mortuario, con las huellas visibles de haber pasado mucha hambre, tanto que parecía un saco de huesos. Su pelo, lleno de mugre, era simplemente un nido de bichos. Sobre su huesudo pecho brincaban y rodaban cientos, miles, innumerables insectos

Si no es humano para su madre o para la mía hallar la muerte en tan atroces condiciones, tampoco lo es para esta mujer, madre de quien sea.

El Obispo Wilkinson, que ha vivido en Zululandia, recientemente dijo: «Ningún líder del pueblo africano permitiría esta mezcla promiscua de jóvenes mujeres y hombres, chicos y chicas», en clara referencia al hacinamiento en el que vivían los niños, que a los cinco años ya no tienen nada nuevo que aprender y sí mucho que olvidar de lo aprendido, aunque ya no hay vuelta atrás.

Cabe destacar que aquí en el ghetto las casas de los pobres generan mayores beneficios que las de los ricos. El pobre obrero no sólo está condenado a vivir como una bestia, sino que proporcionalmente paga mucho más que el rico por sus confortables amplios espacios. Los especuladores se han reproducido gracias a la lucha que mantienen los pobres por conseguir un techo. Hay mucha más gente que habitaciones, y un gran número se queda sin otra alternativa que la de los albergues públicos. No sólo se alquilan las casas, sino que se subalquilan y se sub-subalquilan, incluso las habitaciones.

«Alquilo parte de una habitación». Este anuncio colgaba no hace mucho de una ventana a unos cinco minutos andando de St. James's May. El Reverendo Hugh Price Hughes, buen conocedor del tema, asegura que las camas se alquilan bajo un sistema de tres turnos o relevos, es decir, tres individuos usan la misma cama, cada uno con derecho a ocho horas, de modo que nunca está

fría; el suelo de debajo de la cama también se alquila, con el mismo sistema. Los Inspectores de Sanidad no se extrañan al encontrar casos como el siguiente: en una habitación de 1.000 pies cúbicos, tres mujeres adultas en la cama y tres en el suelo, bajo el catre; o en una habitación de 1.650 pies cúbicos, un hombre adulto con dos niños en la cama, y dos mujeres mayores en el suelo.

He aquí el típico ejemplo de una habitación alquilada según el más que respetable sistema de turnos, en este caso de dos. Durante el día la ocupa una joven que trabaja en el servicio de noche de un hotel. Cuando a las siete se va a trabajar, llega el albañil. A las siete de la mañana, cuando él la deja libre para irse a la obra, ella regresa.

El Reverendo W N. Davies, rector de Spitalfields, elaboró un censo de población de alguno de los callejones de su parroquia. En él decía:

En un callejón hay 10 casas (51 habitaciones, casi todas de 8 pies por 9) y 254 personas. Sólo en seis casos dos personas ocupan una habitación; en todos los demás el número varía entre 3 y 9 personas. En otro patio interior con 6 casas y 22 habitaciones hay 84 personas (siempre con 6, 7, 8 o 9 individuos por habitación). En una casa con 8 cuartos conviven 45 personas (en una de las habitaciones 9 personas, en otra 8, en dos viven 7 y en la otra 6).

Vivir amontonados en el ghetto no es una costumbre sino una obligación forzada por las circunstancias. Cerca del cincuenta por ciento de los trabajadores pagan por el alquiler entre una cuarta parte y la mitad de sus sueldos. El precio medio del alquiler en gran parte del East End va desde los cuatro a los seis chelines semanales por habitación; hábiles y experimentados mecánicos, que ganan unos treinta y cinco chelines semanales, tienen que invertir quince chelines en dos o tres sofocantes antros en su lucha por encontrar algo parecido a un hogar. El precio de los alquileres aumenta sin parar. En una calle en Stepney los alquileres han pasado en dos años de trece a dieciocho chelines; en otra calle, de once a quince; mientras que en Whitechapel casas de dos habitaciones que costaban diez chelines, cuestan ahora veintiuno. Da igual la zona, en el este, oeste, norte y sur los alquileres no cesan en su imparable ascenso. Si los terrenos se valoran en 20.000 o 30.000 libras, alguien tiene que pagar al casero.

Mr. W C. Steadman, en un discurso en la Cámara de los Comunes para su electorado en Stepney, explicaba lo siguiente:

«Esta mañana, a menos de cien yardas de mi casa, me detuvo una viuda. Tiene seis hijos a los que mantener y paga por el alquiler de su casa catorce chelines semanales. Se gana la vida subarrendando espacio de su propia vivienda, al tiempo que lava y hace diversas faenas por horas. Con los ojos llenos de lágrimas me dijo que el casero le había subido el alquiler a dieciocho

chelines. ¿Qué podía hacer ella? No hay alojamientos en Stepney. Todo está ocupado y la gente vive hacinada».

La clase dominante y poderosa se asienta sobre la clase degradada, y cuando los obreros quedan marginados en el ghetto, no pueden escapar a ese creciente deterioro. Se ha creado un pueblo de mal desarrolladas y raquíticas gentes, una casta extraordinariamente diferente de la de sus amos, ciudadanos del asfalto, que han sido desposeídos del vigor y la fuerza. Los hombres son caricaturas de lo que podrían ser, y sus mujeres e hijos están pálidos, anémicos, con los ojos ensombrecidos, los hombros caídos, el cuerpo encorvado, y pronto han perdido proporción y belleza.

Pero por si no hubiera bastante, los hombres del ghetto son los desechados, troncos podridos abandonados para que sigan el curso de su destrucción natural. Durante cientos de años, los mejores han emigrado. Los hombres fuertes, con arrebato, iniciativa y ambición, se han puesto en camino hacia partes del globo más prometedoras y libres para crear allí nuevas tierras y naciones. Aquellos que carecen de auténtica fuerza en sus corazones y de una cabeza que gobierne sus brazos con determinación, así como los que no tienen esperanza alguna, se quedan para preservar la estirpe. Y año tras año los mejores de su casta les son arrebatados. Cada vez que un hombre vigoroso y de gran estatura ha conseguido crecer allí, es obligado a ingresar en el ejército. Un soldado, como dijo Bernard Shaw, «un heroico y patriótico defensor de su país en apariencia, es en realidad un desgraciado que por su miserable condición se ve obligado a convertirse en carne de cañón a cambio de alimento, refugio y ropas».

La constante selección de los mejores ha depauperado a los que quedan, restos tristemente deteriorados que en el ghetto están condenados a una caída sin fondo. El vino de sus vidas les ha sido arrebatado para que su sangre sea derramada por el resto de la tierra. Los que se quedan son como el poso de las infusiones; marginados del resto, sólo se relacionan entre ellos. Resultan indecorosos y brutales. Cuando matan, lo hacen con sus propias manos, que es como entregarse estúpidamente a los verdugos. No muestran una gran audacia en sus delitos. Destripan a un compañero con un cuchillo sin punta, o le rompen la cabeza con un bote de hierro, y luego se sientan a esperar a la policía. Pegar a la mujer es el privilegio masculino del matrimonio. Llevan inmensas botas con suelas de latón y hierro, y cuando le han puesto un ojo morado a la madre de sus hijos, la tiran al suelo para patearla como un caballo del oeste patearía a una serpiente de cascabel.

Una mujer de las clases más bajas del ghetto está tan esclavizada por su marido como una india squaw. De hecho, si yo fuese mujer y pudiese elegir preferiría ser una squaw. Los hombres dependen económicamente de sus amos, y las mujeres dependen de sus maridos. La consecuencia más clara es

que ella recibe la paliza que su marido le daría con gusto a su amo, y no puede hacer nada por evitarlo. Están los hijos, y él es el que gana el pan, no se atreve a enviarlo a la cárcel porque así mataría de hambre a los niños y a ella misma. Además es muy complicado conseguir pruebas que los culpabilicen cuando son llevados a los tribunales; por regla general, la maltratada esposa y madre acaba llorando y suplicando al Juez que ponga en libertad al marido por el bien de sus hijos.

Las esposas se convierten en arpías que se pasan el día gritando, pero cuando ya no les quedan fuerzas y se llegan a sentir como un perro pierden el amor propio y la decencia, que conservaban de sus tiempos de soltería y, hundidas en la depresión, descuidadas, se abandonan a la degradación y la suciedad.

A veces me siento consternado por mis propias generalizaciones sobre la masa miserable del ghetto y pienso que mis impresiones pueden resultar exageradas, que estoy demasiado cerca del cuadro y carezco de la perspectiva necesaria. En tales momentos encuentro conveniente desviar la atención al testimonio de otras personas para demostrarme también a mí mismo que no estoy recargando ni corrompiendo la realidad. Frederick Harrison, que siempre me ha sorprendido por su inteligencia y buen sentido, dice:

«Para mí por lo menos, es suficiente para condenar a la sociedad moderna por su penoso anquilosamiento en la esclavitud y el servilismo, si es que las condiciones actuales de la industria se hicieran permanentes, cuando el noventa por ciento de los auténticos creadores de riqueza no tienen ni siquiera una casa que puedan llamar suya; no tienen ni tierra o al menos una parcela que les pertenezca; no tienen nada, excepto unos pobres muebles viejos que pueden ser cargados en un pequeño carro; sólo disponen de la precaria fortuna de unos salarios semanales que apenas les permiten conservar la salud; habitan, en su mayoría, en lugares donde ningún hombre consideraría adecuado dejar a su caballo; están tan al borde de la miseria que un mes de malos negocios, una enfermedad o una pérdida inesperada, son más que suficiente para que se enfrenten cara a cara con el hambre y la indigencia... Pero por debajo de este estado normal del trabajador medio de la ciudad y el campo, se encuentra la gran cuadrilla de los marginados parias (el campamento que persigue al ejército industrial), al menos una décima parte de toda la población proletaria, que habitualmente están en condiciones de ruindad. Si éste ha de ser el orden permanente de la sociedad moderna, la civilización debe ser considerada como una maldición para la gran mayoría del género humano.»

¡El noventa por ciento! Las cifras son aterradoras, sin embargo el Reverendo Stopford Brooke, después de hacer un terrible retrato de Londres, se ve forzado a precisar que habría que multiplicarlas por medio millón. Son

éstas:

Cuando era párroco de Kensington a menudo encontraba familias que llegaban a Londres por la carretera de Hammersmith. Uno de esos días llegó un trabajador con su esposa, su hijo y dos hijas. La familia había vivido durante mucho tiempo en una hacienda en el campo y, con la ayuda de su trabajo y de las tierras comunales, había ido tirando. Pero llegó un día en que las tierras comunales fueron usurpadas, su trabajo ya no hacía falta y sin alboroto los echaron de su choza. ¿Dónde podían ir? Por supuesto a Londres, donde se suponía que había abundancia de trabajo. Disponían de algunos ahorros y pensaron que podrían conseguir dos habitaciones decentes en las que vivir. Pero la inevitable desgracia de Londres les esperaba. Buscaron alojamiento en los patios decentes y descubrieron que dos habitaciones les costarían diez chelines a la semana. La comida era cara y repugnante, el agua también era mala y en poco tiempo su salud se resintió. Era complicado encontrar trabajo, y los sueldos eran tan bajos que no tardaron en endeudarse. Fueron enfermando más y su desesperación también aumentaba en aquel entorno envenenado, negro, trabajando tantas horas; así que se vieron obligados a buscar una vivienda más barata. La hallaron en un patio que yo conozco muy bien, un nido de crimen y horrores inenarrables. Allí encontraron una habitación por la que pagaban un precio desorbitado para el lugar, y no sólo eso, sino que se les complicó el tema de encontrar trabajo al vivir en un lugar con tan mala reputación; cayeron en manos de quienes exprimen a un hombre, mujer o niño hasta su última gota de sudor, a cambio de unos sueldos que sólo alcanzaban para alimentar su desesperación. La oscuridad y la suciedad, la mala comida, las enfermedades y la falta de agua se habían agudizado; aquella apretura y la vecindad del patio los despojaron de toda dignidad posible. El diablo de la bebida se apoderó de ellos. En cada esquina del patio tenían una taberna. Habían huido hasta allí en busca de cobijo, de calor, de amigos y para olvidar su desgracia. Sin embargo acumulaban más deudas, tenían los sentidos abrasados y sus cabezas estallaban en llamas, deseosos de la bebida que les aliviara los males y por la que serían capaces de hacer cualquier cosa. En unos meses, el padre entró preso en la cárcel, la madre se estaba muriendo, el hijo se había convertido en un delincuente y las hijas deambulaban por las calles. Multipliquen esto por medio millón y estarán cerca de la realidad».

No se puede hallar en el planeta un espectáculo más denigrante que el «atroz East End», con sus barrios de Whitechapel, Hoxton, Spitalfields, Bethnal Green y Wapping, hasta los muelles de la India Oriental. El color con el que se presenta la vida aquí es gris y monótono. Todo ha quedado reducido a desamparo, desesperanza, abandono y suciedad. Una bañera es un objeto desconocido, algo tan ilusorio como la ambrosía de los dioses. La gente es sucia y cualquier tentación de aseo se convierte en una farsa, cuando no en

tragedia o drama. El viento transporta fétidos olores y la lluvia, cuando arrecia, se parece más a la grasa que al agua del cielo. Incluso los adoquines parecen haber recibido un baño de sebo. El resultado es una vasta y repugnante suciedad que bien podría haber escupido el Vesubio o el Mount Pelée.

La población está embotada y son poco dados a utilizar su imaginación, como los miles de grises y negruzcos ladrillos que alberga su paisaje. Abandonados también por la fe religiosa, sus únicas creencias se sustentan en un estúpido materialismo, fatal para el espíritu y los buenos instintos.

Solía decirse con orgullo que cada inglés tiene como hogar su propio castillo. Pero hoy en día es un anacronismo. Las gentes del ghetto no tienen hogares. Desconocen el significado de la sagrada vida hogareña. Incluso las casas municipales, donde vive la clase más acomodada de obreros, son barracas infestadas. No pueden considerarse hogares. El lenguaje que utilizan para referirse a ellas así lo corrobora. Cuando el padre que regresa de trabajar le pregunta a su hijo, que juega en la calle, por el paradero de su madre, éste contesta: «En los bloques».

Es una nueva raza, las gentes de las calles. Pasan su vida en el trabajo o en las calles. Utilizan sus guaridas y cubiles sólo para dormir. No se puede disfrazar el lenguaje y tildar a estos tugurios de «hogares». El inglés tradicional, silencioso y reservado, no existe. Las gentes del asfalto son alborotadoras, volubles, nerviosas, exaltadas... cuando todavía son jóvenes. A medida que envejecen la cerveza los inunda y los aturde. Cuando no tienen nada más que hacer, es como si se dedicaran a rumiar como el ganado. Se los encuentra en cualquier parte, parados en los bordillos de las aceras y las esquinas, con la mirada perdida. Fíjense en uno de ellos. Permanecerá quieto, impassible, durante horas, y cuando usted decida alejarse continuará absorto. No tiene dinero para cerveza y su cuarto sólo resulta apetecible para dormir, ¿qué le queda por hacer? Ha desvelado ya el misterio del amor con las jóvenes, del amor con la esposa e incluso el del amor de los hijos y sólo ha hallado en todo ello delirios y falsedades, vanas y fugaces sensaciones como gotas de rocío, que se desvanecieron ante la brutalidad que define su vida.

Como decía, los jóvenes se dedican a armar alboroto, son nerviosos y excitables; los que son un poco más mayores tienen la cabeza completamente hueca, son imperturbables y no demuestran interés por nada. Es absurdo plantearse que estén capacitados para competir con los trabajadores del Nuevo Mundo. Embrutecidos, sin agudeza y envilecidos, los nacidos en el Ghetto no podrán prestar un servicio eficiente a esa Inglaterra que lucha por la supremacía industrial que, según los economistas, es ya todo un hecho. No son válidos ni como obreros ni como soldados para esa Inglaterra que los tiene como hijos olvidados; y si Inglaterra pierde su poder industrial, morirán como

moscas sorprendidas por el final del estío. Si ya, en el último de los casos, Inglaterra entrara en una grave crisis, hambrientos y desesperados como bestias salvajes se convertirían en la peor amenaza, avanzando hacia otras zonas para dejarlas yermas como han hecho con el East End. Pero presas fáciles de las armas y la moderna maquinaria de guerra, morirían fácil y rápidamente.

CAFETERÍAS Y CASAS DE REPOSO

¡Otra expresión que pierde su originario esplendor, desposeída del encanto de la tradición que hace que las palabras perduren! Para mí, desde entonces, una cafetería puede traerme a la memoria cualquier cosa menos algo agradable. En la otra parte del mundo, su sola mención hacía que en mi imaginación se congregaran los innumerables clientes que las frecuentaban, en mi memoria aparecían caballeros, intelectuales y bohemios de Grub Street.

Pero aquí, en esta otra orilla del océano, desgraciadamente el nombre ha perdido su sentido. «Cafetería»: lugar a donde la gente acude a beber café. No era cierto. Allí no se podía conseguir un café ni por dinero ni por lástima. Podías pedirlo, entonces te servían una taza con un líquido parecido que al probarlo te embargaba de desilusión: aquello no era en absoluto café.

Y lo que digo sobre el café vale para las cafeterías. Normalmente los clientes habituales son trabajadores, y la grasa y la suciedad reinante hacen que ningún hombre pueda sentir allí el menor atisbo de decencia o de respeto por sí mismo. Manteles y servilletas brillan por su ausencia. Un hombre come sobre los restos del cliente anterior y deposita sus propios despojos allí mismo y en el suelo. En las horas en las que hay mayor concurrencia, me he visto obligado a abrirme paso por entre la inmundicia y basura que cubría el suelo y he comido porque mi abominable hambre me permitía hacerlo en aquellas condiciones.

Para los obreros esto no parece tener la menor importancia, a juzgar por su comportamiento en la mesa. Comer es necesario, así que no se andan con remilgos. Su voracidad es tan primitiva que, estoy convencido, obtienen una saludable y placentera digestión. Cuando antes de empezar su jornada de trabajo uno de estos hombres se detiene para pedir una jarra de té, que tiene de té lo que de ambrosía, se entiende que su estómago no está bien alimentado para todo un día de trabajo. Por este motivo ni él, ni mil como él podrán trabajar con el mismo empeño y cuidado con que otros mil hombres trabajarían si hubiesen comido carne y patatas en condiciones y hubiesen bebido café, que no aquella burda imitación.

Una jarra de té, salmón (o arenque ahumado), y dos rebañadas de pan y mantequilla son un excelente almuerzo para un trabajador londinense. Pero para ellos era absurdo pedir un filete de carne de cinco o seis peniques (el más barato), y si era yo quien lo pedía el propietario enviaba a alguien a buscarlo a la carnicería más cercana.

Cuando estuve preso en la cárcel de California por vagabundear recibí mejores alimentos y bebida que los que le dan un trabajador de Londres en sus cafeterías; y como trabajador americano he desayunado por doce peniques manjares que ningún trabajador británico soñaría jamás. Aunque él pagará por el suyo tres o cuatro peniques, que es lo que yo hubiese pagado si ganara su sueldo. Por otra parte, e insisto en ello, yo podré hacer una cantidad de trabajo que lo dejaría en ridículo. Es decir, la cuestión tiene dos vertientes. El hombre con un alto nivel de vida trabajara más y mejor que el hombre de nivel bajo.

Los marineros siempre hacen una comparación entre los buques mercantes ingleses y los americanos. Según dicen, en un barco inglés la comida es pobre, la paga escasa y el trabajo fácil; en un barco americano, la comida es abundante, la paga generosa y el trabajo duro. Algo trasladable a los trabajadores en tierra de ambos países. Los grandes barcos de vapor del Océano tienen que pagar por velocidad y vapor, lo mismo que ocurre con el trabajador. Si el trabajador no tiene suficiente para pagar, no tendrá ni velocidad ni vapor. La prueba que lo confirma es la llegada del trabajador inglés a América. Pondrá más ladrillos en Nueva York que en Londres, aún más en St. Louis, y todavía más cuando llegue a San Francisco. Su poder adquisitivo también ha ido aumentando constantemente.

A primera hora de la mañana, en las calles por las que pasan los obreros camino de su trabajo, muchas mujeres se sientan en las aceras con sacos de pan que sostienen en sus regazos. Los obreros se compran una pieza y se la van comiendo mientras prosiguen su camino. Ni siquiera lo acompañan con un té que les costaría un penique en las cafeterías. Está constatado que un hombre no puede llevar a cabo su trabajo con las fuerzas obtenidas con una comida como ésta, igual que está demostrado que las pérdidas de productividad afectan a su patrón y también a su nación. Hace algún tiempo que los estadistas lanzan sus gritos de «¡Despierta, Inglaterra!». Tendría más sentido si cambiaran su frase de protesta por «¡Aliméntate, Inglaterra!».

El trabajador no sólo sufre una pobre alimentación, sino que además la comida está en mal estado. Desde la puerta de una carnicería he visto cómo manadas de amas de casa manosean pedazos, cortes y jirones de carne de buey y de cordero... comida para perros en Estados Unidos. No pondría la mano en el fuego por la limpieza de las manos de esas amas de casa, ni por la higiene de los cuartos donde viven ellas y sus familias; sin embargo, hurgaban, descartaban y volvían a revolver aquella masa de carne en su afán de obtener

la mejor pieza. Me fijé en un pedazo de carne que resaltaba por su aspecto repugnante y lo seguí a lo largo de su peregrinaje por las manos de al menos una veintena de mujeres, hasta que al fin se lo quedó una pequeña mujer de aspecto tímido a quien el carnicero embaucó. Durante todo el día el montón de carne se iba reponiendo a medida que se lo llevaban, el polvo y la suciedad de la calle iba cayendo encima, las moscas se posaban y las manos sucias continuaban manoseándolos una y otra vez.

Por su parte, los vendedores ambulantes durante el día ofrecen fruta pasada, que muy a menudo guardan por la noche en las mismas habitaciones en que duermen. Expuesta a todos los microbios y enfermedades, a los efluvios e insanas exhalaciones de aquella gente que se amontona en un putrefacto cuartucho, al día siguiente vuelve a sacarse para ser vendida.

El desgraciado obrero del East End no sabe lo que es comer buena carne y fruta (de hecho, casi nunca llega a su boca, ni siquiera en pésimas condiciones); pero el obrero cualificado tampoco puede presumir de lo que come. Si nos atenemos a las «cafeterías», hermoso ejemplo, nunca llega a conocer el sabor del café, el té o el cacao. Las pócimas y el agua sucia que sirven en estos establecimientos tan sólo varían en sus misteriosas composiciones y su nivel de suciedad, no se aproximan ni tan siquiera a lo que usted y yo estamos acostumbrados a beber como té o café.

Recuerdo un pequeño incidente que tuve, relacionado con una cafetería cerca de Jubilee Street, en Mile End Road.

— ¿Me daría usted alguna cosilla por esto, hija? Lo que sea, no importa. No he hincado el diente en tó el día y estoy desmayá...

Se trataba de una anciana, ataviada con sus limpios harapos negros, con la palma de la mano extendida y sobre ella un penique. Aquélla a la que se dirigió como «hija» era una mujer de cuarenta años, propietaria y camarera del establecimiento.

Esperé, posiblemente con tanta ansia como la anciana, la respuesta a aquella súplica. Eran las cuatro de la tarde y la mujer parecía estar enferma y desfallecida. La otra dudó un momento, pero tras un breve instante le sirvió un gran plato de estofado de cordero con guisantes. Yo estaba comiendo lo mismo y bajo mi punto de vista el cordero era ya un carnero y los guisantes habían pasado hacía tiempo su más tierna juventud. La cuestión es que el plato costaba seis peniques y la propietaria se lo dejó en uno, demostrando una vez más el viejo dicho de que los pobres son los más caritativos.

La anciana, desbordante de gratitud, se sentó al otro lado de la estrecha mesa y atacó con voracidad el humeante estofado. Comíamos en silencio y sin interrupción, cuando de repente, en un estallido de alegría, me dijo en voz alta:

— ¡He vendió una caja de cerillas! Sí —confirmó aún más alegre y feliz—. ¡He vendió una caja de cerillas! Por eso tengo er penique.

—Debe tener usted unos cuantos años —insinué. —Ayer cumplí los setenta y cuatro —contestó, y continuó devorando su plato.

—Diantres, me gustaría ayudar a esta vieja, pero esto es lo primero que me echo a la boca en tó el día — me dijo espontáneamente el joven que se sentaba a mi lado—. Y gracias al chelín que me he ganao fregando ¡el Señor me bendiga!, no sé ni cuántos cacharros.

—No me ha salío ningún trabajo de mi oficio durante seis semanas — continuó como respuesta a mi pregunta—, ná excepto algunas benditas chapuzas.

Uno corre toda suerte de incidentes y conoce a todo tipo de gente en las cafeterías, tardaré en olvidar a una amazona cockney, en un lugar cerca de Trafalgar Square, a la que entregué un soberano para saldar mi cuenta. (Por cierto, la costumbre es que uno pague antes de empezar a comer pero, cuando se va mal vestido, entonces es una obligación.)

La joven apretó la pieza de oro entre sus dientes y la dejó caer en el mostrador para comprobar el sonido, después me miró, envuelto como iba en mis harapos, de arriba a abajo.

— ¿Dónde te has encontrado esto? —me preguntó finalmente.

—Algún ganso se lo debe haber olvidado en la mesa, ¿no crees? — repliqué.

¿A qué juegas? —inquirió sin dejar de mirarme a los ojos.

—Las fabrica el menda —dije yo.

Suspiró con aires de grandeza y me entregó el cambio en monedas de plata; fue el momento que yo aproveché para vengarme mordiendo y haciendo sonar las monedas como hiciera ella.

—Cóbrate otro penique por otro terrón de azúcar en el té —le propuse.

—Te veré en el infierno antes de que eso ocurra —ésa fue la educada respuesta a la que luego siguieron otras muchas lindezas no aptas para la lectura.

Nunca he sido muy agudo, pero aquella joven me había noqueado dejándome aturdido para la inventiva; me bebí de un sorbo el té como un hombre derrotado, mientras ella continuaba sus burlas incluso después de que yo saliera por la puerta.

Mientras en Londres 300.000 personas malviven en una sola habitación y

900.000 lo hacen de manera indigna e ilegal, 38.000 más viven en alojamientos conocidos en la jerga que se emplea en el ghetto como «casas de reposo». Existen diferentes clases de éstas, desde las más sucias y pequeñas a las más enormes, por las que se paga un cinco por ciento más y que son grandilocuentemente alabadas por la pretenciosa clase media que las desconoce totalmente, pero hay algo que las iguala a todas y es su condición de inhabitables. No es que los techos se caigan o haya goteras; lo que quiero decir es que la vida allí es totalmente indigna e insalubre.

«El hotel de los pobres», así se les llama a veces, pura ironía. No hay espacios para la privacidad, para estar solo: uno se ve obligado a abandonar su lecho a primera hora de la mañana; hay que pagar la cama por adelantado cada noche; y nunca tienes intimidad, lo cual es sin duda bastante diferente de la vida que se lleva en un hotel.

Con esto no pretendo condenar a esos alojamientos, privados o municipales, que hacen de hogares de los trabajadores. Nada más lejos de la intención de mis palabras. Han sido el remedio de muchas atrocidades, si pasamos por alto la irresponsabilidad de las pequeñas casas de reposo, y proporcionan a los trabajadores por su dinero más de lo que habían recibido nunca; pero eso no las hace habitables ni limpias, como debiera ser el lugar de descanso del hombre que trabaja todo el día.

Las pequeñas casas de reposo privadas son, por regla general, un horror que no admite adjetivación. Lo sé porque he dormido en alguna; pero permítanme hablarles de las más grandes y mejores. Cerca de Middlesex Street, en Whitechapel, entré en una de ellas, lugar habitado en su mayoría por trabajadores. Unos escalones descendentes precedían la entrada, desde la acera de la calle hasta el sótano del edificio. Después, dos oscuras habitaciones, en las que los hombres cocinaban y comían. Intenté hacer lo mismo que ellos pero los olores me robaron el apetito; así que me conformé con contemplar a los otros hombres mientras continuaban cocinando y comiendo.

Un obrero, que acababa de regresar de su trabajo, se sentó frente a mí en aquella basta mesa de madera y se puso a cenar. Un puñado de sal sobre la repugnante mesa era como su mantequilla. En él untaba su pan y acompañaba sus bocados con sorbos de té. Un trozo de pescado completaba el menú. Comía en silencio, mirando únicamente su plato. Aquí y allá, en todas las mesas, otros hombres también comían, en silencio. No se oía ni un pequeño murmullo de conversación. Un sentimiento de abatimiento general invadía la estancia sombría. Muchos permanecían absortos ante los restos de su cena, y me pregunté, como lo hiciera Childe Roland, qué mal habrían hecho para merecer aquel cruel castigo.

Había algo más de animación en la cocina, así que me aventuré hacia allí.

Pero el fétido olor era ahora aún más fuerte y las náuseas me obligaron a ir en busca del aire fresco de la calle.

A mi regreso, pagué cinco peniques por un «camarote», a cambio me entregaron una descomunal pieza de latón como comprobante, y me dirigí escaleras arriba al espacio destinado para los fumadores. Allí, un par de mesas de billar y varios tableros de damas servían de entretenimiento de trabajadores más jóvenes, algunos esperaban su turno para jugar, mientras otros, sentados alrededor, fumaban, leían y remendaban sus ropas. Los jóvenes parecían bulliciosos y alegres, los viejos melancólicos y tristes. Era como si los hombres se dividieran en dos clases, los más animados y los que parecían tristemente embriagados; la edad determinaba esa clasificación.

Esta habitación, como las del sótano, tampoco resultaba en absoluto acogedora como debería ser un hogar. No había nada, ni para usted ni para mí, que convocara a la memoria a recordar algo de lo que nosotros entendemos por hogareño. Las paredes estaban repletas de insultantes y descabellados avisos que establecían las normas para los huéspedes, a las diez en punto las luces se apagaban y no podía quedar nadie en pie. Había que bajar de nuevo al sótano, entregar el comprobante de latón a un fornido guardián para iniciar la escalada por un inacabable tramo de escaleras que nos había de conducir a la cumbre. Llegué hasta lo más alto del edificio para tener que bajar de nuevo, porque todas las plantas estaban atestadas de hombres que ya dormían. Los «camarotes» eran los sitios mejor acomodados, cada uno contaba con una pequeña cama y el espacio necesario para desvestirse. La ropa de cama estaba bastante limpia y la verdad es que no podía quejarme. Pero la intimidad estaba ausente, no se podía estar solo.

Para hacerse una idea de lo que es una planta llena de «camarotes», sólo tienen que imaginar un envase de cartón de huevos en el que cada receptáculo tiene siete pies de altura y las correspondientes proporciones adecuadas, coloquen esa ampliación en el suelo de una gran estancia, parecida a un granero, y ya lo tienen. Las diferentes celdas no están techadas, las paredes son tan delgadas que los ronquidos y cualquier movimiento llegan claramente a tus oídos. El camarote sólo te pertenece durante unas horas. Por la mañana te echan. No puedes dejar allí tus pertenencias, ni entrar y salir cuando quieras, o cerrar la puerta tras de ti, ni nada que se le parezca. De hecho, no hay ni puerta, sólo un umbral de entrada. Si quieres ser huésped de este hotel de los pobres, debes acatar las condiciones y las normas carcelarias que te recuerdan a cada instante que no eres nadie y que apenas tienes derecho a tener tu propia alma.

Considero de justicia que, cuando menos, un hombre que hace su trabajo debe poder aspirar a un cuarto privado, donde poder cerrar la puerta y sentirse seguro; donde poder sentarse a leer o contemplar el paisaje por la ventana;

donde poder entrar y salir si así lo desea; donde poder guardar algunas de sus pertenencias, aparte de lo que carga continuamente a su espalda o en los bolsillos; donde poder colgar la imagen de su madre, de sus hermanas, amantes, bailarinas, perros o lo que su corazón le reclame... en pocas palabras, un lugar en la tierra del que pueda decir: «Esto me pertenece, es mi castillo; el mundo se detiene ante el umbral; aquí soy el amo y señor». Se sentirá como un auténtico ciudadano y hará su trabajo mejor.

Cuando estuve en una de las plantas del hotel de los pobres pude escuchar, fui de cama en cama para mirar a los que dormían. Gran parte de ellos eran hombres jóvenes, de veinte a cuarenta años. Los ancianos no pueden conseguir el dinero necesario para pagar una casa de reposo. Están obligados a acudir a los albergues públicos. Observé a aquella multitud de jóvenes y me di cuenta de que no tenían mala apariencia. Sus rostros estaban hechos para ser besados por los labios de una mujer y sus cuellos esperaban su abrazo. Eran dignos de ser amados, como el resto de los hombres. Eran capaces de amar. La caricia de una mujer redime y enternece, y ellos necesitaban redención y ternura en lugar de tanta tosquedad. Me pregunté dónde estarían esas mujeres, y al tiempo escuché la risa embriagada de una prostituta. Leman Street, Waterloo Road, Piccadilly, The Strand, ésa era la respuesta, y así supe dónde estaban.

LA PRECARIEDAD DE LA VIDA

En cierta ocasión estuve hablando con un hombre muy vengativo. Tal y como él opinaba, su mujer y la ley le habían traicionado. El merecimiento del castigo y la ética son aquí poco importantes. El interés de la cuestión radica en que ella había obtenido la separación y él tenía la obligación de pagarle diez chelines para su manutención y la de sus cinco hijos.

—Pero fíjese —me dijo— ¿qué le ocurrirá si yo no puedo pagar los diez chelines? Vamos a suponer, sólo suponer que yo sufro un accidente y no puedo trabajar. Supongamos que tengo una fractura, reuma o el cólera. ¿Qué hará ella, eh? ¿Qué hará?

Sacudió la cabeza con un mohín triste.

—No tiene ninguna esperanza. Lo mejor que le puede ocurrir es que la recojan en un albergue público, y ya está. Y si no va, peor para ella. Acompañeme y le mostraré a las mujeres que duermen en el callejón, a docenas. Y aún algo peor, en lo que ella se convertirá si a mí y a los diez chelines nos pasa algo.

Las predicciones de aquel hombre son dignas de mención. Él conocía a la

perfección las penurias a las que se tendría que enfrentar su esposa para encontrar alimentos y cobijo. La partida finalizaría para ella cuando él ya no pudiese llevar a cabo su trabajo. Si ampliamos la perspectiva de este asunto, lo mismo ocurre con cientos de miles e incluso millones de hombres y mujeres que deciden continuar su vida amistosamente juntos cooperando en la búsqueda de comida y resguardo.

Las cifras son verdaderamente aterradoras: 1.800.000 personas viven en Londres por debajo de los umbrales de la pobreza, 1.000.000 de habitantes viven con una paga semanal que los sitúa a escasa distancia de la indigencia. En todo el territorio de Gales e Inglaterra, un dieciocho por ciento de la población pide limosna a los feligreses, y en Londres, según las estadísticas oficiales, un veintiún por ciento de población mendiga. Hay una diferencia muy grande entre ser un mendigo que pide limosna en la parroquia y ser un indigente, y Londres acoge en su seno a 123.000 de estos últimos; sólo ellos forman en número su propia ciudad. Uno de cada cuatro londinenses muere bajo los auspicios de la caridad pública, mientras que 939 personas de cada 1.000 mueren en la pobreza en el Reino Unido; 8.000.000 de personas se sitúan al borde mismo de la miseria, mientras que 20.000.000 más no gozan de bienestar en el más puro y simple sentido de la palabra.

Es interesante profundizar en el tema de los londinenses que mueren a cargo de la caridad pública. En 1886, y hasta 1893, el porcentaje de pobres en Londres era menor con respecto al total de Inglaterra; a partir de 1893, y durante todos los años sucesivos, el porcentaje ha sido siempre más alto en Londres que en Inglaterra. Las cifras que se exponen a continuación han sido tomadas del Registro General de 1886:

Sobre los 81.951 en Londres (1884):

En albergues públicos 9,909

En hospitales 6,559

En psiquiátricos 278

Total en servicios públicos 16,746

Al hilo de estas cifras, comenta el escritor Fabian: «Considerando que una parte de estas personas son niños, es probable que uno de cada tres adultos acabase sus días al abrigo de esos servicios la proporción en el caso de la clase trabajadora debe ser por supuesto mayor».

Las cifras sirven para indicar la proximidad que media entre pobreza y trabajadores. Sirva para ejemplificarlo este anuncio aparecido en la prensa de ayer: «Se busca empleado de oficina, con conocimientos de taquigrafía, mecanografía y facturación; sueldo de diez chelines (\$ 2,50) a la semana.

Dirijan sus solicitudes por carta», etc. En el periódico de hoy aparecía el caso de un empleado de oficina, de treinta y cinco años, alojado en un albergue público, que había sido llevado ante el Juez por no hacer correctamente sus tareas como hospedado. Él declaró que había llevado a cabo diversos cometidos desde que vivía en el albergue, pero cuando el encargado le mandó picar piedras, en las manos se le levantaron ampollas y no pudo finalizar su trabajo. Dijo que no había usado nunca una herramienta más pesada que una pluma. El Juez lo condenó a él y a sus débiles manos a siete días de trabajos forzados. Naturalmente, conforme uno avanza en edad más se aproxima a la indigencia. Porque es entonces cuando puede llegar la desgracia, el hecho inesperado, como la muerte del marido, del padre y del cabeza de familia. Imaginemos el caso de un hombre, con su esposa y tres hijos, viviendo con la ínfima seguridad que proporcionan veinte chelines semanales (en Londres hay cientos y miles de familias como ésta). Forzosamente para subsistir tienen que gastarse hasta el último penique, por lo que sólo les separa de la extrema pobreza su sueldo semanal de una libra. Llega el hecho inesperado, el padre se muere, ¿qué pasa entonces? Una madre con tres hijos poco o nada puede hacer. Tendrá que dejar que ocupen su puesto en la sociedad de jóvenes pobres, porque no puede hacer nada mejor, o se verá obligada a ofrecer sus servicios a los mercaderes de sudor realizando arduas tareas en su ruin cubil. Pero para esos mercaderes, las mujeres casadas que se ganan el sustento de sus maridos y las solteras que tratan de mantenerse aunque sea miserablemente sirven de baremo para fijar el salario. El nivel es tan rastrero que la madre y sus tres hijos sólo podrán vivir como animales a un paso de la indigencia, hasta que la muerte acabe con su penosa existencia.

Para demostrar cómo esta mujer, con tres hijos que criar, no puede competir en esa industria que se alimenta del sudor y la fatiga de los trabajadores, cito dos casos extraídos de periódicos muy conocidos. Un padre escribe lleno de indignación que su hija y una compañera reciben 17 centavos por gruesa haciendo cajas. Cada día hacen cuatro gruesas. Sus gastos ascienden a 16 centavos, 4 centavos para los sellos, 5 centavos para el pegamento y 2 centavos para el cordel, así que sus ganancias quedan reducidas a 42 centavos, es decir, 21 centavos para cada una al día. En el segundo caso, una anciana de setenta y dos años reclamaba ayuda. «Ella hacía sombreros de paja, pero se había visto forzada a dejarlo debido a las pocas ganancias que obtenía por su trabajo (a saber, 4 centavos y medio por unidad). Por ese precio tenía que plegar, ajustar y acabar los sombreros.»

Ni la madre ni los tres hijos de los que hemos hablado habían hecho nada para ser condenados de ese modo. Llegó el hecho inesperado, eso es todo; el marido, padre y cabeza de familia, murió. De nada sirve intentar protegerse. Se trata de algo fortuito. Una familia se aventura para escapar del borde del Abismo pero la casualidad hace que caigan igualmente. Su suerte se reduce a

la frialdad de crueles cifras, esos números les atrapan y pasan a formar parte de las estadísticas:

Sir A. Forwood calculó lo siguiente:

1 de cada 1.400 trabajadores muere anualmente en su trabajo.

1 de cada 2.500 trabajadores queda totalmente inválido.

1 de cada 300 trabajadores queda incapacitado parcial de modo permanente.

1 de cada 8 trabajadores queda incapacitado temporalmente, durante 3 o 4 semanas.

Estos datos hacen referencia a accidentes producidos en la industria. Sin embargo el alto índice de mortalidad del ghetto se lleva la peor parte. Si el índice medio de mortalidad para las personas del West End se sitúa en los cincuenta años, en el East End la media es de treinta. Lo que equivale a decir que en el West End la población puede aspirar a una mayor longevidad. ¡Hablemos de guerra! La mortalidad en Sudáfrica y las Filipinas resulta insignificante. Aquí, en plena paz, es donde realmente se derrama la sangre; aquí las mujeres y los niños que sostienen a sus bebés en brazos, ni siquiera reciben la protección de las civilizadas normas militares sino que son aniquilados tan cruelmente como los hombres. ¡Guerra! En Inglaterra, cada año, quinientos mil hombres, mujeres y niños que dependen de las diferentes industrias son vilmente asesinados, quedan inválidos o enfermos de por vida.

En el West End el dieciocho por ciento de los niños mueren antes de cumplir los cinco años; en el East End el cincuenta y cinco por ciento de los niños mueren antes de alcanzar esa edad. Y hay calles en Londres donde, de cada cien niños que nacen en un año, cincuenta morirán al año siguiente; y de los cincuenta que logran sobrevivir, veinticinco más morirán antes de alcanzar los cinco años. ¡Muerte! Ni Herodes hizo tanto (lo suyo era la simple bagatela del cincuenta por ciento).

Un reportaje elaborado por los Servicios Médicos de Liverpool, hace muy poco tiempo, demuestra en qué medida la industrialización causa peores estragos a la humanidad que las batallas; su contenido se puede extrapolar a otras zonas:

En muchos casos poca o ninguna claridad entraba en los patios, la atmósfera dentro de las casas estaba siempre viciada debido a la saturación de las paredes y techos que, después de tantos años absorbiendo las exhalaciones de los habitantes, se habían convertido en un nido de inmundicia. Un singular testimonio de esta ausencia de luz solar fue proporcionado por el Comité de Parques y Jardines; deseaban traer un poco de brillo a los hogares de los más

pobres con flores y macetas; sin embargo aquellos regalos no eran los adecuados para aquellos patios, porque las flores y plantas también padecieron con el aire insalubre y no pudieron vivir.

Mr. George Haw ha confeccionado la siguiente tabla con datos de las tres parroquias de St. George (parroquias de Londres).

Después están los trabajos más peligrosos, en los que innumerables obreros están empleados. Su asidero a la vida es realmente frágil (mucho más que el del soldado del siglo XX). En el oficio del lino, en la preparación de la fibra, los pies y las ropas provocan un inusual aumento de bronquitis, neumonía y grave reumatismo; a los encargados de cardar y de hilar, el fino polvo les produce en la mayoría de los casos afecciones pulmonares, las mujeres que empiezan en el oficio con diecisiete o dieciocho años llegan a los treinta destrozadas. Los que trabajan en el laboratorio, escogidos entre los hombres más fuertes y vigorosos, logran sobrevivir hasta una media que nunca es superior a los cuarenta y ocho años.

Según el Dr. Arlidge, encargado del cuidado de los alfareros: «El polvo de la alfarería no mata de repente, sino que va conformando año tras año una mancha indeleble en los pulmones, hasta que el daño es ya irreversible. Respirar resulta cada vez más complicado hasta que empeora y se convierte en algo imposible».

El polvo del acero, el del hierro, el de arcilla, el de los metales alcalinos, el de la lana y el de las fibras, todos son mortales, mucho más que la artillería y los cañones. El peor de todos ellos es el polvo que desprende el plomo en las fábricas, el plomo blanco. A continuación se describe el típico proceso de destrucción de una joven saludable que trabaja en una de ellas:

Después de un indeterminado periodo de exposición contrae anemia. Puede que sus encías empiecen a mostrar una débil señal azulada, pero quizás sus dientes y encías tengan un aspecto completamente saludable, sin rastro de ninguna marca azulada. Coincidiendo con la anemia ella se va quedando más y más delgada, pero de modo tan gradual que apenas se diferencia del resto de sus compañeras. Sin embargo, la enfermedad continúa su curso, los dolores de cabeza aumentan su intensidad, se está desarrollando. Es frecuente en estos casos la pérdida de visión e incluso la ceguera temporal. Los médicos muchas veces lo atribuyen a simples ataques de histeria colectiva. Pero los síntomas avanzan, hasta que la joven de repente empieza a sufrir convulsiones, primero en una mitad del rostro, después en un brazo, luego en una pierna, siempre en el mismo lado del cuerpo, hasta que se origina el típico cuadro de una crisis epiléptica. Pérdidas de conciencia tras las cuales llegan convulsiones aún más graves; en una de ellas puede morir. Q se recupera durante unos minutos, horas o incluso días, hasta que se vuelve a lamentar de dolor de cabeza,

empieza a desvariar y a estar muy alterada, en un proceso de locura creciente; adormilada constantemente necesitará que la despierten cuando está inmersa en sus delirios y ya no puede ni articular palabra. El pulso se debilita y se recupera por momentos; de repente se apodera de ella otro ataque y muere, o se queda en un estado permanente de coma. En otro hipotético caso las convulsiones pueden ir disminuyendo, los dolores de cabeza desaparecer y la paciente recuperarse, únicamente pierde su visión, algo que puede ser temporal o permanente.

A continuación describo varios casos reales de víctimas del veneno del plomo:

Charlotte Rafferty, una joven y bien parecida mujer con una espléndida constitución (que no había padecido enfermedad alguna en toda su vida) empieza a trabajar en una fábrica de plomo blanco. Se apoderan de ella fuertes convulsiones mientras está subida en una escalera de mano en el trabajo. El Dr. Oliver la examina y encuentra una pequeña línea azulada que recorre sus encías, lo que demuestra que está bajo la influencia del plomo. Él sabe que las convulsiones no tardarán en llegar de nuevo. Así ocurre y ella muere.

Mary Ann Toler, una chica de diecisiete años, que no había tenido una convulsión o ataque en su vida, tuvo que dejar el trabajo en la fábrica en tres ocasiones por enfermedad. Después de cumplir los diecinueve empezó a mostrar los síntomas del veneno del plomo. Tuvo ataques y murió.

Mary A., una mujer poco común dada su fortaleza, fue capaz de trabajar durante veinte años en la fábrica, teniendo un único cólico en todo este tiempo. Su hijo de ocho años murió por ataques con convulsiones. Una mañana, mientras se cepillaba el pelo, de repente perdió su fuerza en las dos muñecas de las manos.

Eliza H., de veintiún años, tras cinco meses en la fábrica de plomo, padeció un cólico. Logró entrar en otra fábrica, después de ser despedida en la primera, y trabajó ininterrumpidamente durante dos años. Entonces los síntomas volvieron a hacer su aparición, volvió a tener convulsiones y murió en dos días por culpa de los penetrantes efectos del veneno del plomo.

Mr. Vaughan Nash, refiriéndose a las futuras generaciones afirma: «Los hijos de los trabajadores del plomo blanco de todo el mundo, por lo general, únicamente mueren a causa de las convulsiones. Pero algunos también sufren un nacimiento prematuro o mueren en su primer año de vida».

Para finalizar, permítanme exponer el caso de Harriet A. Walker, una joven de diecisiete años, que falleció bajo el desamparo de la industria, en el campo de batalla. Estaba empleada como esmaltadora y limpiadora, cuando el veneno se cruzó en su camino. Su padre y su madre no tenían trabajo. Ella les ocultó

su enfermedad como pudo, andaba seis millas diarias en el camino de ida y vuelta al trabajo para ganar siete u ocho chelines a la semana, y murió a los diecisiete años.

La quiebra de la empresa también jugó un importante papel en el hundimiento de los trabajadores en el profundo Abismo. Unos ridículos salarios semanales era lo único que los mantenía como una familia y no como pobres indigentes, unos meses de inactividad bastaban para que tuvieran que enfrentarse a más penurias y a una miseria indescriptible, las víctimas no siempre eran capaces de olvidar aquellos delirios y reanudar con normalidad el trabajo cuando volvían a encontrarlo. Precisamente ahora los periódicos dedican extensos reportajes a la gran reunión de Sindicatos de Estibadores del Muelle, de la que muchos hombres dependen, ya que durante meses no han visto aumentar sus míseros sueldos. El ritmo de la industria naval en el puerto de Londres se ha paralizado debido a este asunto. Para los jóvenes hombres y mujeres, para muchos matrimonios, no existe la más mínima certeza de poder alcanzar un resquicio de felicidad o cuando menos un nivel medio de vida. Con sus trabajos es, imposible garantizar el futuro. Es cuestión de suerte. Todo depende de que «el hecho no suceda», aquello contra lo que no pueden luchar ni protegerse. La precaución no les servirá de nada, no hay tretas ni artificios que valgan. Si permanecen en la industria, en el campo de batalla, deberán atenerse a la desigualdad de condiciones. Por supuesto si no aceptan ninguna responsabilidad y no se atan a las obligaciones familiares, podrán escapar de la industria, de la batalla. En ese caso lo más probable para el hombre será acabar, precisamente, en el ejército; y la mujer, en la mayoría de los casos, se convertirá en enfermera de la Cruz Roja o ingresará en un convento. En cualquier caso, deberán dejar atrás sus casas, sus hijos y todas las cosas que hacen que la vida cobre sentido para no convertir la vejez en una de sus peores pesadillas.

EL SUICIDIO

Tener una vida tan frágil, con un horizonte completamente yermo de felicidad, hace que la propia existencia no tenga ningún valor y que el suicidio se convierta en moneda de cambio. Es tan común que difícilmente se puede leer el periódico sin topar con él; en los tribunales policiales un suicidio despierta el mismo interés que un borracho y se resuelve con la misma prisa y la misma indiferencia.

Me viene a la memoria uno de estos casos de los Tribunales Policiales del Támesis. Siempre me he vanagloriado de mi buena vista y oído y de mi

sensato juicio sobre los hombres y las cosas; he de confesar que durante el rato en el que permanecí en los Tribunales no salía de mi asombro al ver la premura con que el entramado judicial despachaba los casos de borrachos, alborotadores, vagabundos, camorristas, mujeres maltratadas, ladrones, aprovechados, especuladores y mujeres de la calle. El banquillo de los acusados ocupaba el centro de la sala (el lugar más iluminado), unos y otros se sentaban en él, hombres, mujeres y niños, en una fluida corriente que discurría en paralelo a las sentencias que brotaban de los labios del Juez.

Cuando todavía reflexionaba sobre el caso de un famélico atracador al que castigaron con un año de trabajos forzados, a pesar de haber alegado éste incapacidad para trabajar y la necesidad impetuosa de hallar sustento para su familia, ya se había sentado en el banquillo un joven de veinte años: Alfred Freeman. Escuché su nombre pero no supe de qué lo acusaban. Una robusta mujer con aspecto de madraza se sentó en el estrado de los testigos e inició su declaración. Como pude saber más tarde, se trataba de la esposa del guarda de la esclusa Britannia. Era de noche; de repente oyó como si alguien hubiese caído al canal; corrió hacia la esclusa y allí se encontró al prisionero, en el agua.

Miré fijamente a la mujer, luego al muchacho. De modo que ésa era la acusación: suicidio. El joven permanecía allí impávido, ausente, el flequillo de su pelo castaño descansaba sobre su frente, en su rostro todavía de niño se reflejaba el dolor y el miedo.

—Sí, señor —continuaba diciendo la mujer del guarda de la esclusa.

—Tan pronto como pude me abalancé sobre él pero cuánta más fuerza hacía yo para sacarlo, más hacía él para hundirse. Pedí ayuda y se acercaron algunos obreros, finalmente pudimos entregarlo a las autoridades.

El Juez felicitó a la mujer por su buena forma física, lo que provocó las risas del público presente en la sala. Sin embargo yo sólo podía ver a un muchacho que en su despertar a la vida buscaba desesperadamente la muerte, no hallé un solo motivo en todo aquello que me pudiera hacer sonreír.

Un hombre declaraba ahora en el estrado de los testigos para certificar el buen carácter del chaval. Era o había sido su capataz. Alfred era un chico excelente, pero con demasiados problemas en casa, asuntos de dinero. Su madre estaba enferma. Empezó a preocuparse de tal forma que dejó de hacer bien su trabajo. Él (el capataz), para no perder su buena reputación, se había visto obligado a pedirle que abandonara su puesto.

— ¿Algo que añadir? —reclamó el Juez bruscamente.

El muchacho masculló algo ininteligible. Estaba como fuera de sí.

—Alguacil, ¿qué ha dicho el acusado? —preguntó el Juez, ahora con tono impaciente.

El hombre de uniforme azul acercó su oído a los labios del muchacho y luego dijo en voz alta:

—Dice que lo lamenta mucho, su Señoría.

—Llévenselo —sentenció su Señoría; y pasó a ocuparse sin más dilaciones del siguiente caso, el primer testigo ya prestaba juramento.

Aquel joven, aturdido y como en una nube, se marchó con el carcelero. Así acababa todo, cinco minutos de atención, ni uno más; ahora dos brutos hombretones ocupaban su lugar en el banquillo, por una absurda reyerta sobre la posesión de una caña de pescar robada, que a lo sumo valía diez centavos.

Lo terrible de esta pobre gente es que no saben ni cómo suicidarse y normalmente nunca lo consiguen en el primer intento, así que han de perseverar con dos o incluso tres tentativas más, hasta que lo consiguen. Esto, naturalmente, incomoda sobremanera a los Jueces y a las autoridades porque el tema no queda zanjado. En ocasiones, en un arrebato de sinceridad los Jueces han llegado a censurar la torpeza con que los acusados han llevado a cabo la operación. Por ejemplo, Mr. R. Sykes, Presidente de la Audiencia de Stalybridge, en el caso de Ann Wood que intentó acabar con su vida en el canal:

—Si quería hacerlo, ¿por qué no lo hizo y asunto concluido? —le preguntó un indignado Mr. Sykes—. ¿Por qué no se sumergió y acabó de una vez, en lugar de darnos tantos problemas y quebraderos de cabeza?

La pobreza, la miseria y las calamidades de los albergues públicos son las principales causas de suicidio para la clase obrera. «Antes de ir al albergue soy capaz de ahogarme», decía Ellen Hugues Hunt, de cincuenta y dos años. El pasado jueves su cuerpo sin vida era objeto de una ronda de entrevistas para aclarar los sucesos. Su marido se desplazó desde el albergue de Islington para testificar. Había sido comerciante de quesos, pero el negocio quebró, la falta de recursos le obligó a acabar en el albergue. Su esposa se negó a acompañarle.

La última vez que la vieron fue a la una de la madrugada. Tres horas después aparecieron su sombrero y su chaqueta en la orilla del canal Regent, más tarde se halló su cadáver en el agua. Veredicto: Suicidio por enajenación temporal.

Veredictos que atentan contra la verdad. La Ley es una mentira y escudados en ella los hombres mienten con el mayor descaro. Cito ahora el ejemplo de una desgraciada mujer, desamparada y abandonada por parientes y

amigos, que decide envenenarse con láudano y también envenenar a su bebé. La criatura muere; pero ella se recupera tras unas semanas en el hospital y es acusada de asesinato, procesada y sentenciada a diez años de prisión. La Ley la responsabiliza de sus actos, ahora que se ha recuperado; sin embargo, si hubiera fallecido junto a su bebé, la misma Ley que la condena la eximiría por enajenación momentánea.

Si retomamos el caso de Ellen Hughes Hunt, es tan lógico afirmar que su marido sufrió un ataque de enajenación al ingresar en el albergue como decir que lo padeció ella al arrojarse al canal. Decidir cuál es el mejor lugar para dar por finalizada la existencia de uno mismo es cuestión de opiniones, un juicio de valor. Por lo que yo sé sobre esos lugares, de haberme encontrado en su misma situación, también hubiese elegido el canal. Y me atrevo a afirmar que no estoy más enajenado o loco que Ellen Hughes, su marido o el resto de los humanos.

El hombre ya no obedece a su instinto por fidelidad a las viejas leyes de la naturaleza. Ha desarrollado creencias y criterios por los que se puede decidir si aferrarse a la vida o rechazarla según ésta le depare grandes placeres o monstruosos sufrimientos. Ellen Hughes Hunt, desencantada de la vida tras cincuenta y dos años de lucha, sin nada más ante sus ojos que el horror del albergue, fue racional y consecuente al elegir arrojarse al canal. Y creo que no miento al afirmar que la justicia hubiese sido inmensamente más ecuánime si hubiese declarado culpable a la sociedad por su enajenación transitoria hacia Ellen Hughes Hunt a la que apartó y despojó de todas las alegrías de la vida después de cincuenta y dos años al servicio del mundo.

¡Enajenación temporal! Estas malditas frases, remiendos del lenguaje que aseveran falsedades, al abrigo de las cuales se protegen gentes con el estómago satisfecho y el cuerpo guarecido del frío, evadiendo así la responsabilidad para con sus hermanos y hermanas hambrientos y desnudos.

Menciono a continuación una serie de artículos publicados en el Observer, el periódico del East End, en el que se detallan una serie de incidentes bastante habituales:

Un fogonero de un barco, llamado Johnny King, fue acusado de intentar suicidarse. El miércoles acudió a la Comisaría de Bow y allí reconoció haber ingerido cierta cantidad de pasta de fósforo porque no tenía trabajo ni modo de hallarlo. Le suministraron un purgante para que vomitara y expulsara el veneno. Entonces dijo que lo lamentaba mucho. A pesar de que había mostrado buen comportamiento durante dieciséis años de oficio, se veía incapaz de encontrar cualquier tipo de trabajo. Mr. Dickinson ordenó que el acusado pasara al cuidado del capellán del Tribunal.

Timothy Warner, de treinta dos años, fue detenido por un delito parecido.

Se lanzó al agua desde el muelle de Limehouse y cuando lo rescataron declaró: «Lo he intentado».

Una mujer de aspecto honrado, llamada Ellen Gray, fue acusada bajo los cargos de intento de suicidio. Sobre las ocho y media del domingo el Alguacil 834K encontró a la acusada tumbada en un portal de Benworth Street, parecía soñolienta. Sostenía una botella vacía en una mano y reconoció haber ingerido cierta cantidad de láudano. Como era evidente que su estado era muy grave la enviaron al médico y él recomendó que la mantuvieran despierta y le administró una buena dosis de café. Cuando la joven recibió la acusación, esgrimió que el motivo era que no tenía ni hogar ni amigos.

No me atrevo a asegurar que toda la gente que comete suicidio esté en su sano juicio, igual que no puedo asegurar que todos lo que no lo intentan estén cuerdos. Lo que tengo claro es que el hambre y la falta de un techo bajo el que guarecernos puede volver loco a cualquiera. Los vendedores ambulantes y los que se buscan la vida en las calles, viven al día, al límite más que ningún otro colectivo, registran el mayor porcentaje de ingresos en los psiquiátricos. Entre los hombres un 26,9 sobre 10.000 enloquecen, y de las mujeres un 36,9. Por otra parte, en el caso de los soldados, que cuentan al menos con un plato de comida y alojamiento, 13 de cada 10.000 también pierden el juicio; mientras que entre los granjeros y ganaderos sólo 5,1. De todo ello se desprende que un vendedor ambulante tiene el doble de posibilidades de perder la razón que un soldado, y cinco veces más si lo comparamos con un granjero.

El infortunio y las calamidades son demasiado fuertes para sus mentes y arrastran al individuo al manicomio, al depósito de cadáveres o a la horca. Cuando «el hecho inesperado llega» y el padre y marido, a pesar del amor que siente por sus hijos y su esposa y su afán de trabajar, no encuentra empleo, ése es motivo suficiente para perder el norte y que su mente se bloquee. Más fácilmente aún si tenemos en cuenta que su cuerpo es débil y está mal nutrido y que su alma está totalmente desgarrada por el sufrimiento de su familia.

«Hombre de buen aspecto, con una mata de cabello negra, ojos expresivos, nariz y mentón delicadamente esculpidos y bello y ondulado bigote». Ésta es la descripción que un periodista daba sobre Frank Cavilla, mientras permanecía en aquel tribunal, aquel trágico mes de septiembre, «vestido con un viejo y desgastado traje gris y una camisa sin cuello».

Frank Cavilla vivía y trabajaba como decorador en Londres. Lo describieron como un buen trabajador, hombre responsable y sin afición a la bebida, mientras sus vecinos coincidían al afirmar que era un padre y marido amable y cariñoso.

Su esposa, Hannah Cavilla, era una alta, bella y curiosa mujer. Ella se ocupaba de que sus hijos fueran completamente limpios y bien arreglados al

Colegio Childeric (los vecinos insistieron en remarcar este hecho). Así que, con un marido como aquél, con un trabajo estable y viviendo desahogadamente, todo iba bien y a pedir de boca. Entonces, «el hecho inesperado». Él trabajaba para un tal Mr. Beck, un constructor, y vivía en una de sus casas en Trundley Road. Mr. Beck tuvo un accidente y perdió la vida. La culpa fue de un caballo rebelde y tal y como he dicho ocurrió de forma totalmente imprevisible. Cavilla tuvo que buscar un nuevo empleo y un nuevo hogar.

Esto ocurría hace dieciocho meses. Durante todo ese tiempo sostuvo la gran lucha. Consiguió unas pequeñas habitaciones en Batavia Road, pero no lograba ganar el dinero suficiente. Encontrar un empleo estable era una empresa imposible. Bregó como un valiente con toda clase de trabajos ocasionales, mientras sus hijos y su mujer se morían de hambre ante sus ojos. También él padecía desnutrición, así que cayó enfermo. Fue entonces cuando dejó de entrar alimento en casa, hace ahora tres meses. No se lamentaron, no dijeron una palabra; pero los pobres adivinan este tipo de cosas. Las amas de casa de Batavia Road les enviaban comida y como los Cavilla eran tan respetables los envíos llegaban de modo anónimo, para no herir su orgullo.

De nuevo «el hecho inesperado». Él había luchado hasta el límite de sus fuerzas, había pasado hambre y había sufrido las inclemencias más crueles durante dieciocho meses. Una mañana del mes de septiembre se levantó muy temprano. Desenvainó su navaja. Degolló a su esposa, Hannah Cavilla, de treinta y tres años. Luego le rebanó el cuello a su primer hijo, Frank, de doce años. Hizo lo mismo con su hermano, Walter, de ocho años. También a su hermana, Nellie, de cuatro. Y a su hijo menor, Ernest, de dieciséis meses. Se quedó velando los cadáveres durante todo el día hasta que, al caer la noche, llegó la policía, entonces les informó que debían poner un penique en el contador del gas para tener suficiente luz y poder ver. Frank Cavilla estaba de pie en el tribunal, vestido con su desgastado y viejo traje gris, y una camisa sin cuello. Era un hombre de buen aspecto, con una mata de cabello negro, ojos expresivos, nariz y mentón delicadamente esculpidos y bello y ondulado bigote.

LA INFANCIA

Hay un único espectáculo, sólo uno, que resulta digno de ver en el East End: se trata del juego de los niños que bailan al son del organillo. Resulta extraordinario contemplar a esa nueva generación, el futuro, haciendo cimbrear y contonear sus menudos cuerpos, con preciosas monerías y

graciosos gestos recién inventados, moviéndose suave y grácilmente, danzando ligeros, tejiendo ritmos que nunca nadie enseñó en las escuelas de baile.

He hablado con estos niños aquí, allá y en todas partes, y me he quedado asombrado al descubrir que son tan ingeniosos como los otros, incluso más en muchos sentidos. Su imaginación es aplastante. Son capaces de proyectarse al mismísimo reino de lo romántico y la fantasía. Por sus venas fluye una vida cargada de alegría. Disfrutan con la música, el bullicio, el color, y muy a menudo bajo los trapos y harapos que los arropan se esconde una sorprendente belleza de cuerpo y rostro.

Pero ahí está el Hombre del Saco de Londres que se los lleva para siempre jamás. Desaparecen. Nadie ha vuelto a ver a ninguno de esos niños ni nada que recuerde que un día existieron. Puedes intentar buscarlos en vano entre los mayores. Sólo veras cuerpos encogidos, rostros que reflejan la más pura fealdad y mentes torpes y adormecidas. La gracia, la belleza y la imaginación, todo lo que nutre de encanto al cuerpo y al alma, han desaparecido. No obstante, es posible que, en alguna ocasión, una mujer, no necesariamente vieja, pero sí encorvada y deforme, inflada y borracha, se levante las faldas para realizar unos ridículos pasos de baile en la calle. Es la prueba de que en un tiempo formó parte del grupo de chiquillos que bailaban al ritmo del organillo. Esos torpes y entumecidos pasos es lo único que queda de aquella niña que tanto prometía. En un recóndito rincón de su memoria ha surgido el fugaz recuerdo de la infancia. Se acerca a ella una muchedumbre. Las jóvenes muchachitas danzan a su lado, con la gracia que para ella es sólo un vago recuerdo y que ahora se ha convertido en parodia de sí misma. Al poco tiempo jadea, exhausta y sin aliento se retira del círculo que se ha formado a su alrededor. Las niñas prosiguen el baile.

Los niños del Ghetto poseen todas aquellas cualidades que convierten a un hombre o a una mujer el día de mañana en seres nobles; pero el Ghetto, como una tigresa furiosa que se revuelve contra sus cachorros, se encarga de destruir con el tiempo todas esas cosas buenas, apaga la luz y la risa y a los que no les niega la vida los convierte en embriagadas y desamparadas criaturas, desmañadas, humilladas, incluso más desdichadas que las bestias que habitan la tierra.

La manera en que esto ocurre es un tema que he descrito extensamente en los capítulos anteriores; dejen que lo haga ahora el Profesor Huxley a través del siguiente artículo: «Cualquiera que esté informado sobre el estado de las poblaciones de los grandes núcleos industriales, ya sea de éste o de otros países, es consciente de que en una gran y creciente porción de esa población reina la más absoluta... como dirían los franceses la misère, expresión que no creo que tenga equivalente tan afortunado en el idioma inglés. Se trata de un

estado en el que la comida, el calor y la ropa que son necesarios para la simple subsistencia de una persona normal no se pueden conseguir; hombres, mujeres y niños se ven obligados a vivir amontonados en cubiles donde la decencia ha quedado abolida y donde es imposible mantener la higiene; los únicos reductos donde hallar el placer son la brutalidad y el alcohol; las calamidades acumuladas se componen de hambre, enfermedades, desarrollo nulo de la inteligencia y degradación moral; incluso los proyectos de conseguir un trabajo estable se traducen en una batalla perdida de antemano ante el hambre y la tumba de indigente que les espera».

Bajo tales condiciones los niños no tienen apenas esperanzas. Mueren como moscas y los que logran sobrevivir lo hacen gracias a su gran vitalidad y capacidad de adaptación al medio hostil y degradado en el que han de vivir. No saben lo que es un auténtico hogar. En los cubiles donde se refugian están expuestos a la indecencia y lo obscuro. Sus almas se corrompen y sus cuerpos empiezan un proceso de deterioro agravado por la suciedad, el hacinamiento y la falta de alimentos. Cuando un matrimonio vive con tres o cuatro chiquillos obligados a hacer turnos por la noche para alejar las ratas de los que duermen, que no reciben durante el día el alimento primordial y que se han convertido en la presa fácil de sabandijas y alimañas, uno puede hacerse una idea sobre qué clases de hombres y mujeres serán los que sobrevivan a ese infierno.

Una dramática desesperación y miseria

los rodea desde su nacimiento;

Horribles maldiciones y tremendas ironías,

son su primera canción de cuna.

Un hombre y una mujer se casan y fundan su hogar en una habitación. Sus ingresos no aumentan con los años pero sí la familia; el padre puede considerarse afortunado si logra conservar su salud y el empleo. Llega un hijo, luego otro. Necesitarían más espacio, pero aquellas pequeñas bocas reclaman su alimento y no se pueden permitir cambiar a una habitación más amplia. Nacen más niños. Es imposible moverse en aquella estancia. Los hijos mayores corretean por las calles y con el tiempo, cuando cumplan doce o catorce años tendrán que abandonar un hogar en el que ya no cabe ni un alfiler y buscarse la vida. El chico, con un poco de suerte, será admitido en un albergue y tendrá un incierto futuro. Pero la muchacha, de catorce o quince años, forzada igualmente a abandonar el único hogar que conoce y que no es otro que aquella habitación, sólo será capaz de ganar como máximo cinco o seis chelines semanales, por lo que sus días están contados. Acabará muy probablemente como la mujer cuyo cuerpo descubría esta mañana la policía en un portal de Dorset Street, en Whitechapel. Sin techo, sin un refugio en el que guarecerse, enferma, con la soledad como única compañera en sus últimos

instantes de vida, había muerto una noche en la intemperie. Tenía sesenta y dos años y vendía cerillas. Murió como un animal salvaje.

Aún conservo intacta en la memoria la imagen de un chiquillo en el banquillo del Tribunal Policial del East End. Apenas asomaba su cabeza por encima de la barandilla. Había sido hallado culpable de robar dos chelines a una mujer y ya se los había gastado, pero no en caramelos, ni pasteles, ni diversión, sino en simple alimento.

— ¿Por qué no le pediste comida a la señora? —le preguntó el Juez en tono grave—. Ella seguramente te habría dado algo para comer.

—Entonces me hubiesen acusado de mendigar —replicó el muchacho.

El Juez frunció el ceño y encajó aquella respuesta como pudo. Nadie conocía a aquel niño, ni a su padre o madre. Parecía no tener orígenes ni raíces, era un golfillo, un descarriado, un joven cachorro que buscaba alimento en la jungla del imperio de la civilización, un depredador de los más débiles que había acabado siendo devorado por los más fuertes.

Las personas que tratan de prestar su ayuda a los niños del Ghetto llevándolos un día o una temporada al campo, piensan que todos ellos deberían tener la oportunidad de haber disfrutado de un día así antes de cumplir los diez años. Al respecto, un escritor manifiesta: «No se debe menospreciar la ayuda que supone para estos niños pasar un día en el campo. Los niños, viendo los prados y los bosques, entienden cuál es el significado de esos paisajes que describían los libros y en sus futuras lecturas serán capaces de recrearlos (algo que antes era completamente imposible) porque ahora son conscientes de que existen en la vida real».

¡Si son lo bastante afortunados y resultan escogidos entre todo el rebaño pasarán unas horas en el campo! Cada día siguen llegando más niños al mundo que tal vez puedan pasar un único día en todas sus vidas en contacto con la naturaleza. ¡Un día! ¡En toda su vida, un único día! El resto de sus vidas, tal y como uno de ellos le dijo al Obispo, se podría resumir así: «A los diez años nos las ingeniamos con mentiras; a los trece robamos lo que se tercia; a los dieciséis sacudimos a la pasma». Que es lo mismo que decir que a los diez años estos niños son ya unos pillastres, a los trece unos ladrones y a los dieciséis gamberros que atacan a la policía.

El Reverendo J. Cartmel Robinson cuenta la historia de una pareja de niños de su parroquia que un buen día decidieron por su cuenta ir al encuentro de ese bosque del que habían oído hablar. Anduvieron y anduvieron por las calles esperando encontrarlo al final de cada esquina; pero finalmente, exhaustos y derrotados, se sentaron en la acera, sin esperanzas, hasta que una bondadosa mujer se apiadó de ellos y los acompañó de nuevo a su parroquia. No habían

sido elegidos para recibir la ayuda de esas personas que llevaban a otros niños a ver los árboles.

El mismo Reverendo explicaba que en una calle de Hoxton (uno de los barrios del inmenso East End), más de setecientos niños, entre los cinco y trece años, vivían en ocho pequeñas casas. Y añadía: «Londres ha recluido a estos niños en un amasijo imposible de calles y casas y les ha privado de sus derechos de disfrutar del aire libre, del campo, de los arroyos, por lo que los niños crecen para convertirse en hombres y mujeres físicamente mermados».

Hablaba también de un miembro de su congregación que alquiló el sótano a un matrimonio. «Ellos dijeron que tenían dos hijos, pero cuando se instalaron definitivamente resultó que eran cuatro en realidad. No mucho tiempo después llegó el quinto hijo, junto con la orden del propietario de que abandonaran la habitación. Ellos no hicieron caso. Entonces vino el inspector de sanidad, que tiene que fingirse ciego en muchas ocasiones, y amenazó a mi amigo con denunciarlo. Él alegó que no los podía echar. El matrimonio por su parte se defendió diciendo que con tantos hijos nadie les cedería una habitación por el precio que ellos podían permitirse pagar, una de las quejas más habituales de los pobres, por cierto. ¿Qué se podía hacer? El propietario se encontraba entre la espada y la pared. Finalmente decidió recurrir al Juez y éste envió a un agente para que investigara el caso. Eso fue hace veinte días y aún hoy no se sabe nada. ¿Un caso especial? Nada de eso, es de lo más común.»

La semana pasada la policía procedía a realizar una redada en una casa de juego. En uno de los cuartos fueron hallados dos niños pequeños. Fueron arrestados bajo los mismos cargos que las mujeres. Su padre acudió al juicio. En su testimonio explicó que vivía en aquella habitación con su mujer y con dos hijos más mayores, además de los dos pequeños que ocupaban ahora el banquillo de los acusados. No podían aspirar a nada mejor con la media corona que a él le pagaban. El Juez retiró los cargos de aquellos delincuentes infantiles no sin antes recriminar al padre que aquél no era el lugar más adecuado para que se criaran sus hijos.

No hace falta seguir enumerando ejemplos. En Londres se siguen aniquilando inocentes como no hay precedentes en toda la historia del mundo. En esta masacre también están involucrados aquéllos que creen en la figura de Jesucristo, profesan su fe en Dios y van a la iglesia los domingos. Durante el resto de la semana recuentan su botín amasado gracias a las rentas y beneficios que les proporciona la gente del East End, dinero manchado con la sangre de los niños. Su moral es tan peculiar que, en ocasiones, cuando acumulan medio millón derivado de esas rentas y beneficios, lo envían como buenos feligreses para la educación de los niños negros del Sudán.

UNA MIRADA A TRAVÉS DE LA NOCHE

La pasada noche estuve merodeando por Commercial Street, desde Spitalfields hasta Whitechapel, y proseguí mis andanzas hacia el sur, por Leman Street hasta desembocar en los muelles. Durante mi recorrido me entretuve hojeando los periódicos del East End, sin poder reprimir la risa al comprobar cómo, henchidos de orgullo cívico, proclamaban a los cuatro vientos que el East End es un magnífico lugar en el que vivir.

Me resulta casi imposible explicar una décima parte de lo que vi. Hay fragmentos que son simplemente indescriptibles. A grandes rasgos debo decir que era como estar despierto en la peor de las pesadillas, un inmenso lodazal se asentaba en las aceras por las que transcurre la vida, un revoltijo de innumerable obscenidad que deja eclipsado al «horror nocturno» de Piccadilly y el Strand. Un muestrario zoológico de bípedos con algo de humano y mucho de bestias y, para completar la imagen, guardias de uniformes con botones de latón intentaban mantener el orden de aquella manada cuando mostraban los dientes con demasiada ferocidad.

Me reconfortó el hecho de que hubiera vigilancia porque no llevaba mi atuendo de «lobo de mar» y mi aspecto me convertía en un excelente trofeo para aquellas criaturas hambrientas que deambulaban de arriba a abajo. En ocasiones, entre guardia y guardia, aquellos seres fieros y voraces fijaban su vista en mí, como lobos callejeros que eran, sentí pavor por sus manos desnudas como si fueran las garras de un gorila salvaje. Me recordaron a esas bestias. Sus pequeños cuerpos encogidos y deformes. No quedaba rastro de músculos, ni de poderosos tendones y anchos hombros en sus cuerpos. Hacían más bien exhibición de unas formas elementales de miembros al modo de los hombres de las cavernas. Sin embargo mantenían vestigios de una fuerza primitiva, para aferrarse y morder, para descuartizar y desgarrar. Cuando se lanzan sobre una presa humana son capaces de doblarle el cuerpo hasta partirle el espinazo. Ni conciencia, ni sentimientos; matarán a la más mínima oportunidad, sin vacilar, por medio soberano. Pertenecen a una nueva especie, los salvajes de la ciudad. Las calles y las casas, los callejones y los patios son sus nuevos territorios de caza. Como lo fueron antaño los valles y las montañas para nuestros ancestros salvajes, son ahora las calles y los edificios. El suburbio es su jungla, aquí viven y cazan.

La delicada gente de los teatros dorados y de las maravillosas mansiones del West End nunca ven a estas infames criaturas, ni tan sólo pueden imaginarse que existen. Pero están ahí, vivos, acechando en su jungla. El día en que Inglaterra luche por su última frontera y sus mejores hombres estén en

la primera línea de fuego, ese día saldrán de sus cuevas y guaridas y la gente del West End tendrá que verlos, igual que los vieron los finos aristócratas de la Francia feudal mientras se preguntaban unos a otros: «¿De dónde salen?» «¿Son humanos?».

Aunque éstas no eran las únicas bestias de aquella especie de colección zoológica. Ellos sólo estaban aquí y allá, escondidos en los tenebrosos patios, asomando como sombras alargadas que se extienden por los muros; pero las mujeres cuyos corrompidos vientres los han concebido están por todas partes. Gimoteaban insolentes y con voces embriagadas me pedían dinero, o cosas peores. Estaban siempre borrachas en las puertas de las tabernas, desaliñadas, sucias, legañosas, con los cabellos enmarañados, mirando lascivamente mientras farfullaban obscenidades ininteligibles, presas del libertinaje, y se revolcaban en los bancos y mostradores mostrando un repugnante espectáculo.

Había también otros seres extraños, con rostros y cuerpos monstruosos que me rozaban al pasar, tipos de una exagerada e inconcebible fealdad, las ruinas de una sociedad, cadáveres andantes, muertos en vida; mujeres corroídas por la enfermedad y la bebida hasta el punto que se dejaban humillar por menos de dos peniques; hombres envueltos en extraordinarios harapos, deshechos por las calamidades y sufrimientos que les habían hecho perder incluso su aspecto humano, con rostros en los que se ha eternizado el gesto de dolor, hacen muecas absurdas, se tambalean como simios y agonizan a cada paso y en cada sorbo de aire que toman para respirar. También había muchachas, de dieciocho y veinte años, de cuerpos proporcionados y rostros que todavía no estaban sesgados, que habían sido arrastradas hasta el fondo del Abismo bruscamente, en una repentina caída. Y también me acuerdo de un muchacho de catorce años, y de otro de seis o siete, empalidecidos por la enfermedad, sin techo, sentados sobre la acera con sus espaldas apoyadas en una valla, mientras contemplaban todo aquello.

¡Los improductivos e indeseables! La industria no los reclama. No hay trabajos para estos hombres y mujeres. Los estibadores se amontonan en la puerta de entrada y se marchan soltando maldiciones cuando el capataz no los contrata. Los mecánicos que consiguen trabajo les dan a sus compañeros de oficio seis chelines a la semana cuando éstos no logran encontrar ocupación; recordemos: 514.000 obreros de la industria textil se oponen a la Ley que prohíbe el empleo de los menores de quince años. Montones de mujeres están dispuestas a trabajar bajo las órdenes de los mercaderes de sudor por diez peniques en jornadas de catorce horas. Alfred Freeman ha emprendido el camino que lo ha de llevar a la muerte al perder su trabajo. Ellen Hughes Hunt prefiere el canal Regent al albergue de Islington. Frank Cavilla degolló a su esposa y a sus hijos porque no podía encontrar un trabajo para poder darles techo y comida.

¡Los improductivos e indeseables! Miseria despreciada y olvidada, agonizando en el matadero que ha creado esta sociedad. Descendientes de la prostitución, de la prostitución de hombres, mujeres y niños, de la carne y la sangre, de las pequeñas briznas y de todo el espíritu; o dicho de otro modo, la prostitución de la fuerza de trabajo. Si esto es lo mejor que el mundo civilizado puede aportar a la humanidad, entonces volvamos a los aullidos y a ir desnudos como salvajes. Es mucho mejor la vida en las estepas y el desierto, en las cuevas y en los campamentos de los colonos, que la que estas gentes tienen bajo el poder de la industria y el Abismo.

EL LAMENTO DEL HAMBRE

—Mi padre es más fuerte que yo porque creció en el campo.

Eso me explicaba un joven brillante que se había criado en el East End, molesto por su escasa forma física.

—Mira qué brazo más escuálido —decía mientras se subía la manga de la camisa.

—No comer lo bastante, ése es el problema. Bueno, ahora no. Estos días como cuánto quiero. Pero ya es demasiado tarde. No puedo saciar el hambre que tuve cuando era un niño. Papá se fue del campo, de Fen a la ciudad, a Londres. Mamá murió, y ahí nos tienes, papá junto con mis seis hermanos y conmigo viviendo en dos pequeñas habitaciones. Fueron tiempos muy difíciles para papá. Podría habernos abandonado, pero no lo hizo. Trabajaba a destajo durante todo el día y cuando llegaba por la noche cocinaba y cuidaba de nosotros. Hacía de padre y de madre a la vez. De hecho hizo todo cuanto estuvo en sus manos, aunque nunca pudimos tener lo necesario para comer. En contadas ocasiones comimos carne, pero siempre fue de la peor clase. No es bueno que niños en pleno desarrollo se tengan que alimentar a base de pan y pedazos de queso, sin que ni siquiera de eso tengan suficiente. ¿Cuál ha sido el resultado? Me he quedado hecho un retaco y nunca tendré la misma energía de mi padre. El hambre me dejó sin fuerzas. En unas cuantas generaciones no quedará ni rastro de mí en Londres. Aunque todavía está mi hermano pequeño, que es más alto y corpulento. Ya ves, papá y todos sus niños juntos, he ahí la razón.

—Pero yo no lo veo así —objeté—. Yo pienso que con semejantes carencias los hermanos pequeños siempre son los más perjudicados, al ser los últimos siempre acumularán más debilidad.

—No si la familia se mantiene unida —me replicó—. Cuando vea a un

chaval de entre ocho y doce años con una estatura aceptable, esbelto y con aspecto saludable, pregúntele, seguro que es el más pequeño de la familia o uno de los más jóvenes. La explicación es ésta: los mayores pasan más hambre siempre. A medida que nacen sus hermanos los mayores alcanzan la edad en la que ya pueden ponerse a trabajar, entonces entra más dinero en casa y también más comida.

Se bajó la manga para cubrir aquel brazo esquelético, la prueba evidente de que el hambre aunque no llegue a matar deja siempre una huella imborrable. Su voz había sido una más de aquel coro de súplicas de las gentes hambrientas del imperio más grande y poderoso del mundo. Cada día, cerca de 1.000.000 de personas en el Reino Unido son ayudados por la caridad pública. Sólo uno de cada once trabajadores recibe este tipo de ayuda en todo un año; 37.500.000 personas reciben menos de 12 libras al mes y por familia; mientras que un perpetuo ejército formado por 8.000.000 de personas vive al borde de la inanición.

Un comité escolar de los condados de Londres emitía la siguiente declaración: «En la actualidad, cuando no hay que lamentar una inusual desgracia, 55.000 niños pasan hambre y están desnutridos, su estado impide que se les pueda impartir cualquier tipo de enseñanza, la cifra sólo engloba las escuelas de Londres». He querido resaltar parte del texto en cursiva. «Cuando no hay que lamentar una inusual desgracia», significa entonces que estamos en la mejor época de Inglaterra; para la gente de este país, el hambre y el sufrimiento, lo que ellos denominan «desgracia», ha pasado a formar parte del orden social establecido. En la práctica la inanición está vista como algo natural. Sólo cuando se agudiza o se extiende a una mayor escala, sólo entonces son capaces de pensar que lo que sucede no es normal.

Nunca podré olvidar la amarga queja de un ciego en una pequeña tienda del East End, al final de un nublado y oscuro día. Había sido el mayor de cinco hermanos, huérfano de padre. Como era el mayor tuvo que pasar hambre y ponerse a trabajar cuando todavía era un crío para poder alimentar así a sus hermanos y hermanas. En tres meses no probó ni un bocado de carne. Nunca supo lo que era sentir el estómago lleno y satisfecho. Estaba convencido, y así lo denunciaba, de que todas aquellas necesidades eran el origen de su ceguera. Para probar su afirmación citaba un párrafo del informe de la Comisión Real en favor de los Ciegos: «La ceguera afecta con mayor frecuencia a las poblaciones más pobres, las condiciones de vida bajo las que viven estas personas aceleran esta terrible afección».

Aquel ciego iba aún más allá, su voz transmitía la horrible amargura de los hombres a los que la sociedad les niega el alimento necesario para subsistir. Formaba parte del enorme ejército de ciegos de Londres y denunciaba que en los hogares para invidentes tampoco se los alimentaba en condiciones. Indicó

cual era la dieta diaria:

Desayuno: tres cuartos de taza de cocido y pan duro.

Comida: 3 onzas de carne.

1 rebanada de pan.

media libra de patatas

Cena: tres cuartos de taza de cocido y pan duro.

Oscar Wilde, que Dios lo tenga en la gloria, se hacía eco del lamento del niño encarcelado, que es más o menos similar al de los hombres y mujeres que como él están en prisión: «La segunda cosa por la que padece un niño en la cárcel es el hambre. La comida que recibe a las siete y media como desayuno se compone de un pedazo de pan crudo y mal cocido junto con un vaso de agua. A las doce en punto llega la comida, en esta ocasión un repugnante cocido de maíz y gachas o algo que se le parece, y luego a las cinco y media, para cenar, otro pedazo de pan seco y un vaso de agua. A un adulto esta dieta le puede originar cualquier tipo de enfermedad, lo más común es la diarrea, con lo cual empieza a debilitarse a un ritmo vertiginoso. Los astringentes son los medicamentos que les facilitan los guardias habitualmente. Pero los niños son incapaces de ingerir semejante comida. Cualquiera que sepa algo de niños, sabrá lo fácil que es para ellos que el llanto o cualquier tipo de preocupación les impida comer. Una criatura que se pasa todo el día llorando, incluso parte de la noche, en una solitaria y tenebrosa celda, se siente presa del pánico y no puede ni siquiera intentar comerse aquella porquería que le sirven como comida. En el caso de aquel pequeño al que el guardia Martin obsequió con galletas, el niño lloraba de hambre un martes por la mañana pero no era capaz de probar bocado de su desayuno. Por esa razón Martin decidió salir después de servir todos los desayunos a comprarle dulces galletas. Fue una hermosa acción por su parte y el niño así se lo reconoció, por lo que para demostrarle su agradecimiento, desconocedor de las estrictas normas que rigen la prisión, quiso hacer partícipe al jefe de los guardias, para mostrarle lo amable que había sido aquel joven guardia. Para Martin las consecuencias fueron un expediente y el despido inmediato.»

Robert Blatchford compara la dieta que reciben los pobres en los albergues con la que recibe un soldado, dieta que cuando él mismo estuvo en el ejército se consideraba insuficiente, a pesar de ser el doble que la del indigente.

A los indigentes adultos se les servía carne (en lugar de sopa) sólo una vez por semana, por eso «todos están tan pálidos y tienen ese cutis tan curtido que delata el hambre que pasan».

La siguiente tabla es una comparación de las asignaciones semanales que

recibe un pobre y el sueldo semanal de los empleados del albergue.

Y como señala el mismo escritor: «La dieta del funcionario es mucho más abundante que la del indigente; aunque parece ser que no lo suficiente, dado que reciben una nota en la que se indica que “Cada empleado y sirviente recibirá en metálico dos chelines y seis peniques”. Si para el indigente es suficiente con ese alimento, ¿por qué los empleados obtienen más? Y si para los empleados tampoco es suficiente, ¿es posible que los pobres estén bien alimentados recibiendo la mitad de comida que la suya?»

Pero no solamente se mueren de hambre los pobres, los habitantes del Ghetto o los presos. El campesino tampoco sabe lo que es tener el estómago lleno. De hecho es ese vacío lo que impulsa a muchos a emigrar a la ciudad. Ahora investigaremos el modo de vivir de un trabajador de la Parroquia de los Pobres de Bradfield, en Berks. Suponiendo que él cuenta con un trabajo estable y tiene dos hijos, un cobertizo en el que vivir por el que no paga alquiler, y unos ingresos semanales de trece chelines, equivalentes a \$ 3,45, con lo cual aquí tenemos su presupuesto:

Los responsables del albergue público de esta parroquia se enorgullecen de su rígida economía. Cada indigente les supone un coste semanal:

Si el trabajador cuyo presupuesto se ha descrito antes perdiera su trabajo y se viera obligado a ingresar en el albergue público les costaría a los encargados:

Es decir, \$ 5,46

El albergue tendría que invertir en su mantenimiento y en el de su familia algo más de una guinea, mientras que cuando él se las arreglaba por su cuenta necesitaba unos trece chelines. Además, por todos es sabido que resulta mucho más barato alimentar a un extenso número de personas (comprar, cocinar y servir) que a un número reducido, como por ejemplo una familia.

A pesar de eso, podríamos hablar de otra familia de la parroquia, ya no de cuatro miembros sino de once, que tenían que vivir con unos ingresos, ya no de trece sino de doce chelines (que se quedaban en once en invierno), y que tenían como alojamiento un cobertizo, no libre de alquiler en este caso, por el que pagaban tres chelines a la semana.

La frase debe quedar muy clara y entenderse bien: Lo que está sucediendo en Londres en cuanto a pobreza y degradación, ocurre de igual forma en el resto de Inglaterra. Mientras que París no es igual que Francia, la ciudad de Londres sí que es lo mismo que toda Inglaterra. Las espantosas condiciones que hacen de Londres un infierno son ampliables a todo el Reino Unido. El argumento que defiende que la descentralización de Londres mejoraría la situación es completamente insulso y falto de sentido. Si los 600.000

habitantes de Londres fueran disgregados en cien ciudades para que quedaran 60.000 habitantes en cada una de ellas, la miseria saldría de su núcleo pero en ningún caso disminuiría. La suma de todo ello sería equivalente.

En este sentido, Mr. B. S. Rowntree, en un exhaustivo análisis, demostró con los pueblos lo mismo que Mr. Charles Booth hiciera con las ciudades, es decir, que una cuarta parte de la población no puede escapar de la pobreza y está condenada a que sus cuerpos y sus almas sean pasto de la destrucción; no disponen de alimentos, ni de ropas adecuadas con las que protegerse del frío, ni casas o calefacción, por lo que están predestinados a padecer peores sacrificios y circunstancias que los salvajes y nunca disfrutarán de la higiene y de una vida digna.

Después de escuchar cómo se lamentaba un viejo campesino irlandés en Kerry, Robert Blatchford quiso saber qué era lo que deseaba. «El viejo se apoyó en su azada y contempló aquellas negras tierras de turba y el cielo amenazador. “¿Que qué es lo que quiero?”, se dijo para sí mismo en un tono profundamente triste: “Todos mis valientes muchachos y mis dulces muchachas se han marchado, las autoridades me han requisado el único cobertizo que me quedaba, la humedad ha arruinado la cosecha y yo estoy ya muy viejo, lo que quiero es que me llegue el día del Juicio”».

¡El día del Juicio! Muchas otras personas esperan lo mismo. El clamor del hambre surge desde cualquier rincón de estas tierras, desde el Ghetto y el campo, desde la cárcel y las casas, desde el albergue y el psiquiátrico... es el grito de los que se mueren de hambre. Millones de personas, hombres, mujeres, niños, recién nacidos, ciegos, mudos, enfermos, lisiados, trabajadores, vagabundos, presos e indigentes, las gentes de Irlanda, de Inglaterra, de Escocia, de Gales, no tienen suficiente para comer. A pesar de que cinco hombres pueden hacer pan para un millar de personas; de que un hombre puede tejer algodón para 250, lana para 300 y hacer botas y zapatos para otro millar. Es como si 40.000.000 personas se encargaran de administrar un enorme hogar y lo estuvieran haciendo mal. Los ingresos son los adecuados pero el reparto que viene a continuación los convierte en criminales. ¿Quién puede afirmar lo contrario cuando cinco hombres pueden producir pan para alimentar a 1.000 individuos y sin embargo millones de personas no disponen del suficiente para alimentarse?

BEBIDA, ABSTINENCIA Y DESARROLLO

Se puede afirmar que la clase trabajadora inglesa está en permanente remojo de cerveza. Eso los ha aletargado y los ha hecho torpes. Pierden la

eficiencia, la imaginación y esa viveza que les correspondería por derecho natural. Resulta difícil describirlo como un hábito adquirido cuando en realidad la bebida forma parte de sus vidas desde que nacen. Los niños se engendran durante las borracheras, ya están saturados de alcohol antes de asomar al mundo y recibir el primer soplo de aire del exterior, nacen con su olor y sabor y después, mientras crecen, se convierte en el centro de sus vidas.

Hay tabernas en cualquier rincón. Florecen en las esquinas y entre ellas, y son sus clientes indistintamente hombres y mujeres. A los niños también se les puede encontrar esperando a que sus madres y padres se recuperen para poder ir a casa y mientras, toman pequeños sorbos de los vasos de los mayores, escuchan aquel burdo lenguaje empleado en las más grotescas conversaciones y se empapan de todo ello, se familiarizan con ese tipo de vida lujuriosa y sin límites.

Las normas burguesas del qué dirán tienen la misma importancia para la clase trabajadora; sin embargo, no está mal visto visitar de forma habitual las tabernas. No sienten ninguna vergüenza al respecto, como tampoco está mal visto que las jóvenes muchachas las frecuenten.

Me acuerdo de una chica que decía en una cafetería: «Nunca bebo licores en la taberna». Era una preciosa camarera que ante una compañera se vanagloriaba de su gran sentido del respeto y del honor. Esas reglas del qué dirán se encargan de establecer la frontera en los licores, pero la cerveza forma parte de la excepción, por lo que pueden beber sin ningún miedo a perder su honorabilidad.

La cerveza no es lo más adecuado para estos hombres y mujeres, pero tampoco ellos son los más aptos para su consumo. Por otra parte, es precisamente esa precariedad lo que les conduce hasta ella. Enfermos, desnutridos y padeciendo los endemoniados efectos del hacinamiento y la insalubridad, sus cuerpos reclaman con urgencia el alcohol, con el mismo deseo del enfermizo estómago del corpulento operario de la fábrica de Manchester después de haber ingerido una cantidad excesiva de escabeches y otros repugnantes alimentos. Esas perniciosas formas de vivir y trabajar desatan apetitos y deseos igualmente insanos. No se puede obligar a un hombre a trabajar como un caballo, a vivir como un cerdo y esperar a cambio que tenga una mente clara con elevados ideales y aspiraciones.

Cuando se desvanece toda esperanza por poseer un auténtico hogar, aparece la taberna. Los que beben compulsivamente no son sólo hombres y mujeres exhaustos de trabajar, víctimas de estómagos ulcerados de la suciedad, de la monstruosidad y monotonía de su existencia, sino que también acude a esos antros gente solitaria, sin hogar, con la absurda intención de demostrarse que forma parte de la sociedad. Cuando toda una familia tienen

que malvivir en una angosta habitación, cualquier parecido con un hogar es pura fantasía.

Un pequeño análisis de tales cubiles arrojará luz sobre los motivos por los que se da esa afición irrefrenable por la bebida. Toda la familia se levanta por la mañana, se visten, se lavan, padre, madre, hijos e hijas, y en la misma habitación, hombro con hombro (porque la habitación es pequeña), la madre prepara el desayuno. Y allí mismo, en ese cuarto saturado por los enfermizos efluvios que emanan sus cuerpos durante la noche, desayunan. El padre se va al trabajo, los hijos mayores a la escuela o a la calle, mientras que la madre se queda allí para atender a los más pequeños y las labores del hogar. Lava la ropa, esparciendo el olor de jabón y suciedad por la estancia, y la tiende allí mismo para que se seque.

Por la noche, con las paredes impregnadas por todos los aromas que se han ido desarrollando a lo largo del día, se vuelven a meter en sus generosos jergones, adjetivados como tales porque acogen en su seno a cuántos caben en él (en caso de que dispongan de uno), y el resto se tiene que conformar con el suelo. Éste es el ciclo de su rutinaria existencia, un mes tras otro, año tras año, sin disfrutar nunca de unos días de asueto o variación, excepto si los desahucian. Cuando uno de los hijos muere (y siempre puede haber alguno a punto, porque un cincuenta por ciento de niños fallece antes de cumplir los cinco años) amortajan el cadáver en aquel mismo espacio. Si son muy pobres el cuerpo inerte permanecerá allí hasta que puedan darle sepultura. Durante el día yacerá en la cama y por la noche, cuando los vivos requieran descanso, el muerto será colocado en la mesa, hasta la mañana siguiente, momento en el cual pasará a ocupar de nuevo la cama para que los otros puedan desayunar. A veces incluso tendrán que recurrir a la estantería que les sirve de despensa para los alimentos. Hace un par de semanas, una mujer del East End se encontró en este mismo trance, porque al no tener suficientes medios para enterrar a su hijo tuvo que conservar al difunto en casa durante tres semanas.

Un lugar como el que acabo de describir no merece el calificativo de hogar, sino el de horror; y los hombres y mujeres que tratan de escapar de él camino de las tabernas merecen toda nuestra compasión, no nuestra condena. En Londres 300.000 familias viven en una única habitación, mientras que 900.000 ocupan espacios ilegalmente según lo establecido en la Ley de Salud Pública de 1891, convertidos en campos abonados para el consumo de bebidas.

No debemos obviar que la imposibilidad de alcanzar la felicidad, la precariedad de sus vidas y el razonable miedo que sienten por el futuro, son razones a considerar para que acaben sumergiéndose en el alcohol. La desdicha busca siempre consuelo y en las tabernas el dolor se suaviza y encuentra el bálsamo con el que poder olvidar. Es insano. Ciertamente lo es,

pero todo cuanto hay en sus vidas es dañino, y es cuanto tienen a su alcance para tratar de olvidarlo. Incluso les levanta el ánimo, por un momento se sienten mejores y más hermosos, aunque en realidad los envilece y los aproxima más que nunca a las bestias salvajes. Para un desventurado, hombre o mujer, la supervivencia transcurre como una carrera entre la miseria y su meta es la muerte.

Es inútil intentar aleccionar a estas personas con la abstinencia y la moderación. Beber puede convertirse en la causa de muchas calamidades pero es también la consecuencia de otras miserias previas. Los defensores de la abstinencia pueden predicar sobre los efectos devastadores de la bebida, pero mientras no sean abolidas las injusticias que llevan a estas gentes a beber, el alcohol y todos sus males derivados se perpetuarán.

Hasta que esos que intentan ayudarlos no lo entiendan así, sus bienintencionados esfuerzos caerán en saco roto y sólo servirán como un espectáculo que provoque las carcajadas de los dioses del Olimpo. He visitado una exposición de arte japonés organizada para los pobres de Whitechapel, con la intención de aproximarlos y despertar su interés por la Belleza, la Verdad y la Bondad, pero su vida real y las leyes sociales que condenan a una de cada tres personas a morir a cargo de la caridad pública sólo conseguirán que esos anhelos los hagan aún más conscientes de su maldita existencia. Tendrán algo nuevo que olvidar. Si el Destino me condenara a ser un esclavo del East End hasta que me amparara la muerte, y me fuese concedido un solo deseo, pediría poder olvidar todo lo que conozco acerca de la Belleza, la Verdad y la Bondad; olvidar todo lo que he aprendido de los libros, a quienes he conocido, olvidar lo que he sentido y los paisajes que he contemplado. Si ese deseo se me concediera estoy convencido de que entonces bebería para olvidar de nuevo tan a menudo como me fuera posible.

¡Esas gentes que intentan ayudar! Sus colegios benéficos, sus misiones, acciones caritativas y todo lo demás, son un completo despropósito. La naturaleza real de las cosas hace que estén predestinados al fracaso. Están completamente errados, aunque sus intenciones sean sinceras. Se aproximan a la vida de estas gentes desde la incompreensión. No han entendido el West End, y sin embargo llegan al East End como maestros y profetas. No saben interpretar la filosofía de Jesucristo pero llegan con la suntuosidad de redentores de estas miserables y desgraciadas personas. La fe los empuja en su empeño pero sólo consiguen aliviar una ínfima parte de la miseria y recogen información para la que se hubiesen podido servir de otros métodos más científicos y menos costosos, por lo que no han conseguido absolutamente nada.

Como dijo alguien, lo hacen todo por los pobres y se convierten en una pesada carga para ellos. El mismo dinero que recaudan para sus inexpertos

proyectos procede de la extorsión de los pobres. Descienden de una raza de triunfadores y bípedos devastadores que se interponen entre el trabajador y sus ganancias, e intentan amaestrar al obrero a cambio de los exiguos beneficios que éstos obtienen a cambio. ¿Cómo se pueden establecer en nombre de Dios guarderías para los hijos de las mujeres trabajadoras cuando, por ejemplo, una de estas madres tiene que hacer violetas de tela en Islington a tres cuartos de penique la gruesa; cuando día tras día llegan al mundo nuevos hijos y más madres que hacen violetas y que no podrán ser atendidos jamás? La confeccionista de violetas manipula cada flor cuatro veces, 576 veces por tres cuartos de penique, y al cabo de un día han pasado 6.912 veces por sus manos por un salario total de nueve peniques. La están estafando. Hay alguien que descansa su peso sobre su espalda, y el deseo ardiente de Belleza, Verdad y Bondad no la alivia de su servidumbre. Esos misioneros aficionados no hacen nada por ella; y si no son capaces de asistirle, todo cuanto hayan hecho por su hijo durante el día perderá su sentido al caer la noche y regresar a casa.

Pero por encima de todo se confabulan para enseñarles una gran mentira. No saben que es una quimera porque su ignorancia les hace creer lo contrario. Ese embuste no es otro que el del «ahorro». Un ejemplo servirá para ilustrarlo. En el superpoblado Londres, la competencia para encontrar empleo es soberbia y precisamente por esta razón los salarios están por debajo del mínimo nivel de subsistencia. Ser ahorrativo significa para un trabajador gastar menos de lo que gana, es decir, vivir con menos. Esto equivale a rebajar el nivel de vida. En la lucha por conseguir un empleo el que logra vivir con menos venderá su fuerza de trabajo más barata que el hombre que opta por más calidad de vida. Un pequeño núcleo de estos ahorradores trabajadores provocaría que los salarios de la masa descendieran en picado y sin descanso. Pero los que pretendían ahorrar tampoco lo harán porque se verán obligados a gastar todo cuanto poseen para salir adelante.

En resumen, el ahorro no permite ahorrar. Si cada trabajador de Inglaterra escuchara los consejos de esos predicadores del ahorro y redujeran sus gastos a la mitad, los salarios se reducirían en la misma medida. Para colmo tampoco podrían ahorrar, porque con unos ingresos inferiores deberían invertirlo todo en su subsistencia. Los predicadores se quedarían sorprendidos con las nefastas consecuencias de su falta de miras. El fracaso sería tan magno como el alardeo de tal propaganda. En cualquier caso, es absurdo intentar instaurar el ahorro en 1.800.000 de trabajadores de Londres que se dividen en familias cuyos ingresos no sobrepasan en ningún caso los 21 chelines semanales, una cuarta parte de los cuales van a parar al alquiler de su vivienda.

Sobre la futilidad de esas personas que intentan ayudar, quiero destacar una notable y noble excepción: los llamados Hogares del Doctor Barnardo. El doctor Barnardo se dedica a recoger niños de las calles. Primero los socorre

cuando son muy jóvenes, antes de que estén contaminados por el entorno social en el que viven; luego los envía lejos para que se desarrollen en un medio más adecuado y menos hostil. Hasta la fecha ha conseguido enviar fuera del país a 13.340 niños, la mayoría a Canadá, y sólo con uno de cada cincuenta el proyecto ha fracasado. Un éxito sin precedentes, teniendo en cuenta que se trata siempre de pilluelos y granujillas, sin hogar y sin familia, surgidos del mismísimo fondo del Abismo, y que cuarenta y nueve de cada cincuenta han podido convertirse en hombres de provecho.

El Dr. Barnardo cada veinticuatro horas recoge a nueve granujas que deambulan por las calles; así se entiende que logre ayudar a tantos. Esa gente que intenta prestar su ayuda tienen mucho que aprender de él. Porque no se conforma con paliativos que alivien su dolor. Él establece un combate frente a frente con la miseria. Aparta de su viciado entorno a los descendientes de las gentes de la calle para proporcionarles un ambiente sano y adecuado en el que poder desarrollarse con dignidad.

Cuando esas gentes que pretenden ayudar dejen de jugar con guarderías de día y exposiciones de arte japonés, cuando vuelvan la vista atrás y aprendan lo que es el West End y la verdadera filosofía de Jesucristo, sólo entonces podrán llevar a cabo una labor de provecho en el mundo. Si consiguen hacerlo tan bien como el Dr. Barnardo lograrán que las ayudas se multipliquen por el país. No turbarán a la mujer que confecciona violetas a tres cuartos de penique la docena con la Belleza, la Verdad y la Bondad, sino que la ayudarán a salir de ese agujero en el que está sometida por culpa de quien la explota. Desde esa nueva perspectiva comprenderán, afligidos, que ellos también fueron una pesada carga para esa mujer en lugar de una ayuda, así como para otras muchas mujeres y niños.

LOS ADMINISTRADORES

Quisiera dedicar este capítulo final a analizar este Abismo Social desde una perspectiva más amplia y formular ciertas cuestiones a la Civilización para que a través de sus respuestas se pueda justificar su permanencia o, por el contrario, se descalifique. Por ejemplo, ¿la Civilización ha hecho que el hombre sea mejor? «Hombre» en su sentido democrático, en su acepción de hombre medio. La pregunta sería entonces: ¿La Civilización ha hecho que el hombre medio sea mejor?

Vamos a ver. En Alaska, a orillas del río Yukon, se asienta el pueblo Inuit. Se trata de un pueblo primitivo, que sólo manifiesta tenues espejismos de ese tremendo artificio, la Civilización. Los bienes que acumula cada individuo no

superan las dos libras. Cazan y pescan con lanzas y flechas con puntas elaboradas con huesos para conseguir el alimento. Cubren sus cuerpos con cálidas pieles de animales. Siempre disponen de combustible con el que alimentar sus hogueras, de madera para las casas construidas semi-subterráneas, aprovechando el abrigo que les proporciona la tierra en los periodos más gélidos. En verano viven en tiendas de campaña, por las que se cuele la refrescante brisa. Están sanos, fuertes y felices. Su único problema es la comida. Combinan lapsos de abundancia con los de escasez. En las mejores épocas acumulan excedentes; en las peores padecen hambre. Pero la situación nunca es crónica ni llega a afectar a un gran número de personas. Y lo más importante, nunca acumulan deudas.

En el Reino Unido, en las tierras bañadas por el océano occidental, vive el pueblo inglés. Un pueblo sumamente civilizado. Los bienes que acumula cada individuo ascienden a 300 libras. No cazan ni pescan, sino que consiguen su alimento a través de colosales redes artificiales. Muchos de ellos están privados de techo. La mayoría malviven en agujeros, sin combustible para calentarse y sin ropa que los abrigue. Hay una porción condenada a vivir en el desamparo y duermen al raso bajo el cielo estrellado. Tanto en invierno como en verano se los puede hallar temblando cubiertos por indecentes harapos. Tienen malas y buenas épocas. En las buenas la mayoría se las arregla como puede para encontrar suficiente comida, en los peores ciclos mueren de hambre. Se mueren ahora, se murieron ayer y el año pasado, morirán mañana y el próximo año, por la maldita hambre; ellos, a diferencia de los Inuit, padecen esta situación de forma crónica. Hay 40.000.000 de habitantes, 939 de cada 1.000 muere en la más miserable pobreza, mientras que un ejército formado por 8.000.000, cifra constante, pelea ya sin fuerzas por la falta de alimento al borde del desfallecimiento final. Además, cada recién nacido llega al mundo con una deuda de 22 libras. Todo gracias a ese engendro de nueva creación llamado Deuda Nacional.

Una comparación justa del Inuit medio y del habitante inglés constata que la vida del primero es menos rigurosa; mientras el Inuit pasa hambre sólo en tiempos difíciles, el inglés la padece constantemente sin importar el signo de los tiempos; ningún Inuit carece de combustible, ropa o cobijo, mientras que el inglés medio está siempre necesitado de estos tres elementos esenciales. Creo que al hilo de esta argumentación conviene reproducir lo que opina un hombre como Huxley. Desde su experiencia como médico en el East End y como científico que ha estudiado a los seres más primarios y salvajes, él concluye: «Si pudiera elegir entre las dos alternativas, preferiría la vida de los salvajes que la de las gentes del cristiano Londres».

Las comodidades con las que el hombre ha amueblado su vida son producto de su propio esfuerzo. Como la Civilización no ha sido capaz de

proporcionar alimentos y una humilde morada al inglés medio, como los que disfruta el Inuit, la pregunta es: ¿Ha logrado la Civilización que el hombre medio aumente su capacidad de producir? Si no es así, entonces la Civilización no puede justificar su vigencia.

Pero debemos admitir que la respuesta debe ser afirmativa, la Civilización ha conseguido que el hombre sea capaz de aumentar su productividad. Cinco hombres pueden elaborar pan para mil personas. Un único hombre puede confeccionar ropa de algodón para 250 personas, lana para 300 y botas y zapatos para 1.000. A pesar de ello, lo narrado en las páginas de este libro evidencia que millones de ingleses no reciben comida, ropa y calzado. Entonces surge la tercera e inevitable cuestión: Si la Civilización ha logrado aumentar la capacidad productiva del hombre medio, ¿por qué esto no ha beneficiado a todos los hombres medios?

Solo cabe una respuesta posible: LA MALA ADMINISTRACIÓN. La Civilización ha conseguido atraer comodidad y nuevos deleites, pero el inglés medio permanece al margen. Si nunca va a ser partícipe, entonces la Civilización no tiene ningún fundamento. No hay razón alguna para que siga perviviendo esa forma artificial de organización social. Pero es imposible que los hombres hayan construido ese colosal artificio para nada. Es una ofensa contra toda razón. Admitir semejante derrota es como aniquilar de un balazo todo el esfuerzo que se ha empleado en el progreso.

Sólo queda una posible solución, la única. La Civilización está obligada a mejorar las condiciones en las que vive el hombre medio. Aceptada esta premisa nos encontramos ante una cuestión de gestión de negocios; lo que produce beneficios debe mantenerse; lo que no produce ganancias debe eliminarse. O la construcción del Imperio es un buen negocio para Inglaterra o por contra es una absurda pérdida. Si se da la última condición debe abandonarse la empresa. Si proporciona beneficios hay que administrarlos de tal modo que el hombre medio salga ganando.

Si la encarnizada batalla por la supremacía comercial es rentable hay que proseguir con ella. Pero si es un perjuicio para el trabajador y lo obliga a vivir peor que un salvaje, entonces hay que arrojar por la borda la idea de convertirse en una gran potencia en los mercados exteriores, y la de la preponderancia industrial. Es evidente que si 40.000.000 de personas, gracias a la Civilización, poseen un mayor desarrollo industrial que los Inuit, deberían poder disfrutar de mayores comodidades y calidad de vida.

Si hay 400.000 señores ingleses «sin ocupación», tal y como aparece en el Censo de 1881, que no aportan nada, deshagámonos de ellos. Que se dediquen a sembrar patatas y a labrar cotos de caza. Si demuestran su capacidad que sigan adelante con su trabajo, pero hagamos que los trabajadores se beneficien

por derecho natural de las mismas ventajas que estas gentes improductivas.

En resumen, la sociedad debe someterse a una reorganización y ser administrada por gestores capaces. No hay duda de que la gestión actual es inadmisibles, no admite discusión. El Reino Unido se ha convertido en un río de sangre derramada en vano. Los que han permanecido dentro de sus fronteras han sido pasto de tales agravios que debilitados como están no pueden competir con el resto de naciones. Se han elevado dos inmensas zonas que abarcan todo el Reino, un West End desenfrenado y corrupto y un East End enfermo y desnutrido.

Un vasto imperio que se hunde en las manos de unos administradores ineptos. Al decir imperio me refiero a esa maquinaria política que mantiene unida a las personas de habla inglesa de todo el mundo, exceptuando a Estados Unidos. No hay tanto espíritu pesimista aquí. El imperio que se ha construido con el derramamiento de sangre es mucho más poderoso que el imperio político, y por eso los ingleses del Nuevo Mundo y de las Antípodas están más fortalecidos que nunca. Pero el imperio al que están políticamente vinculados, agoniza. Esa maquinaria política conocida allende los mares como Imperio Británico se desintegra. Pierde ímpetu día a día bajo el mando de unos inútiles.

Esa gestión que tanto daño ha causado debe eliminarse. Por el despilfarro y la ineficiencia, así como por la malversación de fondos. Cada vagabundo consumido, pobre demacrado, cada ciego, cada niño encarcelado, cada hombre, mujer o niño que ha sentido cómo su estómago se corroía por las dolorosas punzadas provocadas por el hambre, están famélicos por culpa de las malversaciones de esos administradores.

Ningún dirigente perteneciente a esta esfera puede declararse inocente ante el Tribunal de la Humanidad. «Los vivos en casas y los muertos en tumbas», es el derecho mínimo que deberíamos reclamar para el niño que ha muerto desnutrido, para la muchacha que huye del taller en el que la explotan y se sumerge en la noche de Piccadilly, para cada trabajador que por perder su empleo decide arrojar al canal para acabar con todo. Los manjares de estos dirigentes, el vino del que disfrutaban, las fiestas, su fina ropa, deberían ser reclamados por esos ocho millones de bocas que desconocen lo que es saciar el hambre, y ser reclamados doblemente por esos mismos ocho millones de cuerpos que pasan frío porque no tienen más que unos tristes harapos para abrigarse y no les alcanza para un techo bajo el que ampararse.

No hay error posible. La Civilización ha conseguido que el hombre aumente su productividad, que multiplique por cien su poder de crear bienes, pero por la mala gestión de unos pocos, muchos viven peor que las bestias, pasan hambre y disponen de menos protección que el salvaje pueblo Inuit, que sigue soportando el helado clima de aquellas tierras tal y como lo hacían

sus ancestros de la edad de piedra, hace ahora diez mil años.

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es